Juan Carlos Boveri

El dedo de Schumann



Imagen: La violinista — JB

El dedo de Schumann **Juan Carlos Boveri**

____

Elena – 1953

—La música habla.

Dijo Elena Brozovsky.

El profesor Lorenzo Mantovani se quedó perplejo.

Elena, sentada en el taburete frente al piano, movía uno y otro pie, alternativamente. Tenía cuatro años.

—¿Cómo sabe que habla?

—Porque me habla.

Alejandro – 2014

Escuchaba el *Concierto para piano y orquesta Nº 2*, de Chopin. Miró por la ventana.

La lluvia caía débil y monótona. Comenzaba el invierno y las noches eran muy frías.

Recordó que Chopin compuso el larghetto pensando en el gran amor de su juventud, la soprano Konstancia Gladkowska.

En el piso, apoyados contra la pared, vio los cuadros amontonados que había quitado de las paredes hacía años.

Encima del resto estaba una gastada reproducción de *Camille con vestido verde*.

En el cuadro, Monet pintó a su amante y modelo preferida, Camille Doncieux, entonces, de diecinueve años. Con ella se casó, tuvo dos hijos, y quedó viudo.

Por primera vez, relacionó a Konstancia con Camille. Al hacerlo, hizo un descubrimiento.

Recorrió con la mirada las fotografías que cubrían todas las paredes. Se detuvo en una de las paredes cubierta por una enorme fotografía: una chica con una gorra en la cabeza tocaba el violín en una plaza.

Elena – 1949

1 – el polaco

Elena Brozosovsky nació en Roma. Era hija de un padre polaco y una madre italiana. Al llegar a la Argentina, a fines de la segunda guerra mundial, acortaron el apellido y fueron la familia Brozovsky.

Boleslaw Brozovsky luchó en la guerra. Fue capturado por los alemanes y escapó con otros polacos cuando eran transportados en tren hacia el campo de prisioneros de Lamsdorf, en Silesia.

En unos meses, pasó a formar parte del segundo cuerpo, al mando del general Wladyslaw Anders. Peleó en Tobruk, junto a los ingleses. Transportado a Italia, luchó en Monte Cassino y Ancona, donde fue herido. Recibió un disparo de metralla que le partió la clavícula.

Estando internado, conoció a una enfermera, Alida Monteleone. Se casaron al terminar la guerra y, con algunas medallas y el grado de sargento, Boleslaw abandonó el ejército e intentó regresar a Belchatow, el pueblo de Polonia, donde había nacido. Pero nunca pudo ver otra vez a su familia ni saber nada de ella.

Otros polacos escapaban del país, ocupado por la Unión Soviética después de expulsar a los alemanes que la invadieron en el 39. Por algunos de ellos, supo que no podría volver.

2 – signos

En Italia, Boleslaw y Alida vivieron en una pieza miserable de Roma sin conseguir un trabajo estable. Se mantuvieron con algunas changas que él conseguía y con el poco dinero que ganaba Alida cuidando enfermos durante las noches y como sirvienta de medio día. Les alcanzaba para el alquiler y comer fideos todos

los días. Pero ella perdió sus trabajos al séptimo mes de quedar embarazada.

Después del parto, cansado de recorrer las calles buscando trabajo, decidió viajar a la Argentina y se embarcó con Alida y Elena, su hija de dos meses.

Elena nació el lunes 13 de septiembre de 1949, a las 23.30 horas, bajo el signo de Virgo.

En el siglo 19, exactamente ciento treinta años atrás, un lunes 13, del mismo mes, y a la misma hora, nació Clara Wieck, más conocida como Clara Schumann.

Esto no fue una coincidencia sino un aviso que el destino envió para que supieran lo que había decidido para ella.

Elena – 1952

1 – la fe

En Buenos Aires, Boleslaw trabajó como electricista haciendo el mantenimiento en una empresa y Alida poniendo inyecciones y tomando la presión a domicilio. Tuvieron dos hijos más: Mateo y Gastón.

Durante tres años, desde el fin de la guerra, Boleslaw se despertó en la noche. Se levantó de la cama y se acostó en el piso tapándose con una frazada. Pasaba el resto de la noche fumando. Durante ese tiempo, fumó ciento veinte cigarrillos por día. Hasta que hizo una promesa a la virgen cuando el pequeño Gastón sufrió un ataque de meningitis de la que sanó. Cuando el niño estuvo fuera de peligro, Boleslaw estrujó el atado de cigarrillos y lo arrojó a la calle. Era un fervoroso católico y logró transmitir ese fervor a su esposa y sus dos hijos. No así a Elena.

Ella nunca se negó a ir a misa de los domingos pero no escuchaba al cura y se entretenía mirando las estatuas de los santos y

los adornos. Movía la boca pero nunca rezaba. Tampoco tragaba la hostia. Se ingeniaba para tirarla sin que la vieran.

2 – el pajarito

Como si lo hubiera heredado de su padre, Elena se despertaba en medio de la noche. Se sentaba en la cama y gritaba llorando. Alida conseguía serenarla. Pero, aunque le decía que le rezara al angelito de la guarda y dejaría de tener malos sueños, Elena no le hacía caso.

—Es una nena demasiado sensible. Lloró toda la tarde por un gorrión que encontró muerto en el patio —dijo Alida.

Al día siguiente, Boleslaw entró con una jaula y un canario.

Un día después, Alida le dijo:

—El canario se fue. Elena le abrió la jaula. No le gustan los pajaritos encerrados.

Cuando soltó al pajarito, tenía tres años. En uno de esos días, dejó de despertarse y de gritar llorando durante las noches. Como si algo hubiera llegado a su vida para calmar sus angustias.

Alejandro – 1968

1 – abril

La primera vez que la vio fue en el mes de abril, en el Boulevard Saint Germain, cerca del Teatro del Odeon, en París. Tenía puestos unos jeans gastados, una remera blanca fuera del pantalón, una campera corta de cuero negro, una gorra al estilo de la que usó Anne Wiazemsky en *La Chinoise*, y zapatillas.

Le llamó la atención verla con zapatillas. Las chicas usaban mocasines, zapatos Búster Brown, ballerinas o tacones. Ninguna usaba zapatillas, a no ser para practicar algún deporte o ir de

picnic. Ella era muy delgada, el cabello rubio y corto, los ojos celestes, la piel blanca y fina. Caminaba de una manera en la que parecía estar más allá de cualquier asunto de este mundo.

Él había ganado una beca y hacía un postgrado de literatura en La Sorbona. Trabajaba en una novela y el aspecto de esa chica era el modelo justo para la protagonista: una estudiante francesa que mantiene una relación amorosa con un estudiante argentino y, al mismo tiempo, es la amante de un profesor, treinta años mayor, que la deja embarazada.

Quiso seguir a la chica pero la perdió entre la gente.

2 – mayo

En la noche del viernes 10 de mayo, volvió a verla en el Barrio Latino. Llevaba la misma gorra.

Las calles estaban cortadas por las barricadas.

Desde enero, en Nanterre, se sucedían las protestas estudiantiles. Sin tener mucha conciencia, los estudiantes universitarios franceses habían dado comienzo al movimiento de protesta más lírico de la historia.

Se oponían a la sociedad de consumo, reclamaban el fin de las guerras y de las injusticias. Decían: «Pidamos lo imposible para que sea posible».

Esa noche del 10 de junio, miles de estudiantes, construyeron barricadas usando postes, árboles, y adoquines que quitaron de las calles. Cuando la policía avanzó, la enfrentaron.

Desde los balcones, tomando partido a favor de los estudiantes, hombres en pijamas y mujeres en camisón tiraron macetas, ollas, veladores y sillas sobre los policías.

En el momento en que una aplanadora destruía las barricadas, la policía avanzaba y cientos de estudiantes caían heridos, fue cuando la vio.

Estaba parada sobre una barricada, agitaba un enorme trapo, como si fuera una bandera, y gritaba:

—¡No retrocedan, compañeros! ¡Tenemos la razón! ¡La razón no retrocede!

Le pareció estar viendo a Gavroche en la insurrección de junio de 1832.

Elena – 1952

1 – pianos

Alida estaba embarazada de Mateo y Elena era una nena de tres años cuando fueron juntas a poner una inyección a domicilio.

Elena la acompañaba siempre, excepto en las noches cuando podía quedarse con Boleslaw a escuchar la radio. Llevaba una revista o un libro de cuentos con ilustraciones y se quedaba sentada esperando sin decir una palabra. La invitaban con galletitas o caramelos y decían que era una niña muy juiciosa y educada.

Al entrar en la casa de Francisca Milone se enteraron que era profesora de piano. Había uno en el living, donde daba las clases; y otros dos, que los alumnos usaban para ensayar: un viejo piano en un cuarto pequeño; y otro, en el comedor.

2 – sonidos

Elena se quedó sola en el living, sentada junto al piano.

Escuchó el piano del comedor. El alumno practicaba el tercer ejercicio del *Pianista virtuoso*, de Hanon. Terminaba y volvía a empezar.

Elena dejó de leer y prestó atención.

De repente, como si fuera impulsada por algo que estaba más allá de ella pero, a la vez, estuviera dentro de ella y hubiera es-

tando esperando para comenzar a existir, se puso de pie y dio unos pasos hasta el piano.

Con la mirada recorrió el teclado.

3 – teclas

Con un solo dedo tocó una de las teclas, un *fa*.

Su dedo se movió ligero sobre el *mi*.

Repitió el movimiento *fa-m*i.

Su dedo apretó la tecla siguiente, *re*.

Su dedo volvió rápidamente al *fa*.

Tocó las tres notas en forma sucesiva: *fa-mi-re*.

Como si un rayo de sol se encendiera en la noche y, arrastrando las sombras, llegara pleno hasta ella, su cara se iluminó con una sonrisa.

El sonido de las notas parecía entrar en su cuerpo y recorrerlo de punta a punta llenándolo de alegría. Sus ojos brillaban como si hubiera abierto el paquete de un regalo de navidad.

Su dedo llegó al *do*. *Fa-mi-re-do*.

Otro dedo se movió. El anular. El dedo anular hizo presión sobre el *sol*.

Sol-fa-mi-re-do. Eran tres dedos ahora. Anular, medio, índice. Sus dedos. Las teclas.

Su dedo pulgar tocó con firmeza el *do* central; lo tocó tres, cuatro veces, como si hubiera hecho un descubrimiento y quisiera llegar a conocerlo por completo. Como si cada sonido le estuviera contando parte de una historia que solo ella escuchaba.

Do-re-mi-fa-sol. El dedo meñique hizo sonar el *sol*. El pulgar fue en busca del *la* y el índice del *sí*.

Do-re-mi-fa-sol-la-si. La escala. La repitió una octava más abajo, luego, una octava más arriba.

Sus cinco dedos fueron de un extremo al otro del teclado.

Su mano se fundía con las cincuenta y dos teclas blancas; después, con las treinta y seis teclas negras, como si entre ella y las teclas hubiera un pacto que existía desde antes que naciera y, de manera inexorable, comenzaba a cumplirse.

Las teclas y su mano producían sonidos y los sonidos de la música formaban un camino que conducía a los más lejanos confines del mundo. ¿Adónde podían ir los sonidos de la música sino hasta el mismo infinito?

4 – alegría

Se detuvo. Entrecerró los ojos. Abrió la boca, como si no pudiera contener la alegría que la llenaba y le resultara imprescindible que escapara en una risita. Era como si hubiese descubierto el secreto que une el silencio y el sonido.

Una ligera presión sobre una tecla del piano y el silencio cedía su lugar a la música, para que los sonidos de la música flotaran en el aire transformando el sentido de la existencia.

Ella, tan pequeña que, de pie, junto al piano, su altura apenas superaba la del teclado, cargaba su alma de música para transportarla hasta millones de almas que la escucharían.

Faltaban unos segundos para que comenzaran a enterarse que era una elegida.

5 – ejercicios

En ese instante, en el que se detuvo y entrecerró los ojos, pareció estar recordando alguna cosa. En ese instante, su destino comenzó a cumplirse.

Con absoluta seguridad, su mano derecha comenzó a tocar: *la-do-fa-mi – re-do-re-mi / si-re-sol-fa – mi-re-mi-fa / do-mi-la-sol – fa-mi-fa-sol / si-re-si-la – sol-fa-sol-la.*

A sus espaldas, Francisca Milone tomaba del brazo a Alida, impidiendo que interrumpiera a la niña.

Elena, con la mano derecha, tocaba los cuatro primeros compases del tercer ejercicio *del Pianista virtuoso*, de Hanon.

Elena – 1953

1 – zapatos

Durante unos meses, la profesora Milone tuvo a su cargo a Elena pero llegó el día en que supo que ya no podía enseñarle nada más. Era el turno de alguien que la llevara mucho más allá de lo que ella podía.

Sin pensarlo demasiado, pidió cita a uno de los mejores profesores de música, el pianista y compositor italiano, radicado en el país desde fines de la primera guerra mundial, Luca Mantovani.

Debieron esperar más de un mes para encontrarse con él.

—Toque, señorita —le dijo el profesor Mantovani.

Elena se apartó de su madre y de la profesora Milone. Alida trató de acomodarle el vestido pero no tuvo tiempo.

Ella se sentó en el taburete, levantó un pie, luego, el otro, desabrochó los botones de sus zapatos, tipo merceditas, y se los sacó pateando en el aire hasta que zafaron de sus pies.

—¡Elena! —con la cara enrojecida por la vergüenza, Alida se agachó a recoger los zapatos.

—Me aprietan —dijo Elena.

El profesor Mantovani soltó una carcajada.

—¡La mejor presentación que vi en mi vida!

Le acarició la cabeza.

—¿Cuántos años tiene usted, señorita? Me dijeron que acaba de cumplir cuatro. Vea, su mano es demasiado pequeña todavía y no llega más allá de la mitad de una octava. Dígame, ¿esta segu-

ra que tiene ganas de tocar el piano? ¿O prefiere ir a jugar con sus amiguitas?

—Profesor... —alcanzó a decir la profesora Milone.

El profesor Mantovani movió la mano haciendo un ademán para que se callara.

Le dijo a Elena:

—Tengo unos caramelos Bonafide que le van a gustar. Voy a darle un puñado y usted va a seguir siendo la niña que tiene que ser. Dentro de unos años, voy a estar encantado de escucharla tocar el piano, si todavía quiere hacerlo.

Soltó con fuerza el aire por la nariz, respiró hondo, y miró, con algo de reproche, a la profesora Milone y a Alida que, con la cabeza gacha y en silencio, sostenía los zapatos en las manos.

—Señoras, ¿no les parece mejor si dejan que esta nena siga siendo una nena?

2 – adagio

Elena movía los pies hacia adelante y atrás. El profesor Mantovani le daba la espalda hablando con las mujeres. Ella se acomodó el pelo; sus manos recorrieron el teclado sin hacer sonar las notas, como si le hiciera una larga y delicada caricia. Su cara se llenó con la misma sonrisa con la que hubiera recibido a un amigo muy querido.

Nunca antes había tocado en un piano de cola y ni siquiera sabía que existían. Sin embargo, en ese piano, estaba a punto de atravesar el límite que separa lo posible de lo imposible.

Francisca Milone sabía que el profesor Mantovani era muy exigente y no tomaría como alumna a una niña tan pequeña en la que no viera grandes condiciones. Se encargó de preparar con gran cuidado el repertorio. La hizo tocar, una y otra vez, *Claro de luna* y le pidió que comenzara con esa pieza.

Repentinamente, Elena comenzó a tocar las primeras notas de *Claro de luna* pero se detuvo, como si la hubiera aburrido y una fuerza única y desconocida a todos, menos a ella, la empujara a tocar lo que tuviera ganas y sus manos fueran llevadas sobre el teclado para cumplir, de una vez por todas, con esa unión mágica que, para el resto de su vida, la uniría a la música.

El profesor Mantovani giró el cuerpo al oír el piano. La profesora Milone, en forma instintiva, se cubrió la boca con una mano. Como si ahogara su sorpresa.

Elena tocaba el *Adagio* del *Concierto Nº 23*, de Mozart.

Y comenzaba a cumplirse lo que el destino decidió que fuera su vida.

3 – sorpresas

La música cesó a los siete minutos y doce segundos. La ejecución fue perfecta. Por unos instantes, que parecieron muy largos, Luca Mantovani se quedó en completo silencio.

Sin poder contener la ansiedad, con la voz cargada de emoción, la profesora Milone dijo:

—La nena no ensayó el *Adagio*, profesor. Escuchó una sola vez el concierto completo de un disco en mi conservatorio. Le juro por mi hijo que la nena nunca leyó la partitura. Le aseguro que es la primera vez que toca Mozart. ¡Dios mío! ¡No puedo creerlo! Esto que hizo...

—Si, sí... —murmuró él.

4 – la elegida

Se acercó a Elena, poniéndole una mano en el hombro.

Ella movía los dos pies juntos, subiéndolos y bajándolos. Lo miró de reojo.

Hasta diez minutos antes, Luca Mantovani la había visto como una niña muy bonita, rubia, de ojos celestes. Su madre le había puesto un vestido blanco, medias blancas y los zapatos blancos (comprados especialmente para la ocasión) que le hicieron doler los pies.

Le pareció un ángel. Pero era tan natural, tan espontánea, que la creyó otra de esas niñas que las madres fuerzan para que sean lo que no pueden ser: actrices, cantantes, bailarinas de ballet.

En un momento, se sintió muy molesto con la madre y consideró una estúpida a la profesora que, sin ningún sentido, la alentaba sobre las posibilidades de la hija.

Estaba de espaldas a la niña cuando comenzó a tocar *Claro de luna.* Se dio vuelta en el momento justo en que ella se detuvo en el segundo compás.

La vio haciendo un gesto de fastidio, como si estuviera en desacuerdo con lo que le habían dicho que interpretara. Como si ella quisiera ir sola hacia *su* música. Entonces, sin que él lo esperase y, siquiera, le hubiera sido posible imaginar, la niña comenzó a tocar el *Adagio*.

Cuando Elena terminó la interpretación, él demoró en reaccionar. Estaba paralizado por el asombro. Una niña de cuatro años, con una formación rudimentaria, sin haber ensayado y sin leer la partitura, había tocado como si fuera una eximia y experimentada pianista.

5 – conversaciones

Ella movía los dos pies juntos y hacía girar el taburete a izquierda y derecha. No se detuvo cuando el maestro le puso la mano en el hombro. Estaba entretenida en su juego.

Luca Mantovani entendió que la niña no era capaz de valorar lo que había hecho en el piano. No podía darle ninguna impor-

tancia porque era parte de ella, había nacido con ella, le resultaba tan normal como comer o tener sueño.

—Señorita, ¿Puede decirme cómo aprendió el *Adagio del Concierto Nº 23*, de Mozart?

Elena se encorvó de hombros.

—Lo escuché.

—¿Lo escuchó y así lo aprendió? ¿Si se lo pidiera, usted podría tocar el concierto completo?

—Sí, profesor.

—¿Y por qué tocó el *Adagio* y no los *Allegro*?

—Porque me gusta más.

—¿Qué le gusta del *Adagio*?

—Lo que dice.

—¿Y cómo sabe lo que dice?

Fue entonces cuando Elena dijo:

—La música habla.

—¿Y cómo sabe que habla?

—Porque me habla.

El profesor Mantovani se quedó mirándola sin poder decir una palabra.

Tuvo la absoluta certeza de que esa nena sin zapatos era un genio de la música.

Alejandro – 1968

1 – la gorra

Después de esa noche, en las barricadas de mayo, no volvió a verla.

La buscó todos los días caminando por el bulevar Saint-Germain desde el muelle Saint-Bernard hasta el muelle de Orsay. Recorrió inútilmente los bares de Montmartre y Saint-Germain-

des-Prés tratando de encontrar a una chica francesa que había visto desde lejos dos veces.

A fines de julio, abandonó la búsqueda. Se convenció de que era una locura tratar de encontrarla en París. Pero la encontró a fines del verano, en la plaza Saint Michel. Estaba sentada en el piso, con la espalda apoyada contra el pedestal de uno de los dragones que lanzan agua.

Tenía puesta la misma gorra; una camisa roja de mangas largas, sin abotonar en los puños, que caía sobre su pollera negra, lo bastante corta como para dejar ver sus piernas muy delgadas. Estaba en soquetes porque se había quitado las zapatillas, que puso a un costado. Sin duda que ella tenía estilo y no imitaba a nadie. Leía *Los Mandarines*, de Simone de Beauvoir.

Siempre había sido tímido y lo que para otros resultaba sencillo de hacer, a él le significaba luchar contra dragones como los de la fuente.

2 – papeles

Se sentó cerca del otro dragón. Nunca dejaba de llevar un libro y lo leía en cualquier sitio. Simuló leer. Pasó más de media hora pensando qué podría decir para abordarla.

Una mujer se aproximó a ella. Le hizo una pregunta. No pudo escuchar bien desde donde él estaba. La mujer se llevó las dos manos a la cara, como si estuviera muy sorprendida. Le habló sonriendo y gesticulando en exceso. Ella le respondió con amabilidad. Comenzó a ponerse las zapatillas. Anudó los cordones, se puso de pie y le dio la mano a la mujer. Intentó dar unos pasos pero la mujer la detuvo sosteniéndola levemente de un brazo. Metió la mano en su cartera, sacó un papel. Nerviosa, revolvió en la cartera. Finalmente, encontró una lapicera. Se la dio. Ella escribió algo en el papel.

La mujer la besó en ambas mejillas, la abrazó y la palmeó en ambos hombros, sin dejar de hablarle.

No pudo entender la escena.

La mujer parecía conocerla pero ella no conocer a la mujer. Tal vez era una de esas amigas de alguno de la familia, con el que hace años no se ve, pidiendo un teléfono o una dirección para provocar un reencuentro.

Ella acabó por separarse de la mujer. Nunca había dejado de sonreír. La mujer se quedó mirando el papel.

3 – presentaciones

Sabía que no podía dejarla ir otra vez. Ella estaba a punto de cruzar la calle. Corrió hasta ponerse a su lado. Hizo un esfuerzo para vencer la timidez y dijo:

—Pardon, mademosille. Bonsoir...

—Salut.

Ella lo miró a los ojos, sonrió. Él no supo qué más decir. Ella meneó la cabeza.

—Je comprends —levantó la mano y lo saludó abriéndola y cerrándola. Dijo:— ¡À plus!

—S'il vous plait…

Se sintió un idiota. Había pensado en ella durante meses, la había buscado y, ahora, la tenía frente a él y no podía decir una frase que tuviera sentido.

Ella comenzó a cruzar la calle.

—¡Qué cagada! —dijo él, en voz baja.

Ella lo escuchó. Se detuvo, giró.

—¡Eh, che! ¿Sos argentino o uruguayo?

Por unos segundos quedó aturdido. Ella le había hablado en un perfecto castellano.

—Argentino —pudo decir.

—Mirá vos lo que son las cosas. Yo también. Nací en Roma pero de chiquita fui con mis viejos a Buenos Aires. Ahora, tengo algo así como doble nacionalidad, ponele. Hablás muy bien el francés pero medio formal, ¿no te parece?

—Sí —dijo él.

Sus mejillas se habían enrojecido.

4 – turistas

—Me llamo Elena, ¿y vos?

—Alejandro... Te vi antes.

—Sí, puede ser —le contestó con desgano.

—En las barricadas. Gritabas que no retrocediéramos.

Ella soltó una carcajada.

Su risa era contagiosa y él también se rió.

—Hola, camarada Ale, mucho gusto —dijo.

Le extendió la mano. Él la tomo y sintió vergüenza. Su mano estaba transpirada.

Ella pareció leer su mente.

—No te preocupés. A mí me transpiran cuando estoy a punto de salir al... Como cuando se rinde un examen o algo así. No es lo peor —sonrió y, como si lo estuviera haciendo cómplice de un secreto, agregó: —Me dan ganas de hacer caca.

Ella volvió a reírse y él a contagiarse de su risa, y de la gracia con la que había dicho «caca».

Nunca había hablado con alguien así. Era una personalidad arrolladora.

—Bien, Ale, ya nos conocimos. Ahora, te dejo. Nos encontramos en la próxima barricada.

Una pareja de turistas había pasado un rato mirando desde lejos, al fin, se acercó.

Le hablaron en italiano.

Elena le contestó en el mismo idioma.

El hombre juntó las manos y las alzó al cielo, como agradeciendo. La mujer le dio la mano de manera efusiva, le soltó la mano, la abrazó y la besó.

Le pidieron a Alejandro que les sacara una foto. Ubicaron a Elena en el medio de ambos; los italianos sonrieron con las caras llenas de satisfacción.

Alejandro sacó la foto. Ella parecía incómoda.

Dijo que tenía cuatro horas de retraso, que lo lamentaba pero tenía que irse. Se despidió de los italianos y, a él, lo saludó con la mano en alto.

—¡Chau, Ale!... ¡L´imagination au poivoir!

Cruzó la calle casi corriendo, como si se escapara. Al llegar a la otra vereda, comenzó a caminar con pasos tranquilos mientras se acomodaba la gorra.

Los italianos le gritaron: «¡Bravo, ragazza!», «¡Dio vi illumini sempre!», «¡Meravigliosa!».

Alejandro quedó completamente confundido. ¿Quién era ella?

Le preguntó a los italianos.

—¿Ma come? ¿Parla a lei e non sa chi è? ¡Bestia! ¡Animale! ¡Ignorante!... ¡Lei è la Grande Elena Brozovsky!

Elena – 1959

1 – opiniones

A los nueve años, Elena ya era considerada una pianista excepcional. Se había presentado en las principales salas de Estados Unidos y Europa recibiendo solo críticas elogiosas:

«Resulta impresionante en una niña de su edad el dominio técnico y el desbordante talento que justifican con amplitud la conmoción que ha provocado su presencia en el mundo de la mú-

sica clásica» (Irving Kolodin, en *Saturday Review*). «Su virtuosismo y su poderosa fuerza expresiva van más allá de su corta edad [...] Estamos frente a una formidable pianista de la que se hablará durante años [...] No cabe ni la menor duda que ella tiene el fuego sagrado de los grandes genios del arte» (Andrew Norfolk, en *The Daily Telegraph).*

Al llegar a Italia, la recibieron como a la compatriota que era el orgullo de la nación. Después del último concierto, Alida quiso que fueran desde Roma a Ancona, donde nació y donde había conocido a Boleslaw.

Ahí estaban su madre y sus hermanas mayores. Se había reencontrado con ellas cuando fueron a ver a Elena en La Fenice, de Venecia, pero estaba ansiosa por pasar unos días en la vieja casa donde creció antes de la guerra.

2 – familia

Alida era la menor de tres hermanas.

Su hermana mayor, Lionetta, se casó con un panadero y se mudó a Tarento. Tuvo cuatro hijos varones y una mujer. Los dos menores no eran hijos del panadero sino del farmacéutico.

El panadero nunca se enteró y Lionetta dejó de engañarlo al saber que no era la única amante en la vida del farmacéutico. Él era casado y Lionetta, una de sus otras dos mujeres.

La hermana que la seguía, Fabrizia, se casó con un desertor del ejército.

El padre, Guido Monteleone, murió en un accidente de caza. Se escapó un tiro de escopeta y le perforó el estómago.

Claudia Gatusso, su madre, se arregló como pudo y Alida tuvo que trabajar desde muy joven. Aprendió enfermería y le sirvió durante la guerra para ayudar a los heridos.

3 – el Lancia

El 7 de marzo de 1959 viajaban en un Lancia Aurelia cupé modelo 1952.

Alida estaba muy animada conversando con Gina Bianco, una cincuentona que las acompañó en la gira por Italia, designada por Sergio Fiori, el representante. Elena se había sacado los zapatos y un enorme globo de chicle salía de su boca.

Cerca de la entrada a Loreto, un ciclista que entrenaba para el Giro de Italia cayó sobre el pavimento mojado por la lluvia caída en la mañana.

El Lancia, para evitar atropellarlo, frenó, hizo un trompo y volcó dando tumbos.

El conductor y Gina sufrieron las lesiones más severas: se rompieron huesos de los brazos y las costillas. Alida tuvo magullones en todo el cuerpo y una fractura en el maxilar. El resto de su vida usaría dentadura postiza.

Elena no tuvo heridas de importancia.

Fue casi milagroso que apenas se quebrara el dedo anular de la mano derecha.

Para cualquiera, habría sido tener muy buena suerte.

Que le pasara a ella era una tragedia.

4 – el especialista

—No se puede hacer nada más, señora. No hay tratamiento para esto —dijo el famoso traumatólogo, Carlo Della Porta—. La niña no tendrá ningún problema con sus dedos. Pero el anular jamás recuperará la movilidad que tuvo.

—El piano es su pasión, ¿podrá tocar?

—Claro, señora. Pero nunca más será la de antes. No volverá a dar un concierto. No tendrá nunca la misma digitación. El de-

do sufrió una lesión insignificante para usted o para mí. Pero, en una pianista del nivel de su hija resulta gravísima.

—¿Nunca volverá a un escenario?

—Lo lamento señora. Fuimos con mi esposa a verla cuando tocó en Milán. ¡Fantástica! ¡Tan pequeña y tocar la *Sonata Nº 2*, y la *Kreisleriana opus 16,* de Schumann! Un gran talento, un genio de la música. Lo que le sucedió ha sido una desgracia para ella y para todos los que amamos la música.

El traumatólogo se quedó callado mirando sus enormes manos sobre el escritorio.

—¡Pobrecita! Dios le dio el don y Dios se lo quitó —dijo Alida y soltó un llanto lleno de amargura.

5 – la varilla

A principios de abril, aún, permanecían en Italia. Alida se había recuperado casi por completo. Estar con su familia fue un alivio para su desconsuelo. Elena, en cambio, daba la impresión de no darse cuenta de lo que le había sucedido y siempre se la veía contenta.

Desde el 11 de marzo, cuatro días después del accidente, hasta casi un mes después, Elena anduvo todo el tiempo con una varilla de más de medio metro sosteniéndola con tres dedos de su mano lastimada. La soltaba a la hora de la comida y al quedarse dormida en las noches.

—Mañana viajamos a Florencia —dijo Elena.

—¿Para qué? —preguntó Alida.

—Nos espera Vittorio Prosperi. Gina habló con él y arregló el encuentro.

—¿Y quién es?

—Un señor que tengo que ver.

6 – la villa

A la mañana siguiente, aunque Alida tenía miedo y quería ir en tren, viajaron en auto desde Ancona a Florencia.

Llegaron a una villa de tres plantas en la zona de Arcetri. La villa era una construcción del cinquecento, rodeada por un enorme jardín atravesado por senderos arbolados.

Una mucama las recibió y pasaron a una gran sala amueblada con un gusto refinado.

El maestro Prosperi apareció dándoles la bienvenida antes de que tuvieran tiempo de acomodarse en los sillones y Alida pudiera dejar la cartera. Prosperi saludó de manera efusiva a Elena y se sentó frente a ellas.

En ningún momento dejó de hablar, excepto un instante en que miró el dedo anular de Elena, todavía con yeso y sujetado al meñique para evitar que se moviera. En ese instante, su cara se ensombreció.

7 – el músico

Vittorio Prosperi había nacido en 1911 y era uno de los mejores maestros de música de Italia. A los cuarenta y siete años, le quedaba poco pelo y lo teñía de negro. De estatura mediana, mantenía en forma su cuerpo y se preocupaba por no engordar.

Después de estudiar en Viena, se convirtió en compositor, pianista y violinista. Cuando Italia entró en la guerra, se opuso a Mussolini. Esto lo apartó definitivamente de su padre, Giusseppe Prosperi, fascista y amigo personal del conde Ciano, el yerno del Duce. Para escapar de las persecuciones, se refugió en Suiza hasta la derrota del Eje.

En los años que permaneció en Suiza dio clases en la Academia de Música de Ginebra, en la que fue profesor Franz Liszt.

Al caer Mussolini y terminar la guerra, Vittorio regresó a Italia, se instaló en Florencia, dio algunos conciertos y se dedicó de lleno a la enseñanza privada.

Poco después, su padre murió en Padua. Vittorio se convirtió en el único heredero de la enorme fortuna que su abuelo Camilo Prosperi había iniciado a fines de 1860, multiplicándola durante la primera guerra mundial vendiendo uniformes al ejército.

Giusseppppe dilapidó una parte de la herencia con sus amantes y en las mesas de juego pero dejó lo suficiente como para que Vittorio pudiera gastar en lo que se le diera la gana.

En 1921, Clara, su única hermana, murió por una meningitis, a los siete años. Muchas noches, soñaba con ella y con su madre, Marga Tuzzi de Prosperi, veinte años menor a su marido.

Marga pasó los diez últimos años de su vida internada en un hospital psiquiátrico. Padecía de esquizofrenia y tuvo varios intentos de suicidio.

Ella era el mayor apoyo en la vida de Vittorio y su muerte, en 1955, lo sumergió en una profunda depresión por la que inició un tratamiento psicoanalítico con Cesare Musatti pero, desilusionado de la terapia, la abandonó pronto.

8 – el bailarín

En 1957, Vittorio conoció en París a Jean-Luc Béraud, seis años menor a él, y, en su compañía, logró recuperarse.

Jean-Luc era bien parecido y de cuerpo atlético. Hijo de un comerciante en pieles de Aix-En-Provence, tuvo una vida acomodada hasta que su padre, al descubrir su homosexualidad, lo echó de la casa.

No volvió a ver a su padre y, tampoco, a Henri, su hermano mayor, que sentía vergüenza de él. Henri lo trató de maricón y lo escupió en la cara.

Francoise, su madre, pareció que siempre lo había sabido y tomó la inclinación de su hijo con bastante naturalidad o, por lo menos, lo aparentó. Ella lo visitó algunas veces a escondidas de su marido hasta que murió de una enfermedad pulmonar antes de cumplir cincuenta.

Desde los dieciocho años, Jean-Luc se radicó en París viviendo de su trabajo como bailarín en un ballet de segunda línea. Con el tiempo, se convirtió en un prestigioso coreógrafo que ganó fama a partir de su audaz coreografía de *Coppélia*. Al año siguiente del estreno, su madre murió y, como le ocurrió a Vittorio, se quedó sin familia. En los veranos, pasaba la temporada en villa Prosperi y, en invierno, hospedaba a Vittorio en su departamento de Saint Germain, en París.

El día que conoció a Elena, Vittorio ni siquiera hubiera podido sospechar que su vida iba a cambiar para siempre y que ella sería la que iba a llenar el inmenso vacío que habían dejado las ausencias, inexorablemente definitivas, de su madre y su pequeña hermana.

9 – el chicle

Vittorio invitó con unas tazas de chocolate suizo. Se había encargado personalmente de que la mesa estuviera decorada con flores frescas y le pidió a su cocinera que se esmerara preparando una torta y galletitas caseras para agasajar a la niña. Estaba consciente que su pequeña visitante era (o había sido) una estrella de la música y merecía ser tratada como tal.

Él y Alida hablaron de la guerra; de Juan XXIII; de Gina Lollobrigida en *Pan, amor y fantasía*; de Rossana Podestà, en *Helena de Troya* y de Silvana Mangano en *Arroz amargo.*

Elena tomó dos tazas de chocolate, comió un poco de cada cosa y, como si ya no tuviera nada más que hacer en la mesa, sin

haber dicho una palabra en la conversación, se levantó, atravesó el salón y fue a la sala contigua.

Había un piano de cola, una vitrina con instrumentos, sillones estilo Luis XV, y enormes ventanales que daban al jardín.

Mientras caminaba, le quitó el papel a un chicle globo, lo puso en su boca, hizo una pelotita con el papel y, con disimulo, lo metió en un jarrón.

Vittorio y Alida la siguieron.

Elena, de pie, mirando la vitrina con instrumentos, dijo:

—Enséñeme a tocar el violín.

10 – clavijas

—Bambina, tu talento para el piano es fuera de lo común pero las cuerdas son otra cosa. Lleva mucho tiempo aprender a tocar el violín. Como sabes, es el instrumento más difícil de dominar.

—Enséñeme —insistió ella.

Vittorio meneó la cabeza y enarcó las cejas. Por cortesía, buscó un violín.

De espaldas a Elena, movió las clavijas desafinándolo. Estaba convencido que la entrevista la había pedido la madre y quería demostrarles a ambas las dificultades del aprendizaje. Cuanto antes lo comprendieran mejor sería para la niña. ¿Qué sentido tenía crear falsas expectativas?

Aunque tuviera condiciones, precisaría de más de seis o siete años para ser una violinista aceptable y dominar las ocho posiciones, las notas y las técnicas. Recién después de largos años de estudio podría decirse si llegaría a dar conciertos como profesional o sería una de esas chicas que, de vez en cuando, tocan el violín en alguna reunión casera.

Era una nena de nueve años y, sin duda, no era capaz de entender lo que le había sucedido.

Conocía bien sus comienzos, la había visto tocar y había escuchado los discos que grabó. Había sido una pequeña genio como pianista. Pero debía saber que lo que consiguió en el piano jamás se repetiría en otro instrumento.

Seguramente, podría quedar ligada a la música pero de su gloria solamente le quedaría el recuerdo.

11 – dedos

—Con dos dedos menos te resultará muy difícil sostener el arco. La posición de los dedos en el arco es muy importante, necesitas sentir las vibraciones. Cuando esos dedos se curen, con mucho gusto te daré algunas lecciones —dijo y, aunque trató de disimular, en su voz había mucho de desesperanza.

Elena tomó el violín con la mano izquierda, lo acomodó bajo el mentón. Su mano derecha tomó el arco y trató de sujetarlo con fuerza.

Al verla con el arco, Alida entendió lo que ella había estado haciendo el último mes con la varilla de la que no se separaba sino dormida: aprendía el modo de usar el arco con sus dos dedos inmovilizados.

Recién en ese momento, se dio cuenta de que su hija siempre supo que su carrera de pianista había terminado para siempre.

Toda la vida había estado orgullosa de Elena pero, al tomar consciencia del temple y la voluntad de la niña, no tuvo dudas que su hija era una niña admirable y sería una mujer admirable, sin importar lo que el destino hubiera decidido de bueno o malo para ella.

12 – cordones

—Présteme los cordones de sus zapatos —dijo Elena.

Vittorio la miró sorprendido. Elena insistió. No podía entender para qué los quería. Pero, la seguridad con la que se los pidió, hizo que no pudiera negarse.

Sin saber para qué lo estaba haciendo, se quitó los cordones y se los dio.

Ella dijo:

—Áteme.

—¿Qué dices que haga?

—Áteme el arco a la mano.

Vittorio titubeó. Al fin, se decidió a complacerla.

Con el arco atado a su mano, Elena hizo vibrar, una a una, las cuerdas con su mano izquierda. Luego, pasó el arco varias veces sobre ellas.

Vittorio se quedó en silencio. Ver a la niña con el arco atado a su mano para poder sostenerlo, en un tremendo esfuerzo para lograr algo imposible, lo conmovió casi hasta las lágrimas.

13 – la partitura

Vittorio fue hacia el piano para dar el *la* que ella tendría que encontrar en el violín. No llegó al piano. Elena dijo:

—Maestro, ¿se afina de agudo a grave? ¿En intervalos de quinta?

—¿Cómo sabes eso?

—En el Colón, vi al concertino afinando las cuerdas.

—¿Él te enseñó?

—No, maestro —intervino Alida—. Es la primera vez que tiene un violín en sus manos. Nunca aprendió. Tenía seis años cuando tocó en el Colón.

—¿Aprendiste a afinarlo mirando? —dijo Vittorio.

Elena no le contestó, se encorvó de hombros. Inesperadamente, de su boca salió un globo de chicle.

Mientras inflaba el globo, afinó las cuatro cuerdas del violín en menos de dos minutos.

—¡Pero no puede ser, bambina! ¡Ni siquiera te di el *la* en el piano! ¿Cómo puedes hacer esto? El violín se afina comenzando por el *la* pero se necesita un diapasón o el piano que dé la nota. ¿Cómo has hecho?

Elena se quedó callada. Volvió a encorvarse de hombros. Ya se había deshecho el globo y masticaba el chicle.

—¡Dios! ¿Es que el *la* suena en tu cabeza? ¿Recuerdas una a una los sonidos de las notas?

—Sí, maestro —le respondió y, con la lengua, pegó el chicle en una muela.

14 – el minueto

Vittorio la había visto tocar y sabía que era una artista distinta a todos los que había conocido. Pero, teniéndola frente a él, tan niña, tan bella, tan blanca la cara y sonrosadas las mejillas; con el cabello de un rubio luminoso; los ojos celestes como los cielos claros de la primavera; tan llena de talento y, a la vez, como una niña común, masticando un chicle y haciendo enormes globos con él, repentinamente, sintió la imperiosa necesidad de protegerla, de hacer todo lo que estuviera a su alcance para impedir que esa niña sufriera, como si en ella hubiera encontrado lo perdido y que tanto había amado.

Le acercó el atril. Buscó una partitura.

—Es un minueto para violín y piano en sol mayor, de Bach. Toca tu parte.

Vittorio se sentó en el taburete junto al piano.

Esperó que la niña tratara de tocar y, con la primera desafinación, comenzara a comprender que no bastaba su oído absoluto. ¿Cómo podría tocar teniendo el arco atado en una mano?

Elena movió el arco. Acomodó los dedos de la mano izquierda. Buscó la posición correcta del pulgar de su mano derecha.

Todo lo hacía como si recordara lo que había visto. Se quedó quieta mirando la partitura. Frunció el ceño.

Parecía no respirar, por completo concentrada en entender algo que estaba más allá de lo escrito.

De pronto, como si ya lo supiera, apartando la vista de la partitura, comenzó a tocar.

15 – promesas

Terminó la pieza sin equivocarse en una sola nota ni en el tiempo, con una perfecta afinación.

—No es una pieza muy complicada, ¿no, maestro? —dijo.

Vittorio la miraba con la misma expresión que hubiera tenido de haber presenciado la milagrosa aparición de la virgen.

Se puso de pie. Abrió los brazos y los cerró juntando las manos con toda su energía.

—¡Bambina, no puedo creerlo! ¡Nadie puede tocar esa pieza sin haber estudiado violín uno o dos años! Tú tienes por primera vez un violín en tus manos. ¡Leíste la partitura y la tocaste sin volver a mirarla! ¡Es imposible!

Vittorio cubrió su cara con las dos manos.

Ya no pudo contener la emoción y lloró inclinando la cabeza.

Alida no supo qué hacer.

Elena dijo:

—Maestro, se le va a correr el maquillaje.

Vittorio no pudo evitar reírse.

—¡Eres adorable, Elena! ¡Tienes el más grande talento que he visto en mi vida! ¡Serás la mejor violinista del mundo! ¡Jura que no te detendrás hasta conseguirlo!

Elena movió el arco como si fuera una batuta.

—Mi papá dice que no se debe jurar. Es como si fuera pecado. Mi papá va los domingos a misa. Pero yo se lo juro porque no creo en Dios.

Vittorio se secó las lágrimas. Se incorporó, fue hasta ella, la tomó de los hombros, y le dijo:

—Dios existe. Solamente Él pudo darte este don.

Elena comenzó a inflar un globo de chicle hasta que le cubrió la mitad de la cara.

En silencio, Alida se secaba los ojos con un pañuelito.

Alejandro – 1968

Entró a una tienda de ventas de discos en la calle Mazarine.

Se acomodó el mechón de pelo que caía sobre su frente; acarició su barba tres veces; metió una mano en el bolsillo del pantalón haciendo tintinear unas monedas que siempre llevaba; chasqueó dos veces los dedos de la otra mano.

Eran gestos comunes en él. Los repetía cada vez que estaba a punto de hacer alguna cosa que creía importante. Como un rito para que todo saliera bien.

Había caminado varias cuadras diciéndose que más imbécil no podía ser.

¿Cómo no la reconoció?

Los italianos tenían razón: era un animal, una bestia.

Se disculpó a sí mismo:

¿Cómo podría haber imaginado que la encontraría caminando por la calle o sentada en el suelo, junto a la fuente de Saint Michel, vestida como una jipi?

¿Esta clase de gente no usaba tapados de piel, vestidos Dior, y eran amantes de magnates?

¿No formaba parte de esa elite de narices paradas que se creían superiores por pertenecer al mundo de la música clásica?

¿No daba conciertos en teatros en los que las plateas se llenaban de fracs con chalecos blancos; vestidos de gala diseñados por modistos famosos, y el público despedía un fuerte olor a perfumes caros?

¿Qué hacía andando por ahí, canchera, lo más campante, y leyendo libros de existencialistas?

¿Alguno de los que la vieron en las barricadas arengando a los estudiantes podría haber imaginado que era ella?

—Deme todos los discos que tenga de Elena Brozovsky —le dijo al vendedor.

Elena – 1959

1 – la tía

Elena fue eximida de ir a la escuela y podía rendir libre. Vittorio recurrió a sus relaciones y logró el permiso a través de la embajada argentina. Él le pagaría a los maestros privados y se dedicaría de manera exclusiva a Elena. Al resto de sus alumnos, los enviaría con otros profesores.

Elena se quedaría en la villa, acompañada por su madre un par de semanas cada dos meses y el resto del tiempo por su tía, Fabrizia Monteleone, cinco años mayor a Alida y que decía ser viuda. Así evitaba la vergüenza de haber sido abandonada por Ugo, el marido que desertó del ejército después que los griegos humillaron a los italianos venciéndolos, en inferioridad de condiciones, en la batalla de Kalamas, durante la invasión a Grecia.

Fabrizia no tenía hijos y llegó a querer a Elena pero se quedó a su lado solamente dos años.

Ettore Gatusso, un policía viudo con cuatro hijos mayores de edad, le ofreció casamiento. No era un tipo buen mozo ni estaba enamorada de él pero le venía bien. Ya era una mujer de cua-

renta y dos años y no estaba en condiciones de tener demasiadas exigencias.

2 – el padre

Vittorio quiso convencer a Boleslaw para que se radicara con su familia en Italia. Pero Boleslaw era un hombre orgulloso.

Sus hijos habían nacido, estudiaban, y tenían amigos en Argentina. Él tenía un trabajo en el que ganaba lo suficiente para mantener a su familia. No aceptó mudarse. Tampoco puso ningún obstáculo para que Elena se quedara en Italia y viajara algunas veces al año para encontrarse con él y los hermanos.

Siempre supo que ella se alejaría. El momento había llegado mucho antes de lo que imaginó y no podía hacer nada para evitarlo. Su hija tenía un destino distinto al de las personas comunes como él.

Cuando se despidió de la niña, nadie se dio cuenta que su garganta estaba estrangulada. Elena era su preferida, adoraba a la niña.

En el momento en que Elena, al despedirse, rodeó su cuello con los brazos apretando con toda su fuerza, Boleslaw creyó que nunca podría soltarla. Pero, durante la guerra, el día en que recibió el balazo, tuvo miedo de morir y supo que la vida podía acabar en lo que dura un chasquido de dedos. Aprendió, entonces, que cada momento debía ser aprovechado como si fuera el último.

Él había nacido para luchar en una guerra y el resto de su vida ser un hombre con una rutina que seguiría hasta envejecer. En cambio, para Elena, los días, las horas, los minutos, los segundos, eran una marcha incesante hacia lo más intenso de la existencia. Y la dejó ir para que hiciera la vida que el destino había decidido para ella.

3 – cantantes

Se había alejado de sus compañeras argentinas de la escuela primaria y, al no seguir yendo al colegio, Elena se quedó sin amigas de su edad. Pero no fue por mucho tiempo.

Ortensia, la cocinera, tenía cinco nietos, tres varones y dos niñas. Una de ellas, Filippa, era un año mayor a Elena. Por pedido de Vittorio, Ortensia comenzó a llevar a Filippa a la villa. Filippa era morena, de ojos muy oscuros, delgada, más alta que Elena. Le gustaba hablar de todo un poco, dibujar y pintar. A veces tenía berrinches y nadie podía conocer los motivos. Para su familia, era una chica rara.

Filippa cantaba *Aprite la finistre* y *Amami se vuoi* imitando a Franca Raimondi pero solamente cuando creía que nadie podía escucharla. Era un poco tímida y el ambiente de la villa la cohibía. Su abuela le pidió que se portara como una dama y nunca olvidara que don Vittorio era un gran profesor de música y Elena, una niña genial, una estrella, a la que nunca debía incomodar mientras ensayaba.

—Abuela, ¿la señorita Elena no come ni nunca va al baño? Hace horas que toca sin salir de ese cuarto —preguntó el primer día que estuvo en la villa.

Al día siguiente, caminaba por el jardín buscando algo para entretenerse.

Una ventana de la sala de música se abrió. Elena sacó medio cuerpo y preguntó:

—¿Vos sos la que anda cantando como Franca Raimondi?

La cara de Filippa enrojeció de la vergüenza. Había molestado a la señorita Elena.

Para su sorpresa, Elena comenzó a cantar: «Penso che un sogno cosi non ritorni mai piú / mi dipingevo le mani e la faccia di blue... ». Se calló.

—¿Y qué esperás? —dijo Elena—. Es un dúo. ¡Ahora, señores y señoras, las reinas de la canción italiana: Filippa y Elena interpretan, de Domenico Modugno, *Nel blue dipinto di blue*!

No supo qué hacer.

—¡Filippa, cantá o no ganamos el Festival de San Remo!

Cantaron a dúo y se aplaudieron a sí mismas al terminar.

—Filippa, te vas a cagar de frío ahí afuera.

Elena la hizo entrar por la ventana a la sala de música.

—Conocí a la señorita Elena —le dijo a su abuela.

—¿Cómo te trató?

—Me invitó a comer lombrices y a fumar cigarrillos turcos.

4 – la amiga

Ese día, la abuela de Filippa se enteró por la radio que los barbudos habían entrado a La Habana y, además, supo dos cosas: las lombrices eran los fideos con manteca que Elena le pidió preparara a la hora del té, y los cigarrillos turcos, habanitos de chocolate que comerían de postre.

Durante unos años, Filippa fue la mejor amiga de Elena. La acompañó en varios viajes; fueron al cine; compartieron cuartos en hoteles y, recién, dejaron de verse en forma frecuente cuando Filippa se fue de Florencia al quedar embarazada y casarse, a los diecisiete años, con Renato Bonatto, un repostero de Turín.

Elena – 1961

1 – la iglesia

Vittorio se había hecho cargo de todos los gastos. Lo fascinaba ser el mecenas y maestro de Elena. Su personalidad, su manera de divertirse, su alegría de vivir, lo habían cautivado.

Sin un solo día de descanso, de acuerdo a su propio deseo, Elena ensayó el violín catorce horas diarias. Nunca se mostró cansada ni se quejó de cosa alguna. Sus únicos ratos de diversión eran junto a Filippa. Jugaban a la brisca, la generala, o cantaban canciones de moda y ganaban el festival de Eurovisión.

El sábado 14 de enero de 1961, Elena se presentaría en la iglesia de Orsanmichele.

Cuando supo dónde sería el recital, dijo:

—¿Me está jodiendo, maestro? ¿Cómo me va a hacer tocar en una iglesia?

A Vittorio no lo tomó de sorpresa la reacción de Elena.

—Orsanmichele fue construida en el siglo 14, en un notable estilo gótico por el arquitecto Francesco Talenti. Hay exquisitas obras de arte, aunque son réplicas para preservar las auténticas, que están en museos. Puedo asegurarte que tiene una excelente acústica y, por supuesto, es uno de los lugares más importantes de Florencia. Se trata de un sitio más que apropiado para tu primer recital.

—¡Déjeme de hinchar las pelotas, maestro! ¡En una iglesia no toco! ¿Primero hay misa y después salgo yo?

Vittorio no le reprochó el lenguaje porque ya se había acostumbrado a que utilizara los términos más vulgares con completa libertad. Una sola vez se lo hizo notar y fue suficiente.

2 – palabras

—No está bien que una niña diga malas palabras. Siempre debes ser bien educada.

—¿Malas palabras? Las malas palabras son «guerra», «miseria». Malas palabras son las que nombran los malos actos. Digo «culo» y todos saben de qué hablo. A usted lo escuché decir: «Hermoso culo». ¿Por qué no dijo: «Hermoso ano»? Mala edu-

cación es que le escupan los fideos como hacía el Viejo Vizcacha con el asado ajeno.

Vittorio preguntó quién era el Viejo Vizcacha.

Al otro día, cuando le regaló el *Martín Fierro* traducido al italiano, Elena dijo:

—No debe haber nada más ridículo que un gaucho hablando en italiano

Elena no solamente era un genio de la música sino una niña con una inteligencia y una precocidad deslumbrantes. Claro que conocía a la perfección todas las reglas de los buenos modales y la etiqueta. Jamás le faltaba el respeto a persona alguna y sabía cómo actuar en todos los sitios del modo adecuado. Pero tenía su propia opinión sobre el empleo del lenguaje. Estaba convencida que hablando claro la gente se entendía y, realmente, a nadie le quedaban dudas sobre lo que ella había querido decir.

3 – gestos

A los ocho años, vio a un niño haciendo un gesto con sus manos. Elena le preguntó a Alida.

—Mamá, ¿qué quiere decir esto?

Juntó el índice y el pulgar haciendo un círculo. Metió el índice de la otra mano en el círculo y lo movió hacia adelante y atrás.

—¡Ele, eso no se hace! —exclamó Alida.

La miró sorprendida. Esperó a la noche y le preguntó a Boleslaw mientras cenaban.

—¡Ele, te dije que no hicieras eso! —gritó Alida.

—Lindas porquerías aprende en esa escuela —dijo Boleslaw.

Al otro día, Elena le dijo a Alida:

—Mamá... ya sé lo que es esto —repitió el gesto—. Quiere decir coger.

—¡Ele, no digas groserías! ¿Quién te enseñó esa chanchada? Mañana voy a la escuela a hablar con tu maestra.

—¡Ma, si, qué tanto lío! ¿Por qué no le enseñan a una? ¿Todo lo que puedo aprender es el catecismo?

Se sintió muy molesta porque no le hablaban con claridad. Entonces, decidió que ella no haría lo mismo. Nunca iba a morder su lengua ni le importaría si se tapaban las orejas escuchando lo que dijera. ¿Quién decidió qué palabras se pueden decir y cuáles no? Si no se tenían que decir, ¿para qué las crearon?

4 – el estuche

Mientras Elena hablaba sin parar, fundamentando sus motivos para no tocar en una iglesia, Vittorio entrecerró los ojos, sonrió sutilmente y dijo:

—Enseguida regreso.

—¡Ah, se escapa! ¡No toco, no señor, si le digo que no toco, no toco!

Vittorio regresó con un estuche de violín y un gesto desdeñoso marcado en el rostro.

—Termina de ensayar en este —le dijo.

Dejó el estuche sobre la mesa y permaneció en un silencio casi ceremonioso.

Elena abrió el estuche. Contenía un violín de finísima madera tornasolada de abeto y arce.

Lo miró extasiada.

—Es un Stradivarius de 1668, hecho en Cremona con maderas de barcos que naufragaron en el Mediterráneo al ser atacados por los piratas turcos. Con él, tocarías en Roma, Milán, Londres, Salzburgo, Ámsterdam y New York. Es una pena que no quieras presentarte en Orsanmichele. Era el primer punto de la gira. Por supuesto, el violín iba a ser tuyo cuando cumplieras dieciocho

años y ya te hubieras convertido en la mejor violinista del mundo. Como lo juraste —le dijo Vittorio.

5 – juramentos

—¿No le da vergüenza chantajearme con un Stradivarius?

—¿Decidiste tocar en Orsanmichele?

—En esta misma sala, me hizo hacer un juramento. Jure usted ahora.

—¿Qué debo jurar?

—Jure que será mi representante y administrador hasta que se muera dentro de ciento tres años.

—¿Tu representante?

Vittorio estaba dispuesto a ser el mecenas y maestro de Elena pero nunca pensó en ser su representante. Era algo que nunca se le había pasado por la cabeza que él pudiera hacer.

—Como Elsner con Chopin —dijo Elena.

—Eso lo sacaste de *Canción inolvidable*. Todas mentiras. Son películas de Hollywood. Elsner apenas les dio unas lecciones privadas y lo tuvo de alumno en la Escuela de Varsovia. Jamás volvieron a verse después que Chopin abandonó Polonia. Él nunca fue un revolucionario ni tenía la menor idea de política. Cuando ocurrió la sublevación contra la dominación rusa, estaba en Viena. Sus amigos volvieron a Polonia y él se fue a París.

—Le falta decir que tocaba el piano como el culo.

—Tocaba bien. Pero nunca fue concertista. No tenía fuerza en los dedos. Siempre tocó en salones rodeado de aristócratas, así se sentía cómodo.

—Según usted también es mentira que vivió grandes amores.

—Lo del romance apasionado con George Sand es para las novelas. Nunca existió. Amandine Dupin o George Sand era una aristócrata pero con ideas socialistas. Lo mantuvo económicamente

y lo cuidó como a un hijo enfermo de tuberculosis. Chopin conocía la pasión de la música. Otras pasiones les eran ajenas. Eres muy niña todavía como para que entiendas lo que quiero decir.

—¡Oiga, maestro, que yo no soy ninguna Pier Angeli ni tarada como esos pibes que buscaban bebés adentro de los repollos!

—Lo sé. Pero eres demasiado jovencita para hablar contigo de ciertas cosas. Esos temas tienes que hablarlos con tu mamá.

—¿Qué quiere que hable con mi mamá? ¿De la vida sexual de Chopin?

Vittorio se puso a reír.

6 – la exigente

—Lo que dicen las películas es siempre verdadero. ¿O, ahora, me va a decir que los indios no son malos y los japoneses no son traidores?

Elena podía hablar en serio, en broma o con ironía y era difícil saber de qué modo lo estaba haciendo. Miró a la cara a Vittorio y con firmeza le dijo:

—¡Basta de palabrerío! Usted va a ser como el Elsner de la película. ¡Ahora, jure!

—No es tan simple, Ele. En estos asuntos hay que firmar contratos, intervienen abogados, y tus padres deben autorizarlo.

—¿Qué contrato? Entre personas de bien vale más la palabra empeñada. Jure de una vez.

Vittorio dio unos pasos por el cuarto. Desde que Fiori rompió el contrato con Elena, creyendo que su carrera estaba acabada y por su propia mala salud, ella precisaba de un representante. De alguna forma, ya había asumido ese papel al organizar la gira. Sabía muy bien que aceptar significaba dedicarse por completo a Elena. Habría muchas cosas propias que tendría que resignar. Pero había llegado a quererla como a la hija que nunca ten-

dría. Pasar años a su lado sería algo grandioso para un hombre sin familia como él. Sonrió pensando en Paul Muni interpretando a Elsner.

—Te lo juro —dijo, ya sin ninguna vacilación.

Elena movió la cabeza y el índice en señal de negación.

—No, así no. De rodillas.

—¿No pensarás que voy a arrodillarme?

—Hágalo o no toco. Debe arrodillarse, como si estuviera en la iglesia haciendo una promesa. Usted es un buen católico y sé muy bien por mi papá que, para los católicos, las promesas realmente valen cuando se ponen de rodillas. Haga la promesa. Dios, que todo lo ve, lo juzgará si no la cumple.

Vittorio se arrodilló.

—Te lo prometo —dijo con absoluta seriedad.

Elena se puso a reír.

—¡No puedo creer que esté de rodillas! ¡Maestro, usted no es más tarado porque le falta tiempo!

Con la cara llena de alegría, Elena agregó:

—Entre gente de bien, con darse la mano alcanza y sobra. ¿No sabe eso a su edad?

Le dio la mano. Vittorio, aún de rodillas, se la estrechó.

—Maestro, levántese. Hace el ridículo. Mire si lo ve el personal de servicio que lo trata de Commendatore.

Elena se había sentado y se agarraba la panza de la risa.

7 – la graciosa

Era difícil que pasara un día sin que Elena hiciera alguna broma. Con su alegría había cambiado el clima de la villa. Los sirvientes sentían adoración por ella y dejaron de llamarla «Señorita Elena» cuando les dijo que, en Argentina, a las niñas de su edad de las llamaba «doñas». Como le creyeron, desde enton-

ces, le dijeron «Doña Elena». Alida trató de decirles la verdad pero Elena le dijo que no fuera una arruinadora de chistes.

A Jean-Luc, al que, hasta ese momento, había visto tres veces, le pidió que la acompañara al jardín para confiarle un secreto. Le pidió que no lo contara a nadie, y, susurrando, le dijo que había encontrado a su tía Fabrizia y al maestro Vittorio besándose desnudos en el baño. Pero que no lo culpara a él sino a ella. Lo había buscado con toda desfachatez, aprovechando que el maestro se estaba bañando. Y que no se confiara de la cara de mosca muerta de su tía porque, se quedó callada y, con el tono propio de una moralista, dijo:

—Trabajó de puta en la guerra. Entregó el cuerpo por dinero o por medias de nylon.

Béraud, que era terriblemente celoso, hizo un escándalo y, cuando buscaron a Elena para que dijera si había mentido, los miró con los ojos entornados y les respondió:

—¿Tengo la culpa si este francés es tan tonto como para dejarse llevar por calumnias? Pero ha quedado en claro que no se puede confiar en él. ¿Cómo confiar en un hombre que anda revelando secretos? Monsieur Béraud, usted me ha defraudado... Y retírense que debo ensayar. No me perturben con sus tonterías.

Desde el otro lado de la puerta, escucharon la risa de Elena en el cuarto de música.

8 – la actriz

Nada de lo que hiciera Elena asombraba ya a Vittorio. De ella, podía esperarse lo que fuera.

De todos modos, otra vez, lo había tomado de punto.

Se puso de pie y, sacudiéndose el pantalón, le dijo:

—Me olvidé de mencionar un detalle, querida mía. Hay una condición que la iglesia impuso para permitir el concierto. El sa-

cedote dará una bendición antes del concierto y, por supuesto, tendrás que estar en el escenario. Serán solo unos minutos, es lo que se acostumbra.

—¡Maestro, métase el Stradivarius en el culo! ¡Me voy a Ancona con mis parientes! ¡Y voy a llamar a mi mamá para que me lleve a la Argentina!

Elena, con la cara desencajada, salió del cuarto y caminó, rápida y decidida, hacia el jardín. Vittorio la siguió.

—¡Era en broma, Ele! ¿Adónde vas?

Casi tuvo que correr para alcanzarla.

Elena llegó hasta la verja de la entrada. Se detuvo. Giró. Enfrentó a Vittorio.

—¿Vio qué actriz que soy? ¿No le parece que puedo ser la nueva Anna Magnani? ¿De verdad pensó que le había creído?

9 – la violinista

En Orsanmichele había un lleno total. Vittorio era un hombre creyente pero nunca había hecho lo que hizo antes de entrar a escena. Para asegurarse de no ser visto, se encerró en el baño, se puso de rodillas y rezó. No por él sino por Elena.

Cuando se sentó frente al piano, ya en el escenario, mentalmente, pidió: «Dios mío, ayuda a esta niña».

Elena, de pie, con un vestido blanco que le daba un aspecto angelical, estaba lista para comenzar.

Durante el primer movimiento, al entrar al furioso *presto* en *la* menor, el maestro sintió que, ahí, a su lado, la música misma se había corporizado en una muchacha de once años.

A su espalda, a menos de un metro, Elena había dejado de ser la chica que andaba descalza, masticando chicles y riéndose de todo por la villa de Arcetri. Ni siquiera era la Elena de los ensayos. Era un ser privilegiado, alguien único y superior a cualquier

intérprete de violín que hubiera conocido. El arco y el violín parecían extensiones de sus manos.

Cuando se aproximaba el final del tercer movimiento, el violín sonaba exuberante y, en la acometida final, vibró con la máxima intensidad dramática.

Por unos segundos, Vittorio cerró los ojos. Sintió que un ser divino estaba detrás de él y, con un violín, lo transportaba hasta el cielo. Era la gloria tocar junto a ella.

Interpretada a una asombrosa y precisa velocidad, siguiendo con exactitud la terriblemente compleja partitura, cuarenta y tres minutos y veintitrés segundos después, terminó la *Sonata Nº 9 Op 47*, la «Kreutzer», de Beethoven.

El público la ovacionó de pie.

Elena saludó agitando la mano y con una ancha sonrisa. Entonces, escuchó a Vittorio diciendo en su oído:

—Toca lo que quieras. Tú sola.

Elena se sorprendió. No lo habían programado. Vittorio hizo un formal saludo al público y abandonó la escena.

¿Por qué la dejó sola? Nunca pudo explicarlo. Fue un impulso. Como si hubiera sentido que estaba de más.

10 – el milagro

Elena miró al público. Dio un paso hacia adelante, como si buscara el sitio preciso para estar más cerca de la gente. Como si se adueñara del escenario y de todo el recinto. Entrecerró los ojos y sonrió ligeramente.

Los murmullos se fueron acallando hasta que la sala quedó en completo silencio.

Aunque no estaba preparada para quedarse sola en el escenario, sin titubear, guiada por algo que habitaba solo en ella, tomó el arco y lo deslizó sobre las cuerdas.

Comenzó a tocar el *Capricho Nº 24 en la menor*, de Paganini, una de las piezas más complejas de las compuestas para violín.

Las once variaciones y el final fueron interpretados por Elena con el completo dominio de los intervalos de octava, décimas y terceras, mayores y menores, en dobles cuerdas; de las escalas y los arpegios, que fueron hechos a una velocidad excepcional; y del pizzicato de mano izquierda. Las posiciones altas y los velocísimos cambios de cuerdas resultaron perfectos.

Terminó la pieza en un tiempo asombroso: cuatro minutos y veintidós segundos.

Como si un resorte los hubiera impulsado al mismo tiempo, todos los presentes se pusieron de pie. El aplauso y los vítores fueron estruendosos.

Fue una grandiosa ovación para una magistral interpretación. En la sala, muchos hombres y mujeres no pudieron contener lágrimas de emoción.

En Orsanmichele, una niña de once años acababa de mostrar que lo imposible era posible.

Esa que estaba en el escenario era una niña pero su figura resultaba imponente.

Elena miró entre bambalinas y, con el gesto de la mano, le pidió a Vittorio que la acompañara.

Él se acercó, ella lo tomó de la mano.

Los aplausos y vítores no solo continuaban sino crecían haciendo vibrar el suelo y las paredes.

El cuerpo de Elena temblaba.

Vittorio, muy emocionado y con la voz quebrada, murmuró:

—Estás en la casa de Dios. Tocas así porque Él lo quiso. Tranquila, bambina. Dios te protege todo el tiempo.

Sin dejar de sonreír y saludar al público, Elena le respondió:

—Maestro, no diga boludeces.

Elena – 1962

1 – leyendas

En la noche del frío sábado 14 de enero de 1961, en la iglesia de Orsanmichele comenzó la leyenda de Elena Brozovsky.

Eugenio Montale escribió en el *Corriere della Sera*:

«Verla en el escenario fue ser testigo de un milagro. Un ángel de cabellos dorados, con un violín en sus manos, tocando con toda la pasión que un alma puede contener y la destreza técnica del más experimentado de los virtuosos. Elena Brozovsky, a los once años, es la nueva diosa de la música».

En 1962, tocó en New York y logró el suceso que terminó de consagrarla, a los trece años, como la mejor violinista del mundo y, sin duda, la más querida por la gente.

Hablaban de ella como la niña que había vencido al destino superando la tragedia con la fuerza de su voluntad y su descomunal talento.

Ella era la que, imposibilitada de seguir siendo una brillante pianista, sin saber nada de violín, en poco más de año y medio, se había convertido en una notable violinista alcanzando niveles tan altos que le valieron el apodo de La Paganini.

Las revistas *Life* y *Nesweek* publicaron su foto en portada. El *Daily News* la consideró la más brillante violinista del siglo 20. *The New Yorker* dijo:

«La Orquesta Filarmónica de New York, con la dirección de Leonard Berstein, la tuvo como violinista solista invitada [...] Su talento, maestría técnica y capacidad expresiva, la ubican por encima de todos los violinistas de este tiempo [...] Su carisma es gigantesco, al punto de haber concentrado solo en ella todas las miradas haciendo desaparecer de escena el habitual histrionismo de Berstein».

The New York Times le dedicó un largo artículo en el que habló de ella como un genio de la música, y, por primera vez, la mencionó como la Gran Elena Brozovsky.

Por supuesto que estaba tocada por la gracia divina pero fue una periodista del *Time*, Anne Darnell, la que mayor impulso dio a su leyenda. De manera casual, Anne relacionó la fecha de nacimiento de Elena con la de Clara Wieck.

la concertista

Clara Wieck fue una niña prodigio y, a diferencia de otros niños prodigios que desaparecían en la nada, ya de adulta su calidad como pianista aumentó. Clara se convirtió en la más grande y famosa pianista del siglo 19, al mismo nivel que Franz Liszt.

El padre de Clara, Friedrich Wieck, era un conocido profesor de piano y le dio las primeras lecciones. Con él, estudió Robert Schumann. Clara tenía once años cuando lo conoció. Él le llevaba nueve. A pesar de la diferencia de edad, se hicieron amigos y, años después, se enamoraron. A los veinte, Clara anunció que iba a casarse. Su padre se opuso. Pensaba que Robert era un incapaz y estaba loco. Clara, en el único acto rebelde de su vida, lo contrarió y se casó. Dejó de llevar el apellido Wieck para ser Clara Schumann y así empezar a tener una vida dramática.

En el arte era muy exitosa pero en su vida personal vivía un infierno. Tuvo ocho hijos; uno murió al año de nacer, dos antes de los treinta, y otro nunca salió del manicomio después que lo internaron. Clara mantenía a todos, incluido su marido. Era la clase de mujer que se pone la familia encima y empuja al viento.

En mayo del 49, en el alzamiento de Dresde, cruzó la ciudad en medio del fuego de los cañones, para ir a rescatar a sus hijos. Luego, regresó esquivando los disparos. Dresde quedó en ruinas pero Clara llevó sus hijos a casa.

Ella y Robert se querían mucho pero él tenía sífilis y estaba demente. Robert ganaba centavos escribiendo críticas musicales y como músico era poco y nada conocido. Friedrich Wieck tenía algo de razón.

Robert intentó suicidarse y se tiró al Rin. Como veía ángeles y demonios, lo internaron. Murió en el manicomio a los cuarenta y seis. Después de su muerte, Clara tocó sus conciertos en todas las capitales europeas y, con su prestigio, lo hizo famoso.

Ella era una buena compositora pero, tal vez, para no competir con él, dejó de componer cuando se casó y apenas hizo algunas obras menores.

Siguió dando conciertos, obteniendo fama póstuma para su marido y haciendo crecer la de Chopin, Brahms, Mendelshon y, sobre todo, la de Lisz, con el que se peleó y nunca más tocó nada de él.

Por Wagner sintió una especial aversión. Lo consideraba una persona detestable. Donde estuviera Wagner, ella no pisaba.

Con Brahms tuvo una relación muy particular.

Johannnes Brahms tenía veinte años cuando conoció al matrimonio Schumann y se hizo muy amigo. Por supuesto, se enamoró de Clara, catorce años mayor.

Al morir Robert, profundizaron su relación y vivieron juntos en Dusseldorf y en Suiza. Luego, se separaron pero sin perder la amistad. Brahms se encargó del funeral cuando Clara murió poco antes de cumplir 77, sin haber perdido nunca su sitio en lo más alto de la música del siglo.

Brahms, que se quedó soltero toda la vida, se murió al año siguiente. No podía ser de otra manera siendo uno de los máximos representantes del romanticismo alemán.

Robert, el otro gran romántico de la música, había querido ser escritor. Fracasó y se limitó a escribir críticas musicales. Así fue que se decidió a ser concertista pero tampoco pudo.

Sus obsesiones lo hacían subir a la cima componiendo y caer al abismo como intérprete. Decidido a ser un pianista perfecto, se ejercitó durante horas pero nunca consiguió superar la mediocridad. Finalmente, no pudo seguir intentándolo por una causa inesperada y extraña.

Siempre fue un misterio lo qué le sucedió. El dedo anular de la mano derecha de Robert quedó inservible.

Dijeron que se dañó el músculo usando un aparato que oprimía los dedos para conseguir una mejor digitación. Pero no hay un solo testigo que lo viera con el aparato. Ni siquiera Clara o él lo mencionaron.

Como fuera, estaba escrito que Robert sería un destacado compositor pero nunca un concertista.

La parálisis de su dedo anular de la mano derecha lo dejó al margen del juego.

2 – leyendas

Anne Darnell, sin mucho de dónde sostenerse, contó una buena historia uniendo a Elena con Clara. En definitiva, Elena Brozovsky, ciento treinta años después, había nacido el mismo día de septiembre que Clara Schumann; sufrió la lesión de su dedo anular de la mano derecha, como Robert, y, como él, tampoco pudo seguir con su carrera de pianista.

Anne supo cómo alentar la superstición y escribió:

«Sin duda que podrá decirse que se trata de mera casualidad. Pero, lo cierto es que el accidente automovilístico en el que su dedo anular quedó imposibiitado sucedió después que la Gran Elena Brozovsky diera su último concierto en Milán, donde interpretó la *Sonata Nº 2* y la *Kreisleriana opus 16*, ambas de Robert Schumann».

Alejandro – 1968

Siempre con un largo vestido blanco, fotografiada con la orquesta, o con su bella cara en primer plano, Elena aparecía con su violín en las portadas de todos los discos.

Había grabado como solista con todas las grandes orquestas sinfónicas del mundo: las Filarmónicas de San Petersburgo, Viena y New York; las Sinfónicas de Boston, Londres, Chicago, de la BBC, la Royal Concertgebouw. Había varios conciertos para piano y violín, incluido el que grabó con Arthur Rubinstein. Otros, de viola y chelo. Ella no solo era la mejor violinista del mundo, también, la mejor violista. Además, había dado brillantes conciertos como chelista, no dejando ni la menor duda de ser un genio de la música.

A los 18 años fue nombrada la miembra honoraria más joven de la Royal Academic Music, de Londres. Le habían otorgado el premio danés Léonie Sonning, el Pulitzer de música, el Grand Prix du Disque, el Grammy de música clásica, la Medalla de Oro de la Royal Philharmonic Society y la medalla Mozart de la Fundación Mozarteum,

Cuando Alejandro la encontró en Saint Michel, le faltaban unos días para cumplir diecinueve, seis años menos que él.

Averiguó todo lo que pudo sobre Elena. Supo que hablaba siete idiomas y que vivía en Florencia. Escuchó incontables veces cada uno de sus discos. Leyó libros sobre música clásica, fue a conciertos, y, en poco tiempo, aprendió lo que ignoraba por completo antes de conocerla.

En marzo del 69, Elena se presentaría como violinista invitada en la Sala Pleyel, de París. Tres meses antes, compró una platea en la fila ocho, al medio. El curso en la Sorbona habría terminado para entonces; eran sus últimas semanas en Francia y no estaba dispuesto a irse sin haberla visto tocar en persona.

¿Podría acercarse a ella? ¿Podría hablarle si la esperaba a la salida, como esos tipos que había visto esperando en las puertas de los teatros y le habían parecido unos idiotas? ¿Ella lo recordaría? Respondió todas las preguntas en forma negativa.

Elena y él habitaban universos tan ajenos como los tipos que vivían en el Dock Sud y los de las Lomas de San Isidro.

Entre ellos todo lo que ocurrió fue un corto intercambio de palabras y una foto que le sacó junto a la pareja de italianos.

Para alguien como ella, era uno de los tantos tipos que se le acercaban en la calle, la saludaban, le pedían un autógrafo y no volvía a saber de ellos.

Por supuesto que lo había olvidado por completo. No había ninguna razón para que lo recordara.

Pero, para él, ¿qué significaba ella?

Alejandro – 1969

1 – pies

Se sentó en la butaca. En la sala Pleyel no había asientos libres. La gente comenzó a aplaudir cuando entró la Orchestre National de l´ORTF. Los músicos se ubicaron en sus asientos, acomodaron las partituras en los atriles.

Los cuchicheos recorrían la sala.

De pronto, un encendido aplauso.

Por el camino en medio de la orquesta, con su vestido blanco, apareció Elena. No llevaba zapatos. Caminaba descalza.

Alejandro demoró en salir de la sorpresa. Ignoraba que Elena tocaba descalza desde seis años atrás. Las primeras veces que se presentó sin zapatos, algunos la criticaron considerándolo una falta de respeto al público que se vestía con elegancia. Después, lo aceptaron como aceptaban todo lo que ella hacía.

Detrás de Elena, el director, Jean Martinon.

Elena le dio la mano a los primeros violines, sonrió al público saludando como si saludara a un grupo de amigos.

De inmediato, se hizo el silencio.

El director se mantuvo quieto por unos segundos; la quietud se rompió cuando su batuta se agitó en el aire.

2 – el arrobamiento

Los instrumentos de viento seguidos por los violines comenzaron el *Concierto para violín en Re Mayor Op 77*, de Brahms.

Elena seguía el ritmo moviendo ligeramente el cuerpo. Parecía entretenida recorriendo con la mirada a los espectadores, como si estuviera pensando en otra cosa. Eso pareció hasta que apoyó el mentón sobre la almohadilla que separaba su cuello de la tabla, y llevó el arco a las cuerdas.

Con los primeros sonidos de su violín, Alejandro sintió que su cuerpo se estremecía, como si algo por completo desconocido hubiese entrado en él.

Esa chica, de poco más de un metro sesenta de estatura, con un cuerpo tan delgado y una cara tan aniñada, hacía que todo a su alrededor desapareciera y quedara nada más que la infinita belleza de la música. La música nacía en ella y se derramaba como una llovizna invisible sobre cada uno de los hombres y mujeres que estaban en la sala.

La música era la voz con la que Elena le hablaba a todos los seres vivientes y les contaba de territorios lejanos e inaccesibles a cualquier mortal, excepto ella misma.

Solamente un ser de exquisita pureza podría caminar sobre ese mundo de finísimo cristal.

La naturaleza humana, con sus miserias, estaba impedida de alcanzar esos sitios. Solamente Elena los conocía muy bien. Ese

universo, infinitamente extraño a todos, era el lugar mágico donde ella vivía.

3 – la burbuja

No podía quitarle los ojos de encima. Estaba cautivo de ella y su música. Había sido transportado a un lugar que no imaginó existiera, que estaba más allá de cualquier lugar en el que él pudiera estar por sí mismo.

Elena transmitía el sentimiento más bello que nunca había experimentado y que lo hacían ser, al menos por unos minutos, alguien distinto al que siempre fue.

Al llegar al tercer movimiento, el violín de Elena alcanzó un nivel sublime. Ella y su violín eran el punto de encuentro del cielo y la tierra, de Dios y los hombres. La realidad se convertía en un sitio mágico en el que todas las sombras desaparecían iluminadas por la brillante luz de la música.

Cuando llegó el final, y los aplausos y los vítores en la sala daban la impresión de poder hacer caer las paredes y desplomar el techo, Alejandro reaccionó, como si hubiera regresado de un viaje a la eternidad y tomara consciencia de estar en una butaca de la fila ocho de la sala Pleyel.

Había quedado encerrado en una burbuja en la que solamente estaban él, Elena y la música. Como un autómata, se puso de pie. Nadie en la sala permaneció sentado. Durante ¿quince, veinte? minutos, Elena recibió una ovación estruendosa.

Alejandro aplaudió hasta dolerle las manos.

4 – rosas

Elena había girado dando la espalda al público y aplaudía a la orquesta.

Como es tradicional, una mujer, vestida de largo, le entregó un ramo de rosas rojas. Elena le agradeció besándola en ambas mejillas. Luego, saludó a concertino y a los primeros violines y, con un gesto delicado, sonriendo con picardía, puso una rosa en el bolsillo de la chaqueta del frac de Martinon. Cambiaron unas palabras y, con elegancia, le dio la mano.

Se apartó de él, alzó la vista hacia los asientos más económicos. Quitó otra rosa del ramo y mirando a los espectadores más apartados del escenario hizo el inconfundible gesto de lanzarla hacia ellos. Desde el fondo de la sala, le respondieron con un aplauso atronador.

Salió del escenario, acompañada por el director, y, entre los aplausos y vítores que no cesaban, retornó con una ancha sonrisa que hacía, aún, más bella su cara dándole un aspecto de infantil frescura. Martinon la seguía.

En forma inesperada, Elena fue hacia el proscenio y pidió silencio; primero, moviendo una mano hacia arriba y abajo; enseguida, poniendo un dedo sobre sus labios.

Los aplausos se fueron acallando. La sala quedó en un respetuoso y curioso silencio. Entonces, en un perfecto francés, le dijo al público:

—Muchas gracias pero me tengo que ir porque, todavía, no comí y mi mamá dice que si sigo enflaqueciendo no voy a dar sombra. (Risas en toda la sala). Ustedes se quedan con esta estupenda orquesta y su gran director, Jean Martinon. Que tengan una buena vida. Y que lo que hagan les dé felicidad... Nos vemos cualquier día de estos. Hasta pronto.

Mientras la vitoreaban y la aplaudían como si fuera una súper estrella del rock, Elena, saliendo del escenario, levantó ambos brazos moviéndolos hacia derecha e izquierda, en señal de despedida.

En una mano sostenía las rosas, en la otra, el Stradivarius.

Como si no le importaba en lo más mínimo que ese violín costara más de diez millones de dólares.

5 – pensamientos

Al salir, caminó desde Faubourg Saint Honoré a la Avue des Champs-Elysées, cruzó la Place de la Concorde y no se detuvo hasta llegar al Café de Flore, en el Barrio Latino.

Sentado en una de las mesas, pensó que el mundo estaba poblado por seres como él, pequeños, mediocres, llenos de deseos que jamás se cumplirían. Y otros, distintos, elegidos por el destino, un reducido puñado de seres como Elena. Tipos distintos.

Él era un miembro del rebaño que caminaba hacia ningún sitio. Un hombre común, tan común como el pan o el vino. Ni siquiera como el pan o el vino, él era un hombre prescindible del que la existencia se desharía sin que a nadie le importara ni quedaran rastros. Como les pasaba a todos. Excepto a ese reducido grupo de los dotados de *algo* que los distanciaba del rebaño.

Eso era Elena, un ser hecho con una esencia diferente a los demás. Alguien elegido para cumplir una misión en la Tierra: transmitir la belleza de la música para embellecer la fealdad de las almas de los seres vulgares.

Él y los de su clase vivían en un plano de la existencia. Elena, era parte de una dimensión en la que ninguno de ellos jamás tendría acceso.

Elena habitaba en un mundo imposible de penetrar porque era un mundo creado solamente para ella. Tipos como él no podían hacer otra cosa que trepar para espiarla por sobre el muro que la rodeaba.

Esa noche, en el Café de Flore, Alejandro comprendió que todo lo que él podría ser era un hombre opaco que, algún día, podría convertirse en un opaco escritor.

Sobre todo, supo que Elena era inalcanzable para él.

Esto no le dolió.

Por el contrario, le hizo tener hacia Elena sentimientos que jamás tendría por otra mujer.

Elena – 1965

Filippa se dedicó de lleno a su marido. Mientras estaba embarazada, descubrió que Renato tenía otra mujer. Lo perdonó pero él no dejó de ver a su amante.

Tuvieron un niño que murió al mes. Filippa sufrió una severa depresión y fue internada.

Elena pagó a los mejores especialistas para que la atendieran. En la familia de Filippa siempre habían dicho que era una chica rara.

Al ser dada de alta, se obsesionó con su esposo. Lo vigilaba todo el tiempo y le hacía constantes escenas de celos. Le juró que se suicidaría si la abandonaba y fue a la casa de la amante para darle unas cuantas cachetadas y amenazarla con matarla si seguía con Renato.

Después, se distanció por completo de Elena. Ella no entendió la razón. Vittorio se la dijo:

—Ele, tú tienes una locura alegre. Filippa, una locura trágica. Siempre te envidió y siente celos de ti. Te quiere lejos de su marido. ¿Comprendes, querida?

Elena no concebía que alguien pudiera tener ideas como esas. Durante las siguientes nueve horas se encerró y no dejó de tocar el violín. Al salir del cuarto de música, estaba muy seria y reconcentrada.

—Quiero fideos con manteca —dijo.

Vittorio y Jean-Luc comieron pato a la naranja y hablaron del estreno en La Scala de *Clitemnestra*, de Pizzeti, protagonizada

por Clara Petrella. «Ni la Petrella ni Pizzetti pasarán a la inmortalidad por esta ópera», dijo Jean-Luc.

Elena no intervino en la conversación y comió en silencio, lo que era una rareza. Vittorio y Jean-Luc no le preguntaron qué le pasaba. Lo sabían.

Al terminar la comida, Elena dijo:

—Tío Jean, dame uno de esos asquerosos cigarrillos turcos que fumás.

Como un asunto de ella sola, comer *lombrices* y fumar cigarrillos turcos, fue su manera de despedirse para siempre de su amiga Filippa.

Elena – 1966

1 – el inicio

Lo dejó hacer lo que sabía.

Sus besos y sus caricias le daban un intenso placer. Intentó responder del mismo modo pero no le era posible, carecía de su sabiduría en el sexo.

Ella respiró con la boca abierta. Se quedó quieta, expectante, luego, soltó un quejido. Instintivamente, lo mordió en el hombro. Apretó sus manos sobre la espalda de él, estaba ligeramente transpirada. El dolor que había sentido comenzó a ceder ante una sensación de placer, de un goce desconocido. Por unos instantes, pareció estar perdiendo la conciencia de lo que ocurría. De pronto, él se detuvo. Exhaló el aire con fuerza. Los movimientos de su cuerpo se fueron aquietando hasta quedar inerte.

Ella no sabía lo que debía hacer. Esperó lo que él haría.

Él se apartó con lentitud, con delicadeza, tratando de recuperar la respiración normal. Apoyó la cabeza en la almohada y buscó los cigarrillos en la mesa de luz.

¿Eso es lo que debía hacer él? ¿Y ella? ¿Qué se esperaba que hiciera?

No quería pensar en ninguna cosa. Era el momento de meter la cuchara en el frasco de mermelada.

2 – pornografía

—¿Estás bien? —preguntó él.

—¿Tengo que decir que sí? ¿O, en estos casos, corresponde hacerse la interesante?

Lajos Rudnay se rió.

—¿Sabes que sos una chica única?

—Tu única chica esta noche querrás decir.

—Única. No me refiero a lo que todos saben de tu inmenso talento. Única como chica. Nunca conocí a una mujer con tu personalidad, tu carácter.

—Por ser un viejo de cuarenta, no tenés mucha experiencia con las mujeres.

—Perdón, Elena. Todavía eres una niña. Tal vez, aún, no era el momento ni yo el hombre adecuado.

Con un movimiento veloz, Elena quedó arrodillada en la cama. Le miró el pene empequeñecido. Lo tomó del prepucio, lo estiró como un elástico y lo soltó. Le hizo gracia. ¿Eso que parecía un bicho cascarudo le había hecho doler? ¿Eso era el gran orgullo de los hombres? Se puso de pie, dio unos pasos sobre la cama con la elegancia de una bailarina de ballet y se subió al vientre de Lajos.

—¡Degenerado! Soy una niña de diecisiete años. ¡Pervertido!

—¡No me saltes encima! ¡Basta!

Elena se movió y quedó parada sobre su pecho con los brazos en cruz, haciendo equilibrio.

Con un pie le tocó la nariz.

—Vos sos un viejo verde como Humbert Humbert.

—¿Quién es Humbert Humbert?

—Un degenerado de tu clase que andaba con una de doce años. Yo vendría a ser una Lolita medio veterana para el gusto de tipos babosos como ustedes.

—¡Ah, sí! Vi la película con James Mason.

—Es una muy buena novela de Nabokov.

—Me dijeron que la novela es pornográfica. ¿Cómo lees ese tipo de cosas?

Elena, que seguía parada sobre su pecho, le puso un pie en la frente y la golpeó levemente dos o tres veces.

—Toc-toc, ¿hay algo adentro? ¿Sabés que tendrías que alimentarte a alfalfa? ¿A qué edad te pusieron las herraduras?

Lajos sonrió. Y, apenas unos segundos después, estuvo completamente seguro de que era una chica fuera de lo común cuando ella le dijo:

—Esto es como un ritual satánico. Acaba de caer una gota de sangre en tu panza.

3 – el húngaro

Se conocieron después que Elena tocó con la Orquesta Sinfónica de Londres, en el Royal Albert Hall.

Lajos Rudnay fue a presenciar el concierto y quedó extasiado escuchándola. Luego, pidió que se la presentaran al verla, de forma casual, en el lobby del Hyde Park Hotel, donde ambos se alojaban. Le pareció muy bonita y más niña de cómo se la veía en el escenario.

Lajos había sido contratado para una serie de conciertos en Londres y Edimburgo. Era húngaro y, después de la revolución de 1956 y la intervención soviética, escapó cuando Kadár proclamó el gobierno de obreros y campesinos. Se radicó en los Esta-

dos Unidos y adoptó la ciudadanía. En ese entonces, ya era un pianista famoso.

Lajos era un hombre de facciones agradables, ojos grandes y cabello oscuro. Tenía modales de una persona educada en una vida de buena posición. Desde los cinco años, se había dedicado al piano sintiendo en el cuello la respiración de su madre, una pianista frustrada que lo acompañaba a todas partes.

Su madre murió al caerse de una escalera y Lajos se casó con la soprano española Monserrat Zamacois. Se separó antes de cumplir el tercer año de matrimonio, después que ella le fue infiel con el director de orquesta Manfred Weber.

4 – la cita

Lajos se acercó a Elena sin otro propósito que conocerla personalmente y poder decirle que la consideraba la mejor violinista que había escuchado.

Recibió varias sorpresas: ella hablaba un inglés que parecía una egresada de Oxford mientras él no podía quitarse el acento húngaro. Pero su mayor sorpresa fue que una adolescente fuera tan madura y tuviera tanta libertad para expresarse utilizando las palabras más vulgares con una naturalidad que le resultó abrumadora.

Elena se apartaba por completo de todos los moldes que él conocía. Siendo un genio de la música, La Paganini se vestía con jeans y zapatillas, como si fuera una jipi, y no tenía ninguna de las veleidades que había conocido de cerca con su ex esposa.

Dudó bastante pero, al fin, se decidió y la invitó a cenar en Rules. Sin darle tiempo a responder, agregó que, también, estarían presentes sir John Kendall, el famoso coleccionista de arte, con su esposa, Elizabeth Stuck; y el matrimonio de sir Archibald Dowley y la señora Clarice Flannegan, dueña de una de las más

importantes fortunas de Gran Bretaña y famosa por sus fiestas y excentricidades.

Creyó necesario decirlo para que no malinterpretara sus intenciones. Le aclaró que solo pretendía rendirle un pequeño homenaje por su talento.

Lajos era la clase de hombre que temen sacarse el zapato en público y tener la media rota. Sobre todo, le preocupaba que pudieran tomarlo por uno de esos cuarentones que se babean como bulldogs al ver a una adolescente con la pollera corta.

Elena le contestó:

—Vos sos de los que andan dando vueltas a la manzana antes de decidirse a tocar el timbre, ¿no? ¿A qué hora me esperás?

5 – estilo

Elena apareció en el lobby del hotel vestida con una camisa blanca y suelta por encima de la corta pollera negra, y zapatillas. Lajos estaba vestido de etiqueta. Al verla, por educación, vaciló antes de hacer un comentario que sonara inapropiado pero le pareció que era imprescindible.

—Perdón, me olvidé de decirte que Rules es un restaurante al que van las clases altas de Londres. No tenías por qué saberlo. Estás muy bella pero puedo esperar que te cambies de ropa.

Elena lo miró de reojo.

—Lajos, dejate de boludeces y vamos.

6 – la celebridad

Al llegar al restaurante, Lajos temió que no le permitieran la entrada a Elena. Eso no ocurrió.

Apenas puso un pie en el salón, la miraron, primero, por su vestimenta; después, al reconocerla. A medida que caminaba

entre las mesas, la gente la aplaudía y la saludaba con cariño. Ella les daba la mano a los hombres y un beso en la mejilla a las mujeres.

Lajos estaba asombrado. Jamás había visto algo así con ningún artista de música clásica; y había estado en sitios donde ingresó la Divina Callas con Onassis.

No le quedaron dudas de que Elena era una celebridad y había alcanzado un nivel de fama que trascendía en mucho el estrecho círculo que formaban los amantes de lo que se consideraba música culta.

Al llegar a la mesa, rompió las reglas de etiqueta y, sin esperar que Lajos la presentara, lo hizo sola, diciendo:

—Hola, soy Elena, ¿cómo te va?

Como lo había hecho con la gente del salón, dio besos a las señoras y la mano a los señores. Luego, ni Lajos ni el maitre llegaron a tiempo para correrle la silla. Se sentó sin esperar atención.

El maitre se puso a su lado y le dijo:

—Es un honor que la Gran Elena Brozovsky nos visite. Le doy la bienvenida en nombre de todos los que formamos parte de Rules. Personalmente, la admiro. Fui a verla cuando se presentó el pasado año en la Royal Opera. Mi esposa me llevó. Usted me hizo amar la música clásica. Espero que disculpe el atrevimiento de decirle esto.

De manera imprevista para cualquiera que no la conociera, Elena se puso de pie. Le dio la mano.

—¿Cómo te llamás?

—George. George Montgomery.

—Muchas gracias, George. Nadie me ha hecho un mejor elogio. Dale mis saludos a tu esposa. Y espero que te encargués del lomo que voy a comer. Asegurate que esté muy cocido. Los chefs de estos sitios consideran una fineza servir la vaca viva. Y quiero una ensalada que dejo a tu elección. Pero evitá que me den co-

sas raras, como trufas con hinojo y helado de pistacho. Encargate de que me sirvan la misma ensalada que te prepara tu mujer.

George no pudo evitar reírse.

—Señorita... —dijo y ella lo interrumpió

—Si vos sos George, yo soy Elena. ¿De acuerdo, George?

Cuando Elena volvió a sentarse, Clarice Flannegan estaba fascinada y Lajos se había enamorado de ella.

7 – piedritas

Muy pronto, tomo conciencia de que Lajos, a pesar de sus cuarenta y tres años, era muy poco sofisticado haciendo el amor. Más bien, era un hombre de poca imaginación. Le parecía un tipo que se bañaba en almidón.

Se acostaron cuatro veces. En la quinta, Elena supo que el tipo conocía bastante poco de sexo y lo hacía en forma mediocre.

Algo de él la había atraído pero era como si lo mismo que la atrajo, ahora, le produjera una sensación de incomodidad, de molestia, como si una piedrita se hubiera metido en su zapatilla.

8 – formalidades

Mientras terminaba de vestirse, le dijo que no lo vería más. Lajos demoró en entender. Creía que ella estaba muy enamorada de él.

Le preguntó el motivo.

—Experiencia en este asunto tengo poca. Pero no se precisa hacer una licenciatura para saber cuándo hay que cortar los yuyos del patio.

—No entiendo.

—Mira, Lajos, como marido no me servís porque tenés edad para ser mi papá y tampoco como papá porque ya tengo y lo

quiero mucho. Como amante, menos. Cada vez que nos vimos, me paseé desnuda por toda la pieza y a vos no te conozco desnudo de pie. Te sentás en la cama y te ponés los calzoncillos hasta para ir al baño a mear.

—Pensé que podría incomodarte.

—Lo que me molesta es que no te tirés pedos.

Lajos quedó desconcertado. Era la primera vez en su vida que oía a alguien decir *eso* con la misma espontaneidad con la que podía decirse pelar naranjas o sacar punta a un lápiz.

Mientras él se quedaba mudo, Elena le dijo:

—La segunda vez que nos encamamos, te aguantaste el pedo. Cuando estabas a punto de reventar, fuiste al baño, abriste una canilla, soltaste el agua del inodoro, y te tiraste el pedo. Toda una ceremonia para tapar el ruido de un pedo.

La cara de Lajos enrojeció.

—Me siento muy avergonzado. No creí que escucharas.

—Si tengo oído para diferenciar un *fa* de un *fa* sostenido, ¿cómo no voy a tener oído para escuchar un pedo? Dicho sea de paso, tus pedos suenan en *mi* bemol menor.

Elena se rió.

—No te comprendo. ¿Quieres decir que tú has decidido interrumpir nuestra relación porque soy pudoroso con mis gases?

—¡No podés ser tan boludo! El pedo es un símbolo. ¿Entendés? Sos solemne hasta para tirarte un pedo. No me gustan los tipos solemnes y que nunca se rascan los huevos. Mis hermanos se la pasan tirándose pedos y rascándose los huevos.

9 – floreros

Vittorio se alegró por el fin de la relación con Lajos. Siempre le pareció un tipo viejo y desabrido para ella. Con Jean-Luc, estaban entretenidos escuchando cómo dio fin al romance.

Elena era una gran contadora de historias. Tenía la capacidad de relatar un viaje de diez cuadras en ómnibus y convertirlo en una epopeya como la de los viajes de Gilgamesh o Ulises.

Los tres estaban en el café Tomaselli, de Salzburgo. La noche anterior, Elena había tenido un éxito descomunal interpretando temas de Mozart, acompañada por la Orquesta de Cámara de Salzburgo, en la Fortaleza Hohensalzburg.

En el café, como era habitual cuando la reconocían, se acercaron varias veces a pedirle autógrafos. Vittorio y Jean-Luc, estando con ella, habían perdido los celos y envidias comunes entre artistas. Por el contrario, se sentían orgullosos de su «sobrina», a pesar de permanecer ignorados por completo al estar a su lado y ser, como dijo Jean-Luc: «Los floreros de Ele».

Elena, totalmente ajena a esas cuestiones, no estaba interesada en otra cosa que comer Apfelstrude y tomar el Melange.

Varios años antes, cuando visitó por primera vez la ciudad para tocar en el Festival, había estado en el café Tomaselli y pasó un buen rato leyendo con atención la carta del menú y, como si hubiera hecho un hallazgo, pidió Apfelstrude y Melange.

Al ver lo que le habían traído, dijo:

—¡Déjenme de joder, esto es café con leche y torta de manzana! Si estos austriacos te venden mate con tortas fritas, le ponen «Schmateburg mit schtortifrite», así una se cree que está comiendo un plato especial.

Aquella vez, Vittorio se rió con ganas pero no tanto como esta vez oyéndola contar cómo dio fin a la historia de amor.

11 – caperucitas

—Lajos me recuerda a Benjamín Britten. Los dos tienen la misma perversión. Al inglés le gustan los niños y al húngaro las niñas—dijo Jean-Luc.

—Primero: no soy una niña sino una mujer muy bien formada. Segundo: Ben está en pareja con Peter Pears, su tenor a domicilio. No lo difames.

—Busca niños —dijo Vittorio.

—¿Y ustedes no hicieron nada cuando estuve con él en Londres? ¿Y si me hacía no sé qué asquerosidades?

—Puedes estar tranquila a su lado. A Britten le gustan los varoncitos de diez a doce añitos, bien tiernitos. Es a Lajos al que le gustan las niñitas ingenuas. Un lobo buscando inocentes Caperucitas —dijo Jean-Luc.

—¡Momentito! Yo no soy ninguna ingenua ni una Caperucita. Soy una chica muy avispada.

Jean-Luc y Vittorio hacían un esfuerzo para mostrarse serios.

—Lajos tiene el estilo de Antón Bruckner, que compuso música típica de alemanes: pura solemnidad. Se la pasaba rezando, nunca tuvo sexo con mujeres y, que se sepa, tampoco con hombres, a no ser que su *amado* Wagner, como él decía, fuera algo más que su maestro —dijo Vittorio.

—No creo. Wagner engañó a su esposa, la pobrecita Minna Planer, una maravillosa actriz, con decenas de mujeres. Hasta en forma descarada con Mathilde Wesendonck, para la que compuso bellísimos lieds con versos que ella escribió —dijo Jean-Luc y, con disimulo, le guiñó un ojo a Vittorio.

—El genio alemán encarnó en Richard Wagner. ¡Un gigante del arte! ¡Llegó a las cimas que solo alcanzan las águilas! —dijo Vittorio.

—Además de su música, un gran pensador que esclareció al pueblo alemán con sus libros—agregó Jean-Luc.

Los dos se prepararon para escuchar la reacción de Elena.

—¡Aj! ¡No me nombren a ese antisemita de mierda que me dan ganas de vomitar! Se disfrazó de socialista y cristiano y fue un racista inmundo. Se cansó de escribir contra los judíos y dijo

que le daban asco. Fue una fuente de inspiración para Hitler. ¡El sorete inspirando a la mierda! —dijo Elena.

Jean-Luc y Vittorio no pudieron aguantar la risa.

—¡Boludos! ¡Me están tomando el pelo!

—Volvamos a Lajos —dijo Jean-Luc—. Elena, di la verdad y jura que dijiste: «El pedo es un símbolo».

—¡Y claro que el pedo es un símbolo!

Jean-Luc y Vittorio se rieron a carcajadas.

—Son dos basuras. Les cuento que me separé de Lajos y, en vez de darme consuelo, se cagan de la risa.

Elena – 1967

1 – romances

Después de Lajos, tuvo asuntos de sexo con Henritt Thelot, el pintor sueco, con el que estuvo dos o tres veces; el actor danés Christoffer Kirkeby, que se apasionó por ella y le escribió varias cartas que poco tenían de amor y mucho de sexo.

Elena nunca le contestó pero leía las cartas con interés. Kirkeby le escribió durante un año hasta que se suicidó.

En realidad, Kirkeby murió por una accidental sobredosis de heroína pero la prensa tenía una mejor historia presentando su muerte como un suicidio por el desengaño amoroso con Elena. De modo que a su leyenda se agregó un amante que se suicidó por amor.

Mientras Kirkeby le enviaba las cartas, ella tuvo amoríos con Andrés Rodríguez, el guitarrista español; y con Dale Robinson, un saxofonista mediocre con el que duró un par de semanas.

Elena fumaba habanos y tomaba anís pero nunca se emborrachaba ni usaba drogas. No le molestaba que lo hicieran a su lado mientras no se metieran con ella incitándola a consumir.

Consideraba una basura al que invitaba a alguien a entrar en las drogas. ¿Cómo podía saberse si el tipo no terminaba destruido como muchos que vio?

En Londres, entraba y salía de sitios como el Ufo Club o el Crawdaddy Club, en los que conoció a tipos como Mick Jagger, Brian Jones o Eric Clampton. A pesar de tener muchos ofrecimientos, nunca se acostó con ninguno de los que tocaban o frecuentaban esos clubes. Todo lo que pretendía era escuchar música. El rock y el jazz la fascinaban.

Cuando le preguntaron cómo podía interesarse por una clase de música menor, respondió:

—Lo único inferior es el espíritu de los necios. Debo decirle, señor, que solo hay música y diferentes maneras de expresarla.

2 – el jazz

Con Dale Robinson fue al Village Vanguard, en la Séptima Avenida, en Greenwitch Village, un lunes en el que tocaba la orquesta de Mel Lewis y Thad Jones. Cuando la orquesta terminó de tocar *One around*, y escuchó por primera vez el saxo barítono de Pepper Adams, Elena se paró sobre la silla para aplaudirlos.

Al verla, aplaudiendo y silbando, Thad Jones la señaló con el dedo y dijo:

—¡Oye! ¡Tú, la de la gorra! ¿Eres la que pareces?

—¡No, no soy esa!

—¡Mentirosa!

Thad abrió sus brazos de par en par. Dio vuelta la cabeza hacia la orquesta y dijo:

—¡Mel, muchachos! ¿A qué no saben quién vino a escucharnos? ¡No van a creerlo!

Desde esa noche, no dejó de ir al Village Vanguard cada vez que visitó New York. Ahí conoció a Thelonious Monk y se dijo que

tocaron juntos el piano. No era cierto. Elena llegó a tocar todos los instrumentos pero evitó sentarse frente a un piano. No apoyó un dedo sobre una tecla después de su accidente. Ni siquiera lo hizo cuando Arthur Rubinstein la invitó a tocar a cuatro manos. Pero fue cierto que tocó en el contrabajo de Charles Mingus.

3 – el contrabajo

Mingus era temible por su mal humor. Varias veces lo había descargado con sus músicos, incluso dándoles trompadas e insultando al público.

Elena se hizo su amiga y era la única a la que permitía lo que fuera. En uno de sus arranques de ira, en medio de una actuación, comenzó a insultar al baterista.

Elena estaba entre el público y le gritó:

—¡Ey, gordo! ¡Atale la verga con una cuerda de tu contrabajo y arrancasela!

Mingus se calmó al instante, apenas sonrió, y, mientras todos se reían a carcajadas, le dijo a Elena:

—Voy a hacerlo... Rubia, mejor, ven y toca por mí.

Elena tocó *Goodbye Pork Pie Hat*.

Mingus regresó y dijo:

—Vete, rubia. Eres demasiado buena para tocar con estos asnos. Sigo yo. Estoy resignado.

Así fue el asunto del contrabajo. Mingus la apreciaba y valoraba que ella, una blanca que podía vivir en una casa de cristal y bañarse en una piscina llena de agua mineral, combatiera el racismo contra los negros con tanta energía como la que él ponía como activista.

Era muy conocido que Elena, siendo una chica de catorce años, en 1963, se fue de un restaurante de Chicago al ver que había un baño para blancos y otro para negros.

A partir de entonces, se opuso con tenacidad a las leyes de Jim Crow, que propugnaban la segregación racial en las escuelas, bares y transportes.

Esas leyes eran presentadas con uno de esos lemas que solo se les ocurre a los estadounidenses: «Separados pero iguales».

Elena, en un reportaje radial en WGN de Chicago, dijo:

—Les reconozco la creatividad para decir que son unos racistas de mierda.

4 – el saxo

Cuando estuvo con Dale, una mañana él se despertó escuchando su saxo. Con una fuerte resaca, fue a la sala y encontró a Elena, descalza y vestida solo con una de sus camisas, tocando «Body and soul».

Ella llegó al final del tema sin advertir que Dale estaba a su espalda. Al verlo, dijo:

—¡Epa! Ahí vemos a un sobreviviente del naufragio.

—Pasé meses antes de poder pasar sin error de un *si* grave a un *do* sostenido. Y tú lo logras sin haber aprendido a tocar el saxo. ¿Cómo lo haces?

Elena se encorvo de hombros.

—Mi digitación no es buena.

—Me siento un microbio a tu lado —dijo Dale

Elena fue al dormitorio. Dejó el saxo sobre la cama. Miró a Dale y le dijo:

—En las enfermedades hay microbios. La música está libre de virus y pecados.

Tiró la camisa sobre una silla y comenzó a vestirse.

—Si la música está en tu alma y te grita para que la soltés, aunque sepas que sos el peor saxofonista del mundo y que nunca llegarás a ocupar el lugar que acaba de dejar John Coltrane al

irse al cielo o al infierno, no va a importarte. Lo único que importa es tocar. Si no sentís eso, pibe, tirá el saxo y dedicate a vender autos usados. Pero no jodas soltando baba mientras te arrastrás como una rata herida en la basura.

Esa fue la última vez que vio a Dale.

Alejandro - 1970

Dejó a Eva en su casa. Salía con ella desde tres meses antes. Volvían del cine, de ver *El jardín de los Finzi-Contini*. No le gustó. De Sica la dirigió pareciendo más Visconti que De Sica. Dejó a Eva en su casa y caminó con apuro hasta la estación de subte.

Estaba impaciente desde horas atrás. Poco antes de encontrarse con Eva, supo que el último número de *Playboy* había llegado. Le habían hecho un reportaje a Elena. No quiso comprarla para que Eva no la viera y pensara que leía ese tipo de cosas.

La pidió en un quiosco del andén. Estaba escondida bajo otras revistas. Se la consideraba pornográfica y el gobierno de los militares se ocupaba de defender los valores de la familia tradicional y cristiana. Pero todo se podía conseguir yendo al lugar apropiado.

Nunca la había leído y no le interesaban las fotos de mujeres (pero las miró con mucha atención. Jamás en su vida había visto mujeres como esas, ¿existían en otra parte que no fuera *Playboy*?), lo único que le importaba era leer el reportaje a Elena.

El reportaje había provocado un escándalo por sus declaraciones. Los sectores conservadores la criticaron por aceptar la entrevista. En una nota que le hizo *Los Angeles Times,* el periodista aludió a estas críticas y Elena respondió: «Lo único que lamento es no tener un buen par de tetas para salir desnuda en la tapa».

Al llegar a su casa, Alejandro se sentó abriendo la revista sobre la mesa. Su inglés era elemental y se aseguró de tener el diccionario inglés-español a su lado. El reportaje era muy extenso,

de varias páginas. Había gran cantidad de fotos de Elena; en muchas, estaba con gorra, y, en algunas, fumando un puro, con las piernas extendidas y los pies sobre una mesa ratona.

Leyó la nota varias veces seguidas.

Al día siguiente, compró dos ejemplares de *Playboy*. Decidió iniciar un álbum con todo lo que pudiera encontrar de Elena. Recortaría fotografías publicadas en diarios y revistas; las críticas, las entrevistas y todo lo que escribieran sobre ella. Pegaría todo cuidadosamente, poniendo las hojas en fundas transparentes para que se conservaran mejor.

(Extracto del reportaje en *Playboy*)

«Está alojada en una suite del Plaza Hotel de New York. El mismo en el que estuvieron Los Beatles en 1964 [...] Nada hay más lejano de la imagen que puede tenerse de una diva de la música clásica que Elena Brozovsky. Es la clase de chica que podemos llevar a ver un partido de béisbol o a tomar cerveza en cualquier bar donde nos esperan nuestros amigos [...] Lleva puestos jeans, una remera celeste suelta y zapatillas tenis que se quitó, quedándose descalza [...] Es muy bonita, con ojos intensamente celestes, llenos de vida, y que siempre miran con franqueza. Su voz es agradable y no tiene ningún reparo en utilizar los términos más vulgares para expresar lo que piensa [...] Puede tomar un trago de Coca-Cola y, un minuto después, encender un puro Montecristo con la destreza de una experta [...] A poco de conocerla, sientes como si fuera tu amiga desde hace tiempo. Es una chica con magia».

Playboy: —Se dice que apoyó a los estudiantes durante el Mayo Francés y que estuvo en las barricadas en el Barrio Latino.

Elena: —De haber estado en París y no estar en las barricadas yo sería una sinvergüenza, ¿no te parece?

Playboy: —También manifestó contra la invasión soviética a Checoslovaquia y la guerra de Vietnam.

Elena: —Por supuesto. ¿Hefner se alistó? ¿O solamente dejan que se alisten psicópatas como ese teniente Calley que ordenó la masacre de My Lai?

Playboy: —Dicen que es comunista.

Elena: —Si ser comunista es que me consideren todo lo contrario de tipos como Hitler o McCarthy, lo tomo como un elogio.

Playboy: —Algo de todo eso fue el motivo por el que usted se negó a actuar con von Karajan.

Elena: —Para ser un Hitler se precisan tipos como von Karajan que lo sostengan del culo. Como sabés, estuvo afiliado al partido nazi y se llenó los bolsillos de marcos dirigiendo orquestas para el régimen. Su admirado Führer terminó echándolo a patadas en el culo cuando se confundió al olvidarse la partitura y provocó un desastre en *Los maestros cantores de Nurenberg.* Pudo hacer como Bruno Walter e irse de Alemania, sin embargo, gente como él o Leni Riefenstahl se quedaron porque estaban de acuerdo con las atrocidades que se cometieron. Pero el arte no les saca el olor a mierda que llevan encima.

«Esta chica sí que tiene su manera de decir las cosas».

Playboy: —Usted...

Elena: —Sos más viejo que yo. Dejá de tratarme de usted.

[...]

Playboy: —¿Qué temas musicales consideras los mejores?

Elena: —Muchísimos. *What'd I say*, de Ray Charles; *Take Five*, de David Brubeck; *So What*, de Miles Davis, *Take the A Train*, de Strayhorn; *Sofisticated lady*, de Duke Ellington. Y, claro, todo *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, de The Beatles.

Playboy: —Me refería a música clásica.

Elena: —¡Ah, eso!... Mozart, Beethoven y los demás.

[...]

Playboy: —¿Hay grandes diferencias entre un músico clásico y otro de jazz?

Elena: —De calidad, ninguna. Cada uno hace lo suyo. Pero los tipos del jazz se dan más maña. Uno del jazz toca en un piano desafinado o al que le faltan dos teclas y lo hace sonar bien.

Playboy: —Pero dicen que un intérprete de música clásica es superior a los de otros géneros musicales.

Elena: —A Charlie Parker lo echarían a patadas en el culo de una orquesta sinfónica. Imaginate que se pusiera a improvisar en la mitad de una sinfonía. Pero María Callas nunca podrá cantar *Straged Fruit* como la cantó Billie Holliday, con apenas una octava de tesitura.

Playboy: —Los intérpretes de música clásica pasan muchísimo tiempo mejorando su técnica.

Elena: —Mirá, la música no se toca con los dedos ni soplando ni golpeando con las manos o baquetas, se toca con el alma. Todos los que tocan con el alma son músicos. El resto son tipos preocupados por dar la nota precisa en el tiempo justo. La ejecución perfecta no existe. La música se hace con almas transmitiendo sentimientos a otras almas.

Playboy: —Aseguran que tú tocas con el alma.

Elena: —Como sabés, tuve problemas con mi dedo. Así que confío en mi alma, no en mis dedos.

Playboy: —Eres la mejor violinista y violista del mundo, también, una excepcional chelista. Pero, además, tocas todos los instrumentos. ¿Cómo lo haces?

Elena: —Como la mierda.

«Es inevitable reírse de su desparpajo».

Playboy: —Sin embargo, tú has hecho muchas sesiones con los mejores. Gente como Les Paul y Joe Pass te elogiaron como guitarrista. Billy Higgins dijo que eres una grande en percusión.

Elena: —¡Dejá que me escuchen cuando estén sobrios!

«Siempre responde de manera espontánea y muy segura de lo que dice. Produce la impresión de que su cerebro funciona más rápido de lo normal [...] Su risa es muy contagiosa. Es casi imposible no reírse cuando lo hace; y se ríe muy seguido».

Playboy: —¿Te atrae mucho el sexo?

Elena: —¿Y vos qué preferís: pasar el sábado a la noche con Jane Fonda o escuchar por radio uno de mis conciertos?

«Es terriblemente simpática y divertida».

Playboy: —Tú no tienes la vida de una artista de música clásica convencional. El modo en que la gente reacciona en tus conciertos y cuando te encuentran en la calle, te aproximan a una estrella del rock. ¿Te sientes así?

Elena: —Me dijeron eso alguna vez. La verdad es que hago lo que tengo ganas de hacer. No conozco otra forma de vivir.

Playboy: —Pero necesitas de los aplausos y ser reconocida.

Elena: —En lo absoluto. Podría pasar el resto de mi vida tocando en mi cuarto. Toco porque necesito tocar. Necesito sacar el ansia que tengo dentro de mí. Y cualquier parte es buena para hacerlo. Hace poco me sentí muy satisfecha tocando el ukelele en la cocina de la casa de mis padres, en Argentina. Me subí a la mesa y di un recital para mi perro Lupo, un ovejero alemán al que le falta aprender a escribir porque, creo, ya sabe leer. En realidad, es el perro de mi papá. La cosa es que Lupo quería dormir. Se levantó y se fue. Si eso me ocurriera mientras toco el violín en un concierto y la sala quedara vacía, tocaría igual hasta el final y me quedaría muy contenta si pude liberar el ansia. *Eso* que tengo dentro de mí y que no sé bien qué es. ¿Me expliqué?

Playboy:—El perro Lupo parece ser tu crítico más exigente.

Elena:—Lo mismo hizo cuando me escuchó tocar el clarinete, y la flauta. Desde ya que sale corriendo al escucharme en la batería. Lo único que le gusta es la *Canción de cuna*, de Brahms, que le toco en viola y se queda dormido.

Playboy: —Todos hablan de tu muy buen humor y que te gusta hacer bromas. Algunas de ellas son famosas. Doy fe de tu sentido del humor.

Elena: —No me viste con dolor de muelas.

Playboy: Arthur Rubinstein ha dicho que solamente hay dos músicos que saben vivir la vida: tú y él.

Elena: Rubi fue muy farrista. Hasta que se casó con Aniela. Como sabés, ella es la hija de Emyl Mlynarski. Ella tuvo sus exigencias y lo hizo abandonar las mujeres y la jarana. Así se convirtió en el mejor pianista del siglo, y que no se me ofenda Horowitz. Desde entonces, toca con un sonido único pero no consigue superar la depresión que padece desde hace cuarenta años. Mirale la cara con la que anda. Aniela no lo deja ni mirar un culo.

«Me hace reír. Lo dice como si hablara en serio. Es muy conocido que Rubinstein se caracteriza por la alegría con la que toca y la felicidad que irradia. Le recuerdo que se cuentan muchas historias de lo que hicieron cuando tocaron juntos».

Elena: —No sé lo que dicen de nosotros pero seguro es mentira. Lo que puedo decirte es que no me interesa demasiado que sea un gran músico. Para mí es un tipo al que quiero.

Playboy: —Tú eres muy querida.

Elena: —No conozco otra forma de querer que no sea «muy». ¿Hay otra?

[...]

Playboy: —Diste tu apoyo a los homosexuales en los disturbios de Stonewall del año pasado. Afirman que la homosexualidad es una enfermedad. ¿Crees en eso? ¿O piensas que se elige serlo? ¿La consideras una perversión sexual?

Elena: —No hay elección, se nace homosexual como se nace elefante. No son enfermos, son homosexuales. Los enfermos son tipos como Truman, que ordenó tirar las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Por supuesto, con la ayuda de tipos como

Oppenheimer, Börh o Fermi, más los del proyecto Manhatann. A todos estos no los tratan de enfermos de mierda sino de «señor presidente» o «señores científicos». Y para hablar de perversiones podemos empezar por Hefner, *Playboy* y sus lectores. El exhibicionismo y el voyerismo, ¿no son perversiones sexuales?

Elena – 1968

1 – compromisos

A las nueve de la noche, en el muy lujoso restaurante del hotel Le Meurice, Vittorio y Jean-Luc esperaban a Elena para ordenar la cena. Ya habían decidido comenzar con una «Bouillabaise» y continuar con un «Blanquette de veau». Estaban seguros que Elena diría que no eran más que nombres sofisticados para una sopa de pescado y un estofado de vaca con salsa blanca. Luego, sin mirar el menú, ordenaría: «Vous plaît, monsieur, pour moi, nouilles au beurre» o, sea, fideos con manteca. Pero Elena no se sentó a la mesa. En cambio, como si estuviera muy apurada por llegar a una cita, dijo:

—Vuelvo en un rato.

—¡Cuidado, Ele! Hay disturbios en las calles. Los estudiantes siguen haciendo lío. Mejor te quedas aquí y cenas con nosotros —dijo Jean-Luc.

—¿Si? Bueno. No te preocupés, tío. Voy acá nomás.

La vieron salir del restaurante caminando tan rápido como si tuviera temor de llegar tarde a una cita.

—Pidamos la cena —dijo Vittorio.

—No tendríamos que permitirle salir. Es una noche terrible en París. La policía está en todas partes y, en cualquier momento, habrá enfrentamientos. Desde la tarde que los estudiantes están abroquelados en los alrededores de La Sorbona. No me gusta

nada lo que está pasando. El Barrio Latino está por arder. Espero que Elena no se aleje del hotel. ¿Adónde irá?

—Al Barrio Latino.

2 – la ceguera

Pasadas las cuatro de la mañana, la resistencia ya era imposible en la calle Gay-Lussac. Cerca de Elena cayó una granada de gas lagrimógeno. Sintió que miles de alfileres se le clavaban en los ojos. Quedó de rodillas en el piso. Un momento antes había visto a un estudiante con la cabeza rota por un bastonazo. Otros policías lo pateaban en el suelo. Había muchos heridos. Una chica gritaba insultando a los polis que la arrastraban de las piernas.

Se refregó los ojos con la remera. El ardor era intolerable. No podía ver. Alguien la tomó del brazo.

—¡Vamos! ¡Levántate! —era una mujer.

Sin poder abrir los ojos, se dejó llevar. La mujer se detuvo, abrió una puerta. La cerró atrás de ellas.

—Tranquila. Vas a estar bien.

Subieron por una larga escalera. Entraron a un departamento. Había un ligero olor a lavanda.

—No te refriegues los ojos. Lávate —era la voz de un hombre.

—Ese es el baño. El agua te calmará —dijo la mujer.

Se echó agua en los ojos. La sensación de clavos perforándole los ojos se fue aplacando. Se quitó la gorra para mojarse la cabeza. Sus manos estaban muy sucias y las lavó. Tomó agua de la canilla. Nunca había tenido tanta sed en su vida.

—Ven. Estás con amigos —le dijo la mujer.

—¿Te sientes mejor, muchacha? —preguntó el hombre.

Le contestó que sí. Estaba en el living de un departamento.

—Ese gas es insoportable pero no temas. Apenas te quedarán un poco irritado los ojos.

—Me llamo Julie y él es mi esposo, Paul.
—Soy Elena.

3 – el café

—Un café te vendrá bien —dijo Paul, era un hombre robusto, de ojos claros, cabello un tanto cano y manos enormes. Fumaba en pipa y el olor del tabaco era agradable.

Elena se sentó en una de las sillas. Miró la delicada carpeta de hilo bordado que cubría la mesa del comedor. En su casa, cuando era niña, había una parecida.

—¿Todavía estás un poco confundida, no? —preguntó Paul.

Afirmó moviendo la cabeza. Julie le sirvió café.

—Te vimos por la ventana. Tienes mucho coraje. Nos hiciste sentir inútiles mirando sin hacer nada. Hace tiempo que nos aburguesamos. Por ti, les tiramos las macetas a los policías. Después, seguías sin retroceder y ya no era posible quedarse. Bajé a buscarte. Por suerte, llegué a tiempo. Los polis estaban demasiado cerca, te hubieran apresado esos animales.

Julie le alcanzó la azucarera. Podía tener más de cuarenta años pero su cara sin arrugas, su cabello largo y lacio, y su cuerpo delgado le daban una apariencia juvenil.

—Paul estuvo en la Resistencia durante la ocupación nazi. Usa bastón desde entonces. Un balazo le destrozó la rodilla. Él me dijo que fuera a buscarte y te sacara de ahí. Como te imaginas, apoya a De Gaulle.

—Mi papá fue herido en Ancona. Es polaco.

—¡Ah! ¿Tu padre fue soldado y luchó contra los nazis?

Paul la miró con interés,

—Lo ascendieron a sargento pero dejó el ejército. Trabaja en una empresa como técnico electricista.

—Pero tú eres francesa —dijo Paul.

—Argentina. Tengo doble nacionalidad. Nací en Italia pero me fui siendo bebé.

—¡Cómo es posible! ¡Hablas como una francesa!

—Y tiene aspecto de francesa —agregó Julie.

—Dime, ¿qué carrera estudias en La Sorbona?

—Ninguna. No soy estudiante.

Paul y Julie cruzaron una mirada.

—¿Perteneces al PCF? —preguntó Paul

—No. Y no creo que en el PCF haya comunistas. Si los hubiera, estarían en las barricadas y no durmiendo en sus casas.

Paul sonrió. Dijo:

—Tienes mucho carácter. ¿Por qué estabas ahí, entonces?

—¿Cómo no voy a estar? Todo el que quiere un mundo mejor tiene que estar.

4 – resistencias

La radio informaba todo el tiempo sobre lo que sucedía. Los estudiantes se habían replegado, refugiándose en La Sorbona. La policía se adueñaba de las calles del Barrio Latino. Todas las emisoras se habían puesto del lado de los estudiantes y opinaban que la violencia policial era «una vergüenza para Francia».

—Por una horas, habrá tranquilidad —dijo Paul.

Julie se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Una topadora terminaba de barrer las barricadas.

—Los policías están llevándose a los heridos. Lastimaron a muchos chicos —dijo.

—En el 43, pasé siete horas metido en un barril. Los nazis patrullaban las calles. Escuchaba sus botas sobre el pavimento. Fue la noche en que capturaron a Jean Moulin, cuando lo entregó el cobarde de Hardy.

—¿Estabas con Moulin esa noche? —preguntó Elena.

—No en la reunión en que arrestaron a todos, menos al traidor Hardy. Durante años, pensé que si lo encontraba en la calle le pegaría un tiro. La Gestapo lo arrestó y no soportó la tortura. Puede entenderse. Pero es imperdonable que guiara a los nazis y entregara a sus compañeros. A Moulin le arrancaron las uñas, lo golpearon hasta deshacerle la cara, le apretaron los dedos con una puerta hasta reventarlos, lo dejaron en coma, y murió sin decir una palabra.

—Moulin fue un héroe —dijo Julie—. Lloré mucho por él. Los nazis creyeron que matando al jefe darían un golpe mortal a la Resistencia. La mitad de Francia era la Resistencia. La otra mitad eran los traidores de Vichy.

—¿Estuviste en la Resistencia, Julie?

—¿Cómo no iba a estar? Todo el que quería un mundo mejor tenía que estar.

Elena sonrió. Julie se acercó y le acarició maternalmente la cabeza.

5 – anfitriones

—Puedes quedarte aquí el tiempo que sea necesario. Hasta que todo se tranquilice afuera —dijo Paul.

—Acabo de acordarme que a Vittorio y a Jean-Luc les dije que volvía en un rato.

—¿Y eso a qué hora fue?

—Creo que alrededor de las nueve.

—¡Dios! Deben estar preocupados. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho. Cumplo diecinueve en septiembre.

—Tan jovencita y enfrentando a los gorilas —dijo Julie.

—Tú tenías esa edad cuando te uniste a la Resistencia... ¿Por qué no te acompañaron Vittorio y Jean-Luc? —preguntó Paul.

Elena volvió a sonreír.

—Parece una niña cuando sonríe, ¿verdad, Paul?

—Vittorio tiene casi sesenta años, Jean-Luc, un poco menos. Los dos son un tanto reacios a estas cosas. Digamos que son demasiado finos para meterse en estos líos —respondió Elena.

—Entiendo —dijo Paul—. ¿Alguno de ellos es tu amante?

Elena se río. Paul y Julie , también. Como pasaba cada vez que Elena soltaba una carcajada, ellos tampoco pudieron evitar contagiarse de su risa.

—¡No! Vittorio y Jean-Luc hace años que forman una pareja amorosa. Paso mucho tiempo con ellos. Para mí, son una especie de tíos. Los quiero.

—A Paul no le gustan los homosexuales —dijo Julie.

Elena se encorvó de hombros.

—A mi papá tampoco. Mi papá cree en Dios y yo no. Cada uno puede rascarse el culo con un plumero si se le canta. No hay problema. Mientras no se le dé por meter el plumero en el culo de otro. ¿No te parece?

—A eso se le llama hablar claro —dijo Julie.

6 – parecidos

—Sabes, Paul tiene una ferretería. Antes trabajó con su padre en una fábrica de muebles pero, según él, era un mal carpintero. Yo soy profesora de música en una escuela. Tengo algunos alumnos particulares. Por eso el piano que ves.

Señaló el piano, contra la pared, a espaldas de Elena.

—Me parece que es hora de que me vaya. Ustedes están sin dormir.

—No, Elena, espera hasta que amanezca. Ya nos desvelamos. Paul te acompañará hasta tu casa. Esta noche, las calles son peligrosas para que andes sola. ¿Dónde vives?

—Por acá cerca. Puedo arreglarme para llegar.

—Julie tiene razón. En un par de horas amanecerá.

—¿Sabes?, te pareces mucho a una actriz y no puedo acordarme a cuál—dijo Julie.

—Es cierto. Desde que saliste del baño, tuve la sensación de haberte visto antes. ¿Actuaste en alguna película? —dijo Paul.

—Las miro pero nunca estuve adentro de una. Bueno, mis tíos deben estar cortando clavos, así que me voy.

Elena se puso de pie. Julie la tomó de los hombros y la hizo sentar nuevamente.

—Tú te quedas. No permitiremos que la heroína de las barricadas corra riesgos. Hasta que amanezca, serás nuestra prisionera —dijo Julie, sonriendo—. Voy a servir más café.

—¿Y cómo te hirieron? —preguntó Elena.

Sabía que Paul pasaría un buen rato hablando del día en que recibió el balazo y de la Resistencia.

Julie sirvió café. Se sentó a escuchar, una vez más, el relato de Paul sobre los años de la guerra. Varias veces, miró a Elena como si buscara algo en ella. De pronto, hizo un gesto como si, al fin, lo hubiera encontrado.

8 – memoria

Durante un rato, solamente Paul habló. Finalmente, se quedó en silencio y pensativo. Tomó el coñac. Julie se lo había servido junto al café, sabía que le hacía falta cada vez que hablaba de aquellos años.

Imprevistamente, Julie preguntó:

—¿Sabes tocar el piano, Elena?

—Toqué cuando era chica.

—¿Lo sigues tocando?

—No.

—Es una pena. ¿Te gusta la música?

—Claro.

—A nosotros nos apasiona.

Julie se puso de pie. No dejaba de mirar a Elena. Bajó el volumen de la radio. Encendió el tocadiscos. Revolvió los discos. Encontró uno. Lo puso en el plato giratorio.

—Hace unos años, fuimos con Paul al Théatre Des Champs Elysées a ver a una niña. Era maravillosa. No parecía posible que alguien de su edad pudiera tocar el piano de esa manera. Compré todos sus discos. ¿Verdad, Paul?

—Es cierto.

—Sabes, Elena. Ocurrió un hecho tremendo, un accidente, y la niña se lastimó la mano. Uno de sus dedos quedó dañado. Ya no pudo seguir con los conciertos. No se supo más de ella. Y, como si fuera un milagro, en menos de dos años, reapareció. ¿Puedes imaginar lo que hizo la niña? —dijo Julie.

Elena, sin mirarla, meneó la cabeza.

—Aprendió a tocar el violín y se convirtió en la mejor del mundo. Ella hizo posible lo imposible, como dice ese lema que usan los estudiantes: «Seamos realistas: pidamos lo imposible».

—Sí, eso dicen —dijo Elena.

—La nena volvió a tocar en el Théatre de Champs Elysées. Tocó el *Concierto para violín y orquesta Nº 1*, de Paganini. Al terminar, ¡Dios, qué ovación! ¡Nunca escuché algo igual! Yo tenía mi cara empapada por las lágrimas. Después de esa noche, la llamaron La Paganini. A lo mejor, ella, también, hizo un pacto con el diablo porque nadie puede lograr lo que ella logró. Y lo de un pacto con el diablo parece una buena forma de quitar méritos. ¿O es un elogio?

Julie sonrió. Luego, dijo:

—Sabes, a esa niña rubia como un ángel le debo, mejor dicho, le debemos Paul y yo haber vivido una de las noches más hermosas y emocionantes de nuestras vidas.

Elena jugaba con la cucharita de café, metiéndola y sacándola del pocillo.

Julie se quedó unos segundos en silencio, luego, le preguntó:

—¿Te gustaría escucharla?

—Sinceramente, no. Prefiero a la Piaff —dijo Elena.

Con un disco en la mano y la voz temblorosa, profundamente emocionada, Julie exclamó:

—¡Jamás! ¡Juro por Dios que jamás podría haber imaginado que, años después, encontraría a esa niña tan maravillosa en una barricada en las calles de París! ¡Y que ella estaría sentada en el living de mi casa!

Paul la miró sorprendido.

—Paul, ella es la Gran Elena Brozovsky.

Alejandro – 1969

territorios

Eva tenía una cara bonita. Le gustaba pero no estaba enamorado de ella. Cuando terminaban de hacer el amor, lo invadía una sensación de desasosiego, de algo indigno, impuro.

Era consciente que el problema era él mismo, en esa dualidad que tanto le hacía desear pasar la noche con ella o anhelar que toda esa porquería acabara para siempre y encontrar, al menos, un momentáneo soplo de pureza.

Estando con Eva, nunca escuchaba música clásica y, mucho menos, a Elena. Ponía temas de Aretha Franklin y Diana Ross, que a ella le gustaban. Era como si no estuviera dispuesto a compartir con Eva algo más que unas salidas y algo de sexo.

Se sentó a fumar en el único sillón que tenía en el living. El departamento era de dos ambientes y lo alquilaba desde un año atrás. No se había preocupado demasiado en amueblarlo. La bi-

blioteca y la cama le parecían lo único importante. Eva había comprado algunas plantas y unos adornos. Se sintió molesto por eso. Invadía su lugar.

—¿Qué hacés? ¿Pensás?

Eva se sentó sobre él. Le puso las manos alrededor del cuello. Le dio un beso rápido y dijo:

—La barba me pincha. Tenés que recortarla.

¿Cuándo se daría cuenta que lo molestaba? ¿No entendía que precisaba estar solo?

Eva lo miró a los ojos. Necesitaba afirmarse en sí misma y le preguntó:

—¿Me querés?

No le respondió.

—Contestame.

La levantó, sacándola de encima. La dejó en el sillón y fue al baño. Demoró todo lo que pudo antes de salir. Cuando lo hizo, Eva terminaba de vestirse. Tenía los ojos llorosos. No dijo una palabra, abrió y cerró atrás de ella la puerta de entrada.

Elena – 1969

1 –el alunizaje

Tres meses después del alunizaje del Apolo 11, Elena volvió a New York. Había estado en París para el estreno, en el Palacio Garnier, de *El lago de los cisnes*, de Tchaicovsky, con coreografía de Jean-Luc. Fue un gran éxito aunque la puesta despertó polémicas por el diseño sensacionalista y los gestos ampulosos.

Esto fue bueno para Jean-Luc porque lo único perjudicial para un artista es que no hablen de él y nada lo beneficia más que llamar la atención como sea. Así que tuvo una lluvia de ofertas y se tomó su tiempo para decidirse por una.

Ella dio varias entrevistas y, entre esas, una al *New York Daily News* antes de su concierto en el Carnegie Hall:

—Usted llena salas en todo el mundo. En el Main Hall, la mayor sala del Carnegie, las entradas se agotaron hace meses.

—El Main Hall tiene una buena acústica. Desde el escenario se puede oír cómo mastican chicles en la platea.

Siguieron unas preguntas típicas de este tipo de entrevistas y, como todo Estados Unidos estaba orgulloso de eso, le preguntaron sobre la llegada del hombre a la Luna.

—Mientras ustedes miran la luna, los chicos se mueren de hambre en Biafra. Me dicen que gastaron veinte mil millones de dólares para que tres tipos hagan un viaje al pedo. ¿Y se ufanan de lo que debiera darles vergüenza? ¿Sabés cuánta comida puede comprarse con esa plata? Pero a ustedes no les importan los que pasan hambre y, mucho menos, si son africanos y negros.

La respuesta de Elena no fue publicada.

Pero dejaron su opinión sobre la exhibición de Jasón Pollock que vio en el Museo de Arte Moderno.

—Después de ver las obras de Rafael, Miguel Ángel y Leonardo, creo que Pollock pinta como un pianista tocando con el culo un *Nocturno* de Chopin.

2 – la diplomática

Al leer la entrevista y la respuesta sobre Pollock, Vittorio, aún sabiendo que era inútil, le pidió, una vez más, que fuera un poco más prudente en dar sus opiniones a la prensa.

Elena movió afirmativamente la cabeza, terminó de desayunar. Llamó al camarero y pidió un teléfono. Se lo llevaron a la mesa del bar del Plaza Hotel.

—Oiga —dijo—. Si usted va a publicar solo lo que le conviene puede meter su diario de mierda en el sucio culo que tiene.

Colgó sin esperar respuesta.

Vittorio preparaba una tostada con dulce de higo y, antes de llevarla a la boca, preguntó:

—¿Acabas de hablar con el editor del *New York Daily News*?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada.

3 – ovnis

En Toronto, le presentaron al arquitecto Douglas Jackson. Él la invitó a salir. Douglas tenía treinta y seis años, era separado y con dos hijos.

La llevó a un partido de hockey. Jugaban los Toronto Maple Leafs contra Les Canadiens de Montreal. Era la primera vez que iba a uno de estos juegos y no entendía ninguna de las reglas. Ganaron Les Canadiens y ese año volverían a ser campeones.

Douglas se puso de mal humor, los detestaba. La invitó a tomar unas cervezas. Ella pidió Coca-Cola, nunca tomaba cerveza.

Douglas le explicó cómo se habían construido las pirámides de Egipto y que nada tenían que ver los extraterrestres como decía Von Daniken en *Recuerdos del Futuro*.

Von Daniken no era un científico como todos creían sino un mentiroso que estaba preso en Estados Unidos por estafar con cheques. Y, años antes, había sido arrestado por robo. El libro era un fraude en complicidad con los editores.

—Las ilusiones no se matan —dijo Elena—. Y digas lo que digas, yo voy a seguir mirando el cielo por si veo un ovni.

4 – reproches

Douglas se reía todo el tiempo escuchándola hablar. Le dijo que no había conocido a ninguna chica con tan buen humor y

que hacía tiempo no se divertía tanto con una. En cambio, su ex esposa era avinagrada y se enojaba por todo. Fue bueno separarse de ella, estaba harto de escuchar sus quejas y de que le arruinara parte de su vida.

Al salir del bar, Elena llamó a un taxi.

Douglas se sorprendió. Esperaba que fueran a su casa y pasaran la noche juntos. Se lo dijo.

—No me gustan los tipos que hablan mal de las madres de sus hijos. Sos uno de esos mantequitas que van lloriqueando a la maestra y dicen: «Señorita, él me pegó». Un hombre se la aguanta y va al frente aunque sepa que lo van a cagar a trompadas.

Cuando Vittorio le preguntó cómo le había ido, le contestó:

—Un canadiense boludo que estaba desaforado durante el partido y, después, se puso a dar clase diciendo que los extraterrestres no existen. ¿Usted puede creer, maestro, que haya gente tan ignorante?

5 – campos

Al día siguiente, Elena tocó en el Massey Hall con la Orquesta Sinfónica de Toronto. La dirigía Karel Ancerl.

Karel era checo y judío. Estuvo en el campo de concentración de Terezin. Los alemanes hicieron de Terezin un sitio particular. Lo llenaron con personalidades checas y les dieron el máximo confort. Hitler montó el espectáculo para mostrar a la Comisión de la Cruz Roja el modo en que trataban a los prisioneros judíos. Filmaron un documental: Karel dirigía una orquesta. Pero no eran músicos sino actores contratados. La Comisión dio el visto bueno y Terezin se convirtió en un verdadero campo de concentración.

Karel fue trasladado a Auchwitz. Consiguió sobrevivir pero murieron su mujer y sus hijos. Terminada la guerra, regresó a Praga, tomó a su cargo la Orquesta Sinfónica de la Radio Checa y la lle-

vó a ser una de las más importantes del mundo. En la Primavera de Praga, cuando los rusos invadieron Checoslovaquia, Karel se fue a Toronto.

6 – elogios

Al terminar el concierto, Karel le dijo:
—Eres la más grande de todos los que dirigí.
—Y usted el más grande director que me dirigió.
En broma, Karel dijo:
—¿A cuántos le habrás dicho lo mismo?
—Con usted, a cuatro.

Elena – 1970

1 – prohibiciones

Durante el gobierno militar que tomó el poder con un golpe de Estado que derrocó al gobierno radical de Íllia, el dictador Onganía prohibió la representación, en el Teatro Colón, de *El mandarín maravilloso*, de Béla Bartok; *La consagración de la primavera*, de Igor Stravinski, y la ópera *Bomarzo*, de Alberto Ginastera y Manuel Mujica Láinez.
Por esta razón, Elena no aceptó actuar en el Colón, un teatro estatal.
—No trabajo para dictadores que, en vez de hablar, rebuznan —dijo.
El gobierno la consideró parte de los elementos que atentaban contra «los valores occidentales y cristianos» sustentados por la Revolución Argentina.
Después del Cordobazo, la insurrección popular promovida por estudiantes y obreros en Córdoba durante el año 69, y el se-

cuestro y asesinato del general Aramburu, otro dictador pero de la Revolución Libertadora que derrocó a Perón, la Junta Militar sustituyó a Onganía por el general Levingston. A Elena le propusieron tocar en el Colón. Rechazó la oferta.

2 – el recital

Alida y ella salieron a hacer compras y fueron a la calle Florida. Entraron en Harrods. Alida quiso probarse algunos vestidos. Al salir del probador, Elena no estaba. Comenzó a preguntar y encontró a un vendedor que le dijo haberla visto salir.

A esa hora, como siempre en días de semana, la calle Florida era una especie de hormiguero humano. Guiada por las indicaciones de algunos quiosqueros que dijeron haber visto pasar a la chica de gorra, fue hacia la calle Lavalle. Cruzó la avenida Nueve de Julio y llegó hasta Libertad. En la Plaza Lavalle había una multitud reunida. Fue hacia la manzana central de la plaza. Antes de llegar, escuchó la música.

No supo cómo, Elena consiguió un violín y, bajo uno de los gomeros, el más frondoso, frente al Teatro Colón, ya había tocado *Primavera* y tocaba *Verano*, de *Las cuatro estaciones*, de Vivaldi.

3 – el gomero

Cuando comenzó a tocar, los que pasaban vieron en ella a un músico callejero. La mayoría seguía de largo. Algunos se detuvieron a escucharla y unos pocos buscaron la caja o la lata para dejar unas monedas. Claro, no la encontraron.

Lentamente, sin saber quién era, la gente la rodeó y algunos se sentaron en el césped.

De pronto, una mujer exclamó:

—¡Dios mío! ¡Es Elena Brozovsky!

En minutos, cientos de personas la rodearon.

Elena, como si estuviera en la mejor sala de concierto del mundo, había concluido *Otoño* y tocaba *Invierno*.

Un periodista y un fotógrafo del influyente semanario *Primera Plana* acababan de hacer una nota y, de manera casual, se acercaron atraídos por la multitud. Consiguieron una buena nota. La policía intervino apenas Elena terminó *Las cuatro estaciones*. Estaban prohibidas las reuniones públicas.

4 – órdenes

El comisario de la seccional había consultado sobre lo que debía hacer. Le ordenaron que se ocupara en persona. Era Elena Brozovsky y no debía producirse un escándalo internacional que repercutiera contra el gobierno.

El comisario le explicó que la situación del país era delicada por el accionar de elementos subversivos y que era necesario conservar el orden.

—¿A qué orden se refiere, señor? —le preguntó.

—Al orden social, por supuesto.

Elena le quitó el papel a un chicle globo y lo llevó a la boca.

—Que yo sepa, fueron los militares los que alteraron el orden cuando derrocaron a un gobierno democrático. ¿O no es eso alterar el orden, señor?

La gente seguía en el lugar. Dos mujeres, una a cada lado, entrecruzaron sus brazos con los de ella. Siendo zona de Tribunales, en la plaza había muchos abogados. Varios de ellos hablaron con la policía en defensa de Elena. Afirmaron que no estaba violando ninguna ley.

—No es necesario todo esto —dijo el comisario—. La señorita da por concluido el concierto, la gente se dispersa con tranquilidad y acá no pasó nada.

—Vea, señor, si usted me quiere llevar presa, me lleva presa. Ese será su deber y lo respeto. Y yo tengo el derecho de decidir lo que hago con mi vida, aunque usted no lo respete. Así que voy a seguir tocando.

Sonrió a las mujeres que la sostenían de los brazos, se apartó de ellas. Hizo un globo con el chicle.

—Por favor... —alcanzó a decir el comisario.

No pudo decir nada más.

El globo se desinfló volviendo a la boca.

5 – lo sublime

Elena comenzó a tocar *Meditación de Thais*, de Jules Massenet. Durante seis minutos, todos los ruidos de la ciudad parecieron evaporarse como gotas de lluvia con el sol dejando que, solamente, el sonido del violín llenara el espacio.

Cuando terminó, como si la repentina luminosidad de la atmósfera se retirara y, antes de que el convaleciente sentido de la existencia recuperara su normalidad, a su alrededor quedó el silencio, un silencio que duró segundos pero que cargaba lo más puro del ser humano. Quebrándolo, obligando a que lo sublime cediera ante lo real, hubo un sonido unánime de aplausos. Después, un coro de voces nombrando a Elena al ritmo de palmas.

El comisario la aplaudió.

—Señorita, lo que tocó es lo más hermoso que escuché en mi vida. Pero tengo que cumplir con mi obligación. ¿Me haría el favor de dar por concluido el concierto?

—Sí. Terminé. Pero que le conste que me voy porque no doy más de las ganas de hacer pis.

El comisario contuvo la risa. Le dio la mano. Alida había conseguido acercarse y lo único que le importaba era sacarla de ahí.

6 – compras

Demoró bastante en pasar entre la multitud. La seguían aplaudiendo, gritando su nombre, palmeándola, dándole la mano y pidiéndole autógrafos.

Alida se la llevó tomándola del brazo.

—¿De dónde sacaste el violín?

—¡Ay, mamá! Un violín se consigue en cualquier parte.

—Ele, cada día estás más loca.

La revista *Primera Plana* comentó:

«Lo que podría ser tomado como un acto excéntrico en otro artista de ese nivel de genialidad, tratándose de Elena Brozovsky, y considerando su negativa a actuar en el Colón, es inevitable relacionar el suceso a una declaración de principios [...] Como siempre, su ejecución fue brillante y cargada de emoción [...] Una artista única, grandiosa, llevó su música a la gente, hipnotizando a un público no habitué a las salas de música culta [...] Lo que se vio en la plaza Lavalle está más allá de la crítica artística [...] Una muchacha genial, de 20 años, rubia, con rostro de ángel, delgada, vestida con jeans, una bufanda en su cuello, una campera, una gorra en la cabeza, y zapatillas tenis, bajo un gomero de la plaza Lavalle, produjo un hecho casi místico solamente con la magia de su violín».

7 – el sueño

Una semana después, Elena viajó a París. Durante el vuelo, tuvo un sueño extraño. Soñó con Lupo. No dejaba de ladrar. Estaba en medio de una intensa niebla. Ella lo llamaba pero Lupo no obedecía y continuaba ladrando. Entonces, ella entraba en la niebla. Se perdía en la niebla. Ya no sabía dónde estaba ella ni dónde estaba Lupo. Los ladridos cesaban. Estaba en la niebla, en

el silencio absoluto. De repente, un sonido. Lo había escuchado antes. ¿Dónde? Luego, otro más. Era el mismo, repetido. Como un tambor. No como un tambor, no. ¿Como el golpe de un postigo empujado por el viento? No. Era otro sonido. No era un sonido agradable. Era un ruido. Ensordecedor. Todo era confuso. Lupo volvió a ladrar. Se despertó.

Era imposible que descifrara el sueño y entendiera que se trataba de un presagio.

Alejandro – 1970

Eso era tener mala suerte. Todas las semanas iba a los puestos de ventas de libros usados en la Plaza Lavalle y justo fue el día anterior a la actuación de Elena.

Se había sentido contento de conseguir *El cazador oculto*, de Salinger, en la primera traducción al castellano hecha en el país de *The Catcher in the Rye*.

Mientras lo leía, no podía dejar de pensar cómo todo se confabulaba para alejarlo de ella. Tal vez, por esa razón el libro no le gustó. Llegó a odiar al libro y terminó tirándolo a la basura.

Meses después, mejoró su ánimo. Daniel, un compañero de trabajo, conocía a una azafata de Aerolíneas. Por la azafata pudo comprar una entrada para el último concierto de Elena en New York. Volvía a presentarse en el Carnegie Hall.

Alejandro – 1971

1 – viola

La sala del Main Hall la recibió con un aplauso tan cálido e intenso al que él estaba enlazado pero que lo percibió como si estuviera dedicado a una parte de sí mismo.

Como siempre, Elena había aparecido con su vestido blanco y descalza; esa noche era acompañada por Elizar Abler en piano.

Esta vez, tocaría la viola. No una viola cualquiera sino una fabricada por Nicolo Amati en los comienzos del 1600. Era un regalo de Clarice Flannegan, a la que conoció en Londres, cuando se la presentó Lajos Rudnay.

2 – la excéntrica

Clarice era una mujer que había pasado los cincuenta y los disimulaba con cirugías estéticas. En sus años jóvenes, antes de la segunda guerra, había sido una especie de rebelde que le provocó varios sobresaltos a su padre, sir William Flannegan, del que heredó una enorme fortuna.

En 1933, en el día de su cumpleaños de quince, decidió imitar a Agatha Christie y, como ella lo hizo en 1926, desapareció misteriosamente para reaparecer una semana después caminando por la ruta de Dover a Canterbury. Su foto estuvo en la primera plana de todos los diarios ingleses durante esos días y Scotland Yard movilizó a la mitad de sus hombres en la búsqueda.

Siempre emulando a Agatha, nunca dijo dónde estuvo y dejó que el misterio quedara sin resolver.

Elena le cayó muy bien, la consideraba divertida y genial, y, cada vez que viajaba a Inglaterra, la invitaba a comer en su casa de Bishop Avenue, en Hamstead.

Clarice se aburría con su marido y se entretenía con amantes a los que duplicaba en edad y con los chóferes de su limusina, a los que despedía dándoles una foto suya autografiada para que guardaran de recuerdo.

Sin duda que Clarice era caprichosa y excéntrica pero tenía demasiado dinero como para darse el gusto de ser lo que quisiera.

3 – el bis

Como siempre lo hacía antes de comenzar un concierto, Elena sonrió al público y saludó diciendo: «Buenas noches». Miró hacia los asientos altos y levantó la viola señalándolos. Le respondieron haciendo más potente y prolongado el aplauso.

Minutos antes de que ella apareciera, el escenario, solamente con el piano de cola en el medio, resultaba imponente. Luego, la figura de Elena pareció agigantarse quedando como dueña absoluta del escenario, haciendo que el espacio se viera reducido al sitio exacto en el que estaba parada.

La primera interpretación fue *Sonata para la gran viola*, de Paganini. De inmediato, Alejandro fue transportado a ese mundo que solamente Elena podía crear y que lo alejaba de todos, sumergiéndolo en una enorme burbuja en la que no existía nada más que él, Elena y la música.

El aplauso del público, al terminar la sonata, lo hizo reaccionar recuperando la conciencia de estar sentado en una butaca junto a otros espectadores. Fue el último de la sala en ponerse de pie y aplaudir hasta enrojecer las palmas de sus manos.

Al volver a sentarse, parecía hipnotizado. Sus ojos no se apartaban de Elena.

En el final, interpretó la *Sonata para viola y piano Nº 47*, de Shostakovich. El público pidió bis.

Elena siempre respondía a los pedidos de bis interpretando lo que se le antojaba pero sin repetir lo que acababa de tocar.

Se acercó a Abler sonriendo y habló con él, poniéndose de acuerdo.

Moviendo el arco en el aire, como si fuera una batuta, giró el cuerpo hacia el público.

Tocó *Märchenbilder op 113*, de Schumann.

4 – pálpitos

Había sido uno de esos días pesados del final de verano. El calor húmedo se mantenía en la ciudad. Él dejó de esperarla a la salida del Carnegie Hall. Caminó por La Séptima Avenida hacia Central Park.

Como le sucedió a la salida de la sala Pleyel, en París, precisaba pensar en lo que le había sucedido durante el concierto. Otra vez, todo estaba revuelto dentro de él.

Era absolutamente incapaz de ponerlo en palabras. Podía imaginar historias y escribirlas pero nunca hablar de sí mismo. Ni siquiera hubiera podido escribir un diario como los de esas adolescentes que pueden contar cómo sus padres no las comprenden, la dieta que hacen, o lo que sienten por el chico con el que se besaron la noche anterior.

¿Algún día se convertiría en un escritor capaz de transmitir algo de lo que estaba en su interior, o terminaría como uno de esos escritores que publicaban ficciones en colecciones de bolsillo vendidas como tres cajas de maní con chocolate al precio de una en las estaciones de trenes?

Un taxi se detuvo frente a él. Descendieron una rubia que lo miró a la cara y un tipo con traje negro y una corbata roja. Por un impulso, subió al taxi y pidió que lo llevara al Plaza Hotel, en la Quinta Avenida. Elena siempre se alojaba allí.

La esperaría hasta que llegara. Supuso que iría a cenar a un restaurante elegante o que estaría en una de esas fiestas de ricos en alguna parte de Manhatann.

En realidad, no debió abandonar la Séptima Avenida e ir en el sentido contrario al que tomó. Caminando unos cuantas cuadras, hasta el Village Vanguard, hubiera encontrado a Elena.

En el camarín, cuando terminó de ducharse, mientras se vestía con un jean y una polera, comió un sanguche de jamón y queso.

También tomó casi un litro de Coca-Cola. Salió a la calle mientras terminaba de comer una enorme barra de chocolate.

Fue una pena que Alejandro desconociera sus costumbres. No hubiera perdido el tiempo yendo y viniendo frente al Plaza. Amanecía cuando se sintió deprimido y pensó que no tenía sentido esperar sin saber si ella llegaría.

Elena llegó a media mañana, un par de horas después que él se fue.

Elena – 1971

Dos días después del concierto en el Carnegie, Elena viajó a Buenos Aires. Festejaría el cumpleaños con su familia.

En el avión tuvo un sueño similar al del año anterior. Lupo ladraba. Ella caminaba hacia los ladridos. Había niebla. Lupo estaba en la niebla y no podía encontrarlo. Lo llamaba pero no la obedecía. En medio de la niebla, un sonido. ¿Dónde había escuchado ese sonido? Unos segundos después, otro sonido, igual al anterior. Era un sonido que conocía de alguna parte. No quería escucharlo, era desagradable. La asustaba. Lupo dejó de ladrar, la niebla se disolvía con lentitud, el sonido se repitió, el aire estaba viciado por un feo olor que ya había percibido antes pero que no pudo reconocer. Sus pies se apartaron del suelo. Comenzó a flotar. Podía ver cómo la niebla se extendía cubriéndolo todo. No podía ver a Lupo. ¿Había alguien más en la niebla?

Se despertó.

Este fue el último presagio. Tampoco esta vez pudo descifrarlo.

Alejandro - 1971

—Eva estuvo preguntando por vos —dijo Edwin.

No contestó. Miró por la ventana del bar. El día estaba gris.

—¿Vas a seguir con ella? Es una buena mina.

Sacó el labio inferior hacia afuera.

—La verdad es que no sé —contestó.

—Mirá lo que son las casualidades. Eva acaba de entrar.

Ella los saludó con un beso en la mejilla y se sentó.

—Justo estaba por irme —dijo Edwin

—Podés quedarte —dijo Eva.

—Tengo que hacer. Ya me estaba por ir. Marce me está esperando, vamos al cine.

Se quedaron solos. Alejandro miraba por la ventana. No había dicho una palabra.

Eva buscó una birome en su cartera. En una servilleta de papel escribió algo. Le dio la servilleta.

Él leyó: «Te quiero»

Se quedó mirando la servilleta. ¿Por qué ella no terminaba de una vez con esto? ¿En los dos años que llevaban de novios no había entendido que nunca la querría? De pronto, sintió lástima por Eva. El sentimiento de lástima dejó paso a una especie de rechazo, de querer alejarla y nunca más volver a verla.

Ella lo tomó de la mano. Él dejó que lo hiciera.

Elena – 1971

1 – preparativos

—Gastón volvió a agarrase a las piñas a la salida de la escuela. Este chico salió cabrero como el padre. Me llamó la directora porque lo encontraron fumando en el baño. Le pusieron diez amonestaciones. El padre le prohibió ir al club por un mes pero lo dejó ir a visitar a la novia y le dio plata para el cine. Cosas raras que tiene tu padre. ¡Ele, no te comas la torta!

2 – galletitas

Elena abrió la heladera.

Alida agitó un repasador en el aire, como si diera un golpe.

—Parecés una muerta de hambre. ¿No podés esperar?

Elena cerró la heladera. Cortó un pedazo de queso.

—Manyas como langosta y no engordás un gramo. Tu padre pensó que no podrías venir. Le dije que nunca faltaste a un cumpleaños. ¿Sabés que me parece que Mati anda de novio?

—¿Con?

—No sé. El que seguro sabe es Rody. Si puedo, hoy le pregunto porque tu hermano es peor que tu padre para contar las cosas. Rody y tu hermano se pasan el tiempo encerrados en el dormitorio. Dicen que están estudiando pero siempre se escucha música. Mati está enloquecido con Mina y con Iva Zanicchi. Como es el hijo de la sua mama, todo lo italiano es lo mejor del mundo para él. Hay una canción muy bonita que canta Mina, *Ed io tra di voi*, ¿la escuchaste?

—Es la versión italiana de *Et moi dans coin*, de Aznavour.

—Parecés francesa. ¿Te olvidás que sos una romana? ¡Parla italiano, cara! ¡Lupo, veni qui! No lo dejes, Ele, se va comer todo y no puede. ¡Pero, te digo que no le des y le das! Pobre Lupo, ya está viejo. Hay días que se la pasa acostado.

—Dejá que coma lo que quiera. Tomá, Lupo. Comé tranquilo, no le hagas caso a la demente.

Alida miró con tristeza al perro comiendo las galletitas.

3 – novias

—Gastón viene con la novia. Laurita te quiere conocer. El padre es un fanático tuyo. Es ingeniero pero quería ser cantante de ópera. Tuvo ¿nudos, nódulos, se dice? en la garganta y dejó

todo. La madre es muy simpática. Estuve a punto de invitarlos pero lo pensé mejor. Los chicos andan de novios hace dos meses. A esa edad, nada dura. Gastón dice que va a estudiar para profesor de gimnasia. Mirá si se enamora de una atleta.

—Recién empieza a andar de novio y ya pensás cosas raras. ¿Por qué no te dejás de joder?

—Soy la mamá y me preocupo.

—Vos sos una hincha pelotas.

—Una madre tiene que estar atenta al futuro de sus hijos.

—¿Qué futuro? Si son dos vagos de mierda.

—Ele, ¿cómo saliste así, tan genia, hijita?

Alida le pasó los brazos por el cuello.

—¡Salí de encima, siempre besuqueando! ¡Lupo, ataque! ¡Sacame la loca de encima! ¡Qué asco, me dejás toda babeada! ¡Coca, alcanzame alcohol para limpiarme los gérmenes!

Alida le pasó la mano por la cabeza, revolviéndole el pelo.

—¡Dejate de romper los huevos, mala madre!

—Coca, decime dónde está la espumadera.

—La tiene adelante suyo, señora —le contestó, riéndose de lo que decía Elena.

Lupo paró las orejas.

—¿Quién viene, Lupo? —preguntó Alida.

El perro fue hacia el garaje. Caminaba con dificultad.

Viéndolo, Elena recordó un día de mucho calor, once años atrás, en el que Boleslaw entró a la casa con el cachorro en brazos. Lo dejó en el suelo. El cachorro vaciló, temeroso y desconcertado. Elena lo acarició. «Está temblando», dijo.

—Es Gastón con la novia. Entraron por el garaje —dijo Alida—. Lupo está viejo pero no pierde el olfato o no sé qué. Dicen que tienen como un sexto sentido... Sonó el timbre. Coca abrí, que son los Milone. Y avisale al señor que llegaron. Francisca me dijo que siempre soñó con que te casaras con Lucio.

—Lucio tiene como cuarenta, se está quedando pelado y es más fiero que el cuco.

—Ele, pobre muchacho. Después de siete años, lo dejó la novia y se casó con otro.

—Bien que hizo.

—Ele, Lucio te conoce de chiquita.

—Y yo a él. Es un flor de pelotudo. Ya le dije que la dejara de joder. O se casaba o a otra cosa. Ahora, llora porque le metió los cuernos.

—¡No le metió los cuernos! Cristina es una buena chica.

—Me contaron que era la amante del carnicero y que él la poseía arriba de las reses. Parece que la mujer los encontró en pleno acto sexual y la corrió por toda la carnicería con un hueso de vaca para metérselo en el culo.

—¡Ay, Ele! ¡Qué loca sos! Vos y tus historias. ¿Cuándo vas a dejar de hablar como una ordinaria? ¡Y no sigas comiéndote el queso!

4 – niebla

Eran las dos de la madrugada y a esa hora nunca tenía sueño. Se puso el camisón que le regaló Alida. Hacía años que no usaba camisón pero le gustó ponérselo. Era un camisón de seda blanco, corto, con un escote delicadamente trabajado con puntillas.

Se acostó a leer la versión original, en francés, de *La Peste*, de Camus. Siempre leía con mucha rapidez. Pero le costó concentrarse en la lectura.

Estaba contenta. Había festejado sus veintidós años, en una reunión agradable y divertida, con todos los que amaba en la vida. Solamente habían faltado Vittorio y Jean-Luc, que se quedaron en París y que, como todos los años, prepararían una fiesta, a su manera, en algún salón elegante, cuando ella regresara.

Leyó una pocas páginas. Curiosamente, para lo que eran sus hábitos, sintió sueño. Cerró los ojos. Se quedó dormida. Hubo un sonido, como un golpe, ¿de tambor?, ¿de un objeto que cae?, ¿un martillazo? No. Era otro sonido. Un sonido potente. El sonido le era conocido. Era un sonido inarticulado. Un ruido. ¿Dónde lo escuchó? Lupo ladró. Abrió los ojos. Lupo ladraba. Escuchó claramente el ladrido del perro. No estaba soñando. Lupo ladraba. Saltó de la cama. Salió al pasillo. La puerta del cuarto de Mateo estaba abierta, la luz encendida. Lupo estaba ahí y no dejaba de ladrar.

No llegó a entrar al dormitorio. Se quedó paralizada en el vano de la puerta. La niebla no la dejaba ver. Percibió el olor a pólvora. Lupo ladraba sin cesar. La niebla se disipó en segundos, como si ella hubiera estado a punto de desmayarse y se hubiese recobrado. Se apoyó contra el marco de la puerta para no caerse. ¿Estaba soñando?

Boleslaw tenía la mirada perdida y una pistola en la mano. Sobre la cama, el cuerpo desnudo de Rody. La sangre se deslizaba desde su cabeza, corría por la nuca, descendía por el cuello y mojaba su espalda.

Mateo, completamente desnudo, en el suelo, apoyado contra la pared, al lado de la mesa de luz, con las piernas encogidas y las dos manos cubriéndose la cabeza, parecía esperar un golpe inevitable y terrible.

Delante de Mateo, protegiéndolo, Lupo ladraba. El perro ladraba desesperadamente. Parecía estar reprochando a Boleslaw y dispuesto a no moverse un centímetro.

La cara de Boleslaw estaba pálida y desencajada.

De pronto, pareció que hubiera sido tocada por una ráfaga de lucidez.

Miró al perro como a un viejo amigo que se está muriendo y que emplea las últimas gotas de su energía defendiendo lo que

ama. Lo miró un par de segundos. Como si quisiera decirle alguna cosa con la mirada.

Le pegó un tiro en medio de los ojos.

Boleslaw metió la pistola en su boca y disparó.

Elena escuchó los gritos de Alida a su espalda. Escuchó a Coca dando alaridos. Vio a Gaston entrar al dormitorio, quitarse la remera y ponerla sobre la cabeza de Mateo. Lo escuchó decirle: «No mirés», mientras lo sacaba del cuarto.

Ella se quedó ahí, inmóvil, de pie, descalza, con el camisón que le regaló Alida y que estrenaba.

Alejandro – 1971

1 – noticias

Se despertó casi al mediodía. Fue al baño. No abrió la puerta. Eva se duchaba. Le gustaba bañarse solo y sentía fastidio cada vez que Eva abría la puerta del baño sin llamar y le quitaba el jabón de las manos para enjabonarlo.

Volvió a acostarse. Estaba atrasado con las traducciones que le pidieron en la editorial. Encendió la radio que tenía sobre la mesa de luz.

Hablaban de un hecho terrible. Nunca le interesaron las notas sensacionalistas y movió el dial. En otra emisora pasaban el tema de *A Summer Place*, en la versión de Percy Faith. Al terminar, un movilero le informó al conductor del programa de los últimos detalles del suceso de la madrugada del martes.

Eva cortó el agua de la ducha. Pronto se iría. La idea de quedarse solo lo alegró.

Entonces, escuchó el nombre de Elena. Se movió rápidamente hacia la radio y subió el volumen.

2 – mugre

Durante todo el día escuchó la radio, leyó los diarios de la tarde, miró los noticieros de la televisión.

Lo invadía una profunda tristeza. ¿Habría alguien junto a ella que pudiera sostenerla en su dolor? ¿O sufría sola?

A la desazón que experimentaba se unía una sensación de asco de sí mismo. No lograba separar la imagen de Elena con su vestido blanco llenando el mundo con los sonidos más puros y bellos de la sórdida imagen de él y Eva durante la noche. Había hecho algo asqueroso mientras Elena padecía el mayor drama de su vida.

3 – el estercolero

Sin duda que él era un tipo vulgar arrastrado por lo más sucio del sexo. Eva era sucia. Él era sucio. Quizás, todos fueran sucios como él. Pero no Elena. Ella era lo único que valía la pena en esta existencia miserable. Era el último resto de pureza que había en el mundo.

Él, Eva, gente como ellos, merecían sufrir. En cambio, la que sufría era una chica que solamente se dedicaba a transmitir las emociones más sublimes, los sentimientos más nobles. Escuchándola, tipos y tipas que se arrastraban como babosas se sentían mejores de lo que nunca dejarían de ser: basuras amontonadas en departamentos, casas, calles.

¿Era justo esto? ¿Justo? La justicia no existía en el universo. Dios, la vida, como se quiera llamar a *eso* que decidía el trozo de existencia que le correspondía a cada uno, premiaba a los malvados y castigaba a los buenos. El mundo entero estaba lleno de excrementos. Un gigantesco estercolero en el que chapoteaba la humanidad.

No podía quedarse con los brazos cruzados como si fuera el espectador de una película. Algo debía hacer.

Fue a Flores. Hasta esa tarde, ignoraba dónde vivía ella cuando estaba en el país. El taxista lo dejo a dos cuadras de la casa. Era imposible avanzar. El tránsito estaba cortado. Había policías, periodistas, fotógrafos, camarógrafos, vecinos.

No pudo llegar hasta la casa. Se sintió impotente.

De todas maneras, no habría encontrado a Elena. No estaba en la casa y nunca regresaría.

Elena – 1971

1 – luces

El 22 de octubre, Elena se presentó en el auditorio principal del Concertgebouwn, en Ámsterdam.

El concierto estaba programado desde mucho tiempo antes y la totalidad de las entradas estaba vendida con anticipación. Vittorio trató de suspenderlo y los organizadores estuvieron de acuerdo, pero Elena se negó. Tocaría, con la Orquesta del Concertgebouwn, el *Concierto para violín y orquesta*, de Sibelius.

En la calle había una gran cantidad de periodistas. Vittorio, ayudado por la gente del auditorio, ideó un ardid y consiguió que entrara sin ser advertida.

—No quiero hablar, maestro —le había pedido.

La orquesta la estaba esperando. Cuando salió a escena, todo el público se puso de pie recibiéndola con un aplauso respetuoso, lleno de cariño y admiración. Elena, apenas, inclinó la cabeza y esbozó una sonrisa débil.

Miró a Bernardo Haitink, el director. Esperó su orden.

El director movió suavemente la batuta iniciando el *Allegro Moderato*. El violín comenzó a dominar el recinto.

La melodía sonaba diferente, única, como si solamente ella, incluido el propio Sibelius, hubiera captado el verdadero sentido de cada nota.

Cuando los vientos marcaron el principio del *Adagio*, Elena era la dueña absoluta del concierto y ya nada podría Interponerse entre ella y la música. La música era ella.

Definitivamente, estaba más allá de Sibelius; este era *su* concierto, *su* música.

En el tremendamente complejo tercer movimiento, tocó como si fuera un ejercicio para principiantes. Ella era la poseedora de la técnica más perfecta y, a la vez, de la inconmensurable capacidad de transmitir los sentimientos más profundos, aquellos que se encuentran en lo más oscuro y en lo más claro del alma humana.

2 – la máxima

Entre bambalinas, Vittorio, transportado al universo de Elena, reconoció que ella ya no era la de antes del drama del mes anterior. Era otra. Una chica que había renacido siendo, ahora, infinitamente superior. Grandiosa. Sus dedos parecían movidos con la agilidad, destreza y precisión que ningún violinista podría igualar. Pero no era solamente eso sino más. Mucho más.

Todo el amor y el dolor de los seres humanos se expresaban a través de su violín. La música era como un hilo que ella hilaba y que unía a todos los que la escuchaban, como si formaran un único tejido.

En el final, la ovación fue estruendosa, como el sonido de cientos de miles de piedras desprendiéndose de una montaña en un incontenible alud.

Respondió con una sonrisa triste e inclinando ligeramente la cabeza. Saludó a los primeros violines y miró al director, como

implorando para que la acompañara fuera del escenario. Él la entendió y marchó junto a ella. Los vítores parecían bramidos.

—Elena, llegaste a la cima del arte, lo que has hecho esta noche es sublime —le dijo Bernardo.

Hizo una pausa. La miró. Los aplausos y bravos eran como un tornado que arrastrara todo lo que encontraba en su paso.

—Debes volver —le pidió—. Te esperan.

Elena vio a Vittorio. Tenía los ojos llorosos y con la mano le indicaba que regresara al escenario.

Volvió. La recibió una explosión de aplausos y gritos aclamándola. La orquesta la aplaudía de pie. Le entregaron un ramo de rosas. Caía una interminable lluvia de flores que el público arrojaba para ella.

Sus brazos estaban caídos a ambos lados del cuerpo. Sus manos sostenían el violín y las rosas. Parecía agotada, como si hubiera hecho un larguísimo recorrido a través de los rincones más negros de la existencia y ella los hubiera transformado en luminosos. Dolorosamente luminosos.

3 – abatimiento

Desde el suceso de la madrugada del 14 de septiembre, Elena se había mostrado firme y segura. Como si cargara con la responsabilidad de sostener a su familia y no pudiera permitirse un solo gesto que insinuara su angustia y desesperación.

En el camarín, como nunca lo hizo antes, pidió quedarse a solas y avisó que no aceptaría recibir saludos ni flores.

Vittorio y Jean-Luc se encargaron de mantener alejados a todos. Se quedaron en el pasillo, como improvisados guardaespaldas, esperándola con cuatro ayudantes para formar un cerco a su alrededor e impedir que se le acercaran.

Vittorio golpeó a la puerta.

—No estoy lista —respondió.

Estaba sentada, mirando al piso.

—Vamos, Ele. En un rato, estaremos en el hotel. Nadie te molestará —le dijo Vittorio, a través de la puerta.

Siguió quieta, mirando el suelo. Mirando *más allá* del suelo. En su cara se marcó el tremendo esfuerzo por contener lo que permanecía dentro de ella, como un maremoto detenido por un dique tambaleante pero que no consigue ser derrumbado.

Se miró en el espejo.

—¿Qué te pasa, pendeja? ¿Te vas a quedar acá, como una boluda? ¿No sabés que te están esperando? Dejate de mariconadas —le dijo a la chica del espejo.

Agitó la cabeza como si fuera un perro mojado quitándose el agua.

Volvió a hablarle a la chica del espejo:

—Dale, pendeja. Una sonrisa para la foto.

Respiró hondo. Soltó el aire con fuerza.

Sonriendo, abrió la puerta.

4 – renacimientos

Vittorio consiguió sacarla del teatro evitando a la prensa. Estaban alojados en el histórico Hotel Sofitel Legend The Grand Amsterdam, que tenía el estilo justo para satisfacer los refinados gustos de Vittorio.

Elena fue a su suite y solamente pidió Coca-Cola y un sanguche. Llevaba varios días comiendo solamente sanguches.

Vittorio la despertó pasado el mediodía.

—Ele, ¿cómo amaneciste?

—¿Amanecí? —dijo, con ironía, y la voz muy débil.

—¿Sabes que la crítica ha dicho que el de anoche ha sido un concierto que nadie podrá olvidar?

—Se ve que no salen mucho de la casa.

Vittorio siguió como si no hubiera escuchado.

—Ya no dicen que eres la mejor violinista de este tiempo. Ahora, afirman que eres la mejor violinista del siglo veinte y, en su columna, Gottler escribió que, quizás, lo seas de la historia de la música. Era hora que se dieran cuenta.

—Quiero un café con leche y pan con manteca.

—Ele, vayamos al salón comedor. Es un lugar muy bonito y la comida es de la mejor.

—No me parece que vaya a levantarme hoy.

—La prensa quiere entrevistarte. Me pidieron notas hasta de la *Gazette dello Sport*.

Elena sonrió sin ganas.

—A los periodistas, dígales que me internaron por una sobredosis de heroína.

—Eso sí que les gustaría. ¿Nos presentamos en Viena?

Ella afirmó moviendo la cabeza.

—Mientras dormías, Rubinstein llamó por teléfono. Te dejó un consejo.

—¿Qué dijo?

—Toca y volverás a ser feliz.

5 – el taburete

Cuatro años antes, Elena conoció a Arthur Rubinstein. Vittorio y Jean-Luc le habían contado muchas de las anécdotas que corrían de su vida.

Le contaron que tocando la *Apassionata*, de Beethoven, durante el *presto fortissimo*, se rompió el taburete y estuvo a punto de caerse al suelo pero pudo terminar la pieza.

Le dijeron que no se lo mencionara porque había sido un muy mal momento para él. Bastó que se lo dijeran para que Ele-

na, cuando se lo presentaron y mientras Rubinstein la estaba elogiando, lo interrumpiera:

—Che, Rubi, me contaron que se rompió el taburete y te caíste de culo al piso en Eindhoven. ¡Qué papelón!

La miró algo desconcertado. Elena agregó:

—Me dicen que terminaste la *Apassionata* arrodillado y que no pegaste una nota.

Elena soltó una carcajada. Rubinstein se rió también.

—¡Ya me hablaron de ti! ¡Ah, qué lástima estar casado y no tener veinte años menos! —dijo.

—Para estar conmigo tendrías que tener cincuenta menos.

Se hicieron amigos y se divirtieron en los ensayos para el memorable concierto que dieron en París y durante la grabación del disco que hicieron juntos.

En uno de los ensayos, Rubinstein, sentado al piano, le dijo:

—Ven, Elena, toquemos a cuatro manos.

Ella cambió la expresión de su cara. Seria y, de manera cortante, respondió:

—No.

Rubinstein la miró extrañado. Elena nunca usaba un tono como ese para hablar. Pero, rápidamente, entendió.

—Perfecto. ¡Sigue masacrando ese violín! —dijo, para cambiar el aire y sacar a Elena de donde la había metido—. ¿Sabes que el asqueroso de Antonio Stradivari los meaba para dar el acabado final?

—Cuando Bechstein hizo el piano para Liszt, le dio el toque final cagando arriba del teclado, para darle mayor firmeza. Ese es el secreto de los Bechtein como el que estás tocando. En las fábricas Bechstein siempre hay un empleado gordo con un culo enorme que caga en las teclas.

Rubinstein se rió a carcajadas.

6 – bocados

Vittorio repitió:

—Te levantas y vamos a comer.

Elena se sacó las sábanas de encima. Levantó las piernas y se miró los pies..

—Tengo que pintarme las uñas.

—Más tarde.

—No puedo salir así. ¿Y si se me tuerce el tobillo y tengo que sacarme la zapatilla y la media? Mi mamá siempre me dijo que no hay que andar con las patas sucias. Nunca se sabe lo que puede pasar.

—De estar tu mamá te estaría metiendo los ravioles en la boca con una cuchara. Te espero en el restaurante. No como un bocado hasta que llegues.

—Pídame café con leche y pan con manteca.

—Es hora del almuerzo. Y ya debes dejar de comer solo sandwichs. Hoy comerás como se debe.

—Entonces, fideos con manteca. Pero usted vaya comiendo. Entre cepillarme los dientes, bañarme y vestirme demoro unas tres horas. Y, en una de esas, me duermo una siestita.

Vittorio la vio ir hacia el baño. Pensó que toda la fuerza y la valentía del universo estaban dentro del cuerpo de esa chica de un metro sesenta y dos, y cuarenta y ocho quilos de peso.

7 – maldiciones

No escapó a Anne Darnell, la periodista del *Time*, que Elena había interpretado *Märchenbilder op 113*, de Schumann, en su último concierto antes de la tragedia familiar.

Años antes, había escrito una famosa nota sobre la coincidencia de las fechas de nacimiento de Elena y Clara Schuman.

Con la habitual habilidad de los periodistas para escribir falsedades, había conseguido vincular el dedo anular paralizado de Robert Schumann y la lesión en el dedo anular de Elena, por entonces, niña prodigio. Con este nuevo material, podía llevar la «maldición de Schumann» hasta donde su imaginación quisiera.

Nunca, desde el concierto en Italia, antes del vuelco del Lancia, Elena había vuelto a tocar a Schumann. Como un desafío (escribió Anne Darnell) volvió a hacerlo, cerrando el concierto en el Carnegie Hall.

Días más tarde, su padre mató de un disparo a un adolescente, amigo íntimo de su hijo, suicidándose, después.

8 – horas

Anne consiguió darle un toque interesante a la historia inventando que el hecho había ocurrido dos horas antes de la hora en que realmente ocurrió.

Según ella, todo pasó a las 0.30, horario de Buenos aires. Pero, por la diferencia horaria, en New York eran las 23.30.

Y las dos, Clara y Elena, habían nacido a la misma hora, justamente, las 23.30.

De este modo, el drama se desarrolló el 13 de septiembre, día del cumpleaños de Elena Brozovsky y de Clara Schumann. Y a la hora exacta en que ambas nacieron.

Anne Darnell no hizo ni la menor mención a algo importante: Elena había nacido en Italia y Clara Schumann en Alemania.

De acuerdo a la hora en estos países, (cuatro horas delante de la hora argentina) eran las 4.30 del 14 de septiembre. Anne usó lo que le servía y se limitó a mentir cambiando la hora del suceso y a considerar la hora de New York.

Los lectores estaban convencidos que Estados Unidos era el centro del universo y no tenían la menor idea de qué hora era en

Argentina. Ni siquiera sabían dónde quedaba ese país. Así que no tenían razón alguna para desconfiar de la verosimilitud de una historia tan extraña. Por otra parte, era verdad que Elena había tocado Schumann en New York.

Como en todos los mitos, algo era cierto y el resto, falso. Pero siempre resultan más interesantes que la realidad.

El truco tuvo buenos resultados. Anne afirmó:

«*La maldición* que cayó sobre la Gran Elena Brozovsky no ha podido vencer su temple y su coraje. Ella es una mujer que lucha con tenacidad arremetiendo contra el destino y los prejuicios sociales. Con su inmensa voluntad y su fantástico talento se ha abierto paso hasta alcanzar la cima en un mundo de hombres».

(La mención de «*los prejuicios sociales...*» y «alcanzar la cima en un mundo de hombres», la convirtieron rápidamente en una de las preferidas de los movimientos feministas, de gran actividad en esos años).

Así, Elena, con su talento, su vida y su leyenda, llegó a ser más famosa mundialmente que María Callas.

9 – tragedias

Como si soplara sobre un castillo de naipes, el destino se ensañó con Elena. Estaba resuelto que Alida y sus hermanos viajaran a París, donde decidió quedarse, para las fiestas de fin de año. Alida y Mateo se quedarían con ella por un largo tiempo. Gastón volvería a Argentina para estar con su novia.

Los esperaba al día siguiente, tres días antes de la navidad, pero Elena recibió un llamado cerca de la medianoche.

Estaba en su cuarto, en la Royal Suite de Le Meurice. Cuando no se quedaba en casa de Jean-Luc porque estaba acompañada de sus familiares, Vittorio siempre reservaba buenos cuartos y, para ella, la Royal Suite. Decía que si la suite había sido usada por

Alfonso XIII y el Príncipe de Gales, con más razón debía ocuparla Elena, que era más grande que todos ellos.

Elena había mirado por televisión una vieja película, *El muelle de las brumas*, de Marcel Carné. Caminaba al baño a ducharse cuando atendió el teléfono de mala gana.

Era su hermano Gastón.

Otra vez, la niebla la envolvió.

Soltó el teléfono, sus piernas se doblaron y cayó de rodillas al suelo. Su cuerpo se inclinó hacia adelante, como un muñeco desmembrado. Su frente tocó el piso. Se quedó quieta. (¿Cuánto tiempo? Pudieron ser unos pocos segundos, unos minutos o unas horas).

Al fin, como si hubiera juntado los pedazos de sí misma, se puso de pie.

Se vistió. Dios unos pasos. Se agachó a atarse los cordones de las zapatillas. Abrió la puerta de la suite, la cerró con delicadeza, caminó por el largo y suntuoso pasillo, descendió por la escalera. Movió la cabeza saludando a los empleados del hotel que se cruzaron en su camino. Salió a la Rue de Rivoli, miró hacia las Tullerias. Detuvo a un taxi.

Al escuchar el timbre de su departamento, Jean-Luc se levantó del sillón. Con Vittorio se estaban riendo criticando a gente conocida. Habían bebido mucho champagne.

Cuando abrió la puerta y vio a Elena, su sonrisa desapareció como si de un manotazo la hubieran borrado de su cara. No alcanzó a decir una palabra. Elena, con la cabeza gacha, le dijo:

—Tío, se murió mi mamá.

10 – lo inesperado

Alida se había mudado a uno de los departamento que Elena compró para sus hermanos. Mateo pasaba todo el tiempo con

ella, no había querido volver a la facultad ni rendir los exámenes finales.

Gastón no dejó de ir a la escuela y terminó el secundario. Los profesores, como si se hubieran puesto de acuerdo, hicieron lo que debían hacer: lo alentaron poniéndole notas algo inmerecidas y que lo dejaban sin materias pendientes. Era bachiller y podría comenzar el profesorado de gimnasia.

Él y Laura estaban encerrados en el dormitorio escuchando a Lennon, que había grabado «Imagine» en un disco simple.

Mateo hojeaba la revista *Siete Días*, sentado en el living.

Coca sacaba los canelones con salsa del horno.

Alida fue hacia la heladera a buscar la bebida. Dejó la puerta de la heladera abierta. Dio un paso hacia atrás.

—Coca... —dijo.

—Señora...

Alida se agarró la cabeza.

—¿Qué le pasa, señora?

Alida cayó como si hubiera sido fulminada.

—¡Gastón! ¡Gastón! —gritó Coca.

Mateo alzó la vista mirando hacia la cocina. Lennon terminó de cantar «Imagine». Gastón pudo escuchar los gritos de Coca. Estaba recostado en la cama. Laura le acariciaba el pelo. La apartó. Dio un salto poniéndose de pie. Corrió a la cocina.

En el piso, Alida estaba muerta.

Un derrame cerebral la mató en menos de treinta segundos.

Sin ningún aviso. Como suelen ocurrir estas cosas, cuando la vida se postra ante la muerte y es esta la que decide.

11 – cielos

El periodismo fue a esperar a Elena al aeropuerto. Vittorio sacó pasajes para un vuelo que llegaba a Ezeiza. Pero viajaron desde

Francia en un avión particular que descendió en el aeropuerto militar de Morón. La embajada italiana se encargó de facilitar el trámite. Algo parecido haría al regresar: impedir que se acercaran a Elena comprando pasajes para un vuelo de línea y regresando en el mismo avión privado.

Después de terminar lo que debía hacerse, Elena quiso regresar a París.

Apenas el avión despegó, se niveló, y ella se quitó el cinturón, les dijo a Vittorio y a Jean-Luc:

—Nunca voy a volver a Argentina.

—Sí, Ele, lo que tú quieras —le respondió Jean-Luc—. Ahora, trata de dormir.

—No voy a dormir. No quiero soñar.

Resistió el sueño tanto como pudo. Sus ojos terminaron cerrándose. Soñó con Lupo. Ella entraba en la vieja casa y el perro corría hacia ella, se ponía en dos patas, como si la abrazara. Luego, caminaba junto a ella, moviendo la cola y parando las orejas. Había un bizcochuelo enfriándose sobre la mesada de la cocina. Elena se lo daba todo a Lupo. El perro lo comía en unos pocos bocados y, al terminar, le refregaba el hocico por las manos, moviendo agitadamente la cola. «No te limpies en mí», le decía. Lupo la tomaba de la manga del pulóver y la obligaba a seguirlo. Salían al patio. En la mesa de la galería, Boleslaw y Alida estaban increíblemente jóvenes. Mati y Gastón eran niños pequeños. Todos parecían estar contentos.

Se despertó con una sonrisa.

Vittorio y Jean-Luc estaban dormidos en sus asientos.

Abrió el postigo de la ventanilla y vio una infinita cantidad de estrellas extendidas a lo largo del cielo oscuro.

Durante unos segundos, algo que bullía en su interior le oprimió el pecho y trepó hacia la garganta, como una mano que la estrangulara. Tragó saliva con esfuerzo.

Buscó un chicle. Lo metió en su boca y masticó.

Cerró la ventanilla.

Alejandro – 1972

Durante años, su padre sufrió una grave enfermedad que lo destruyó hasta vencerlo por completo. Alejandro era un adolescente cuando ocurrió.

Entendía a Elena y sentía la impotencia de querer hacer algo por ella y no poder. Sabía que ella estaba sola con su dolor. Aunque la rodeara un millón de personas, estaba sola. Nadie más que ella había sentido cómo la vida ponía un gigantesco clavo en medio de su pecho y lo había golpeado con un martillo. No conforme, sin piedad, enterró más profundo el clavo con otro golpe.

Como todos los días, casi todo el tiempo, pensaba en Elena.

En un rato, llegaría Eva. Hubiera preferido que no lo hiciera. Necesitaba estar solo. ¿Se lo diría?

Miró el reloj. Fue hacia el tocadiscos y sacó el disco de Elena. Puso uno de Joan Báez. No estaba dispuesto a compartir la música de Elena con ella. Lo hizo a tiempo. Eva tocó el timbre del portero eléctrico. Cuando entró al departamento, estaba pálida.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Estoy embarazada.

Elena – 1972

1 – campanas

Las presentaciones de Elena en Londres y Birmingham, junto con sus declaraciones a la prensa, provocaron una conmoción en Gran Bretaña. En un reportaje transmitido por la BBC, habló en contra de los soldados ingleses que asesinaron a sangre fría a ca-

torce militantes que manifestaban desarmados en Derry, Irlanda del Norte. A la vez, se declaró en contra del IRA, que, en respuesta, asesinaron a civiles un mes después.

Dijo estar en contra de toda forma de violencia y a favor de dos principios básicos: libertad e igualdad.

«Nadie que tenga un arma en la mano puede hablar de paz», dijo y agregó: «Nadie tiene derecho a ocupar un territorio que no le pertenece. Me da lo mismo que el ocupante sea la Unión Soviética o Gran Bretaña. No creo que ningún británico se sienta molesto porque una extranjera opine sobre su país. Y si alguno se ofende, que lea a su gran poeta John Donne. Lo que le pase a un irlandés, un inglés o un africano, es tan asunto mío como si le pasara a un vecino al que conocí de chica. ¿Me entendés?».

2 – paparazzis

La entrevista de la BBC comenzó siendo sobre música pero Elena llevó la conversación a otra parte y, como siempre, habló de lo que quería.

Graham Greene la elogió públicamente diciendo: «Elena Brozovsky tiene todo mi respeto y mi admiración y, naturalmente, comparto sus ideales».

Los fotógrafos y paparazzis la seguían a todas partes.

Una noche, en la que fue al Soho a escuchar jazz en Ronnie Scott´s, bajó del automóvil y fue hacia ellos.

Le tomaban fotos a medida que avanzaba y, a la vez, se aferraban a sus equipos pensando que Elena intentaría romper alguna cámara.

—Hola, a varios de ustedes los encuentro en todas partes. Ustedes saben quién soy pero lo único que sé de ustedes es que son unos hincha pelotas. ¿Vos, cómo te llamás?

Les preguntó si eran casados, tenían novias y cosas así.

Se despidió dando la mano a cada uno de ellos.

—Ella sí que es muy especial—dijo Willi Burton, uno de los fotógrafos.

Desde la noche frente al Ronnie Scott´s, Elena pasó a ser la celebridad favorita de los paparazzi. Claro, ella no dejó de darles material de sobra: les sacaba la lengua, se ponía bizca, se doblaba las orejas. Sus fotos llenaron páginas de diarios y revistas de todo el mundo.

Su fama creció en la misma medida que su angustia y sufrimiento. Se desangraba por dentro y solamente la música conseguía sostenerla. Nadie, ni siquiera Vittorio y Jean-Luc, parecía darse cuenta de la intensidad de su dolor.

3 – juegos

Tuvo romances con el fotógrafo italiano Ettore Lecuona, el escenógrafo holandés Kees Van Loo, y con Alvaro de Souza, hijo del coleccionista de arte portugués Fernando de Souza.

Comenzó a beber vodka y a fumar puros en los restaurantes, después de la cena, y en los bares a los que iba. Con Paul Brynner tuvo unas cuantas borracheras y en una de las más fuertes, en el pub Mayflower, en Rotherhite Street, de Londres, terminó durmiendo a orillas del Támesis.

A comienzos de mayo, decidió grabar un disco con temas de rock acompañada por la Orquesta Sinfónica de Boston.

Vittorio no estuvo de acuerdo porque era de los que consideraba al rock una música ligera sin real vuelo artístico.

Lo tomó un poco de sorpresa que Elena hubiera hecho la orquestación sin nunca haber aprendido. Pero, al pensarlo mejor, no le resultó raro.

Elena había compuesto música desde los cuatro años pero nunca aceptó mostrar sus obras. Las consideraba débiles. Muchas

veces, improvisaba scherzos y sonatas que se negaba a escribir diciendo que eran zonceras.

A Vittorio, todas esas piezas le habían parecido excelentes y no entendía la negativa de Elena a tocarlas en público.

—Maestro, todo esto es diversión, malabares técnicos. Fuegos artificiales. Cuando componga una música que lleve mi alma, entonces, voy a compartirla en un escenario. A lo mejor, otras almas sienten lo mismo y se reconocen en mi música.

Vittorio se había quedado mirándola en silencio.

Ella dijo:

—¡Eh! ¿Qué me mira así?

Demoró unos segundos en contestarle.

—Eres tan... —le dijo.

—Tan, ¿qué?.

No supo cómo expresar su admiración por ella.

Entonces, repitió:

—Tan...

4 – rock

De todas maneras, le hizo saber que estaba molesto por no haber dicho nada de lo que preparaba.

—Maestro, usted y el tío Jean hace cuatro horas que volvieron de Mónaco. Se fueron solos al festival para vivir una especie de segunda luna de miel. Comieron con Grace y Rainiero y ni se acordaron de mí. Así que no me haga escenitas.

—Sabes, la princesa Carolina, que ya cumplió quince añitos, quiere invitarte a pasar unos días en el palacio.

—¡Me tienen que arrastrar de las patas si quieren que vaya! Todos esos viven en una burbuja de pedo.

—No comiences a hablar de las diferencias sociales. Dime cómo pudiste hacer la orquestación en cinco días.

—¡Qué sé yo, maestro! Consígame la orquesta.

—No creo que sea una buena idea. De todos modos, no habrá problemas con la Boston Pops, se dedican a los temas ligeros.

—Esta vez quiero con William Steimberg, antes de que se retire, y la Sinfónica de Boston.

—Estás loca de hacer esto. No es lo tuyo. Eres una diva.

Elena lo dejó hablando solo.

5 – repercusiones

El disco, con temas de The Beatles, Led Zeppelin, The Doors, Credence Clearwater Revival, Bob Dylan, Pink Floyd y The Rolling Stones, fue un suceso de ventas y críticas. Las revistas *Rolling Stone, Melody Market* y *NME*, coincidieron en «el talento descomunal de Elena Brozovsky». El crítico de música clásica Eric Vanhenn escribió:

«El habitual ruido que producen estos conjuntos se transformó en verdadera música por la presencia de la Orquesta Sinfónica de Boston, dirigida por William Steimberg, [...] El mérito mayor, sino absoluto, recae sobre una orquestación notable y la fabulosa interpretación en violín, viola y chelo de la Gran Elena Brozovsky. Solamente un genio de la música, como lo es ella, podía conseguir que lo más bajo alcanzara niveles tan altos».

Vittorio, que temía a una crítica que se encarnizara con Elena, estaba eufórico por el éxito. Le leyó los comentarios con voz exaltada y gestos ampulosos.

—¡Magnífico, Ele! ¡Nada menos que Vanhenn escribió maravillas de ti!

Elena, sin dejar de pintarse las uñas de los pies, dijo:

—Ese tipo es un pelotudo. Hay que ser muy pelotudo para decir que es ruido la música del rock. Tipos como ese Vanhenn creen ser crema chantilly y son mierda de chancha preñada. Ellos van a

estar masticados por los gusanos sin que nadie sepa quiénes fueron cuando la gente siga escuchando la música de Los Beatles y de los otros chicos.

6 – piedras

Elena aceptó presentarse en el anfiteatro de Red Rocks, entre las enormes rocas de las montañas de Denver.

Ella pidió que la orquesta fuera la Sinfónica de Denver. Con un lleno completo, lo inusual resultó que más de cinco mil entradas, sobre una capacidad de casi diez mil, fue comprada por gente joven. El disco con temas de rock logró que un público ajeno a los conciertos de música clásica, fuera atraído por Elena.

El concierto fue transmitido en directo por televisión a través de PBS en Estados Unidos y retransmitido por Eurovisión a Europa y otros países.

Pero, el asunto era que en Red Rocks Anfitheatre se habían prohibido los conciertos de rock por los graves incidentes durante la presentación de Jethro Tull el año anterior. Por este motivo, aunque fue bastante raro para un concierto de música clásica, lo que ella hizo no resultó nada que fuera ajeno a su manera de ser y comportarse.

Salió al escenario y fue recibida con un aplauso estruendoso. Pidió un micrófono. Se paró de frente al público.

Levantó en alto su Stradivarius, y dijo:

—¡Este concierto está dedicado a Jethro Tull y a todos los chicos que tragaron gas lacrimógeno!

El público le respondió aplaudiendo y gritando como si estuviera en un recital de rock.

Elena se acomodó para tocar. Miró a la gente fijamente. Se hizo silencio. Ella sonrió. Le guiñó el ojo al director y comenzó con el *Concierto Nº 3 para violín y orquesta*, de Mozart.

Al terminar, y antes de tocar el *Concierto para violín op 14*, de Itzhak Barber, volvió a tomar el micrófono.

—¡Hey, a los que están fumando marihuana! ¡Por favor, soplen para otro lado! ¡Estoy comenzando a volar!

Esta vez, la aclamación sonó como un rugido en medio de las montañas de Red Rocks.

Por supuesto que sus dichos durante el concierto, presenciado por cientos de miles de espectadores sentados frente a sus televisores, provocaron polémicas. Pero mucho más escandalosas resultaron sus declaraciones en la primera conferencia de prensa que dio desde la tragedia de Buenos Aires.

Fue improvisada en el Aeropuerto Kennedy, de New York.

Al descender del avión y ver la cantidad de periodistas que la esperaban al llegar de Denver, le dijo a Vittorio que buscara una sala vip.

—Voy a hablar porque se me da la gana —dijo.

4 – (Transcripción de la conferencia de prensa en el Aeropuerto Kennedy, el 31 de agosto de 1972)

Pregunta: —En su concierto en Red Rocks, usted aceptó el consumo de marihuana.

Respuesta: —¿Qué te interesa más? ¿Las nubes del humo del napalm en Vietnam o un poco de humo que sueltan un par de tipos fumando hierba acostados en una plaza?

Pregunta: ¿Usted apoya la propuesta del candidato a la presidencia McGover para legalizar la marihuana?

Respuesta: —Lo único que debe proponer un candidato a presidente de este país es el fin de la guerra de Vietnam y acabar con la pobreza. Lo demás son idioteces.

Pregunta: —Usted es una defensora de los derechos civiles. Creó una fundación de ayuda a niños del África, se la considera

una líder de la lucha por la paz, los derechos femeninos y contra el racismo. ¿Qué la lleva a proceder de esa manera?

Respuesta: —¿Sabés que toco en un Stradivarius que cuesta millones de dólares? Me lo regaló el maestro Prosperi cuando cumplí dieciocho. Es un hombre con mucho dinero que ganó con el duro trabajo y el sacrificio... de su abuelo.

(Risas)

Respuesta (continuación): —Hace un par de años, estaba en Londres y decidí llevarlo a Christie´s para que lo subastaran. El maestro no me dejó. Era un regalo y no podía despreciarlo. Así que habrá que esperar que él o yo muramos para venderlo y donar el dinero. Tuvo que prometerme que lo haría si me convierto en arcángel. Digo arcángel porque por menos de eso no acepto morirme.

(Risas)

Respuesta (continuación): —Como podés ver, es un mundo de mierda. Una minita como yo tocando un violín tasado en millones de dólares y, al mismo tiempo, niños muriéndose de hambre, ¿te parece bien? Y hago estas cosas porque soy consciente de que tengo no sé cuantos pares de zapatillas porque hay cientos de chicos que andan descalzos. No hacer nada me haría sentir una hija de puta. Y con la cantidad de hijos de puta que hay ya es suficiente. ¿No te parece?

Pregunta: —Usted no tiene pelos en la lengua, ¿a quiénes califica de esa manera?

Respuesta: A las que se preocupan por lo que comen sus caniches y no el hambre de los niños pobres; a los que convierten a chicos en asesinos enviándolos a la guerra; a los políticos que gobiernan para los intereses personales de sus amigos y de ellos mismos; a los científicos que inventan armas. Y, por supuesto, a Franco, Gadaffi, Idi Amin, Tito, y todos los dictadores criminales que hubo y hay en la Tierra. La lista es muy larga, la escribo y te

la mando. ¡Ah! Por lo de los pelos en la lengua, te aviso que soy lampiña. Y hablo en serio.

(Risas)

Pregunta: —¿Por qué siempre usa gorra, zapatillas y da sus conciertos descalza?

Respuesta: —Me siento cómoda andando en patas. No me gustan los zapatos. No tengo ni un par. Las zapatillas las uso porque no quiero andar descalza por la calle. No me gusta pisar escupidas y soretes de perros. Y, como sabés, los hombres afirman que las mujeres no tenemos nada en el cerebro. Pero yo estoy convencida que, a pesar de ser rubia, tengo dos neuronas en el seso, la gorra es para que no se me caigan.

(Risas)

Pregunta: —Suele decirse que tocar descalza, la gorra y las zapatillas son símbolos.

Respuesta: —¡Ey! Soy yo, no Bergman.

(Risas)

Pregunta: Muchos la catalogan de maoísta y otros, de castrista. ¿En qué posición política se ubica?

Respuesta: En la que haya libertad e igualdad. Nadie que impida pensar y actuar con libertad tiene mi simpatía.

Pregunta: ¿Puedo preguntarle por su padre?

Respuesta: Mi padre era un polaco católico que peleó en la segunda guerra mundial, fue herido y condecorado. Tenía sus ideas sobre ciertos temas. Una chispa saltó en su cabeza y mató a un chico inocente.

Pregunta: ¿Puede extenderse sobre el tema? ¿O es incómodo para usted?

Respuesta: —No me incomodan las palabras. Me molestan los actos humanos que no tienen sentido. Mi padre no tuvo otra razón que sus idiotas creencias. Seguramente, creyó que Rody estaba infectando de homosexualidad a mi hermano. Solo un es-

túpido puede pensar algo así. Él, también, mató a mi viejo perro Lupo, al que adoraba. Prefiero pensar que se apiadó y lo sacrificó. Como estás enterado, se metió la pistola en la boca y se voló los sesos. Era un católico ferviente y eso iba en contra de lo que había creído toda la vida. Cuando mató a chicos de la edad de Rody en la guerra, le dieron una medalla. A lo mejor, le pareció que era lo que debía hacerse y le pegó un tiro a un buen pibe. Tuvo la suerte de que Dios no existe, de lo contrario habría terminado en el infierno. Como que fue al pedo que fuera todos los domingos a misa.

(Murmullos)

Pregunta: —Usted suele estar en ambientes donde hay homosexuales, ¿su padre se oponía a esto?

Respuesta: —Mi papá, por voluntad de mi mamá, ignoraba ciertos aspectos de mi vida en los que estoy relacionada con homosexuales, a los que quiero y siento parte de mi familia. En mi familia de sangre, como estás enterado, mi hermano Mateo es homosexual y me siento muy orgullosa de él. La homosexualidad es algo tan natural como el embarazo de una mujer. Michelangelo o Tchaicovsky son famosos por lo que crearon y nadie piensa en ellos como homosexuales. A Rimbaud y Proust, ¿los conocés por putos o por lo que escribieron? La iglesia condena la homosexualidad mientras está llena de sacerdotes putos, pedófilos, pervertidos y sinvergüenzas.

(Murmullos)

Pregunta: —¿No cree que algunas cosas que dice pueden ser mal recibidas por algunos sectores?

Respuesta: —Si a alguien le cae mal lo que digo, no me importa en lo más mínimo. Amo la libertad y la uso.

Pregunta: —Disculpe, me quedó pendiente una pregunta. Usted fue testigo de todo lo que ocurrió esa noche tan dramática. ¿Qué pasó con usted?

Respuesta: El tipo hizo algo irreparable Una de esas acciones que no se pueden disculpar. Hablo de haber asesinado a Rody, no de su suicidio. Eso es otro asunto. Pero ese tipo que hizo una cagada tan pero tan grande, para mí, era el mejor papá del mundo. Y lo extraño.

Pregunta: —Usted en persona se encargó del funeral. ¿Qué sintió en esos momentos?

Respuesta: Que era lo que debía hacer.

Pregunta: —Su madre murió pocas semanas después ¿cómo hizo para mantenerse de pie y no caer?

Respuesta: —¿Quién te dijo que no caí? Me estás viendo después de la caída.

Pregunta: —Falta poco para el aniversario de la muerte de su padre, ¿viajará a Argentina para visitarlo en el cementerio?

Respuesta: —Como te dije, el tipo cagó todas sus creencias en unos minutos, así que no creo que le hubiera importado lo que decidimos con mi hermano Gastón. Mis padres no están en ningún cementerio. Arrojamos sus cenizas al viento... A veces, cuando estoy caminando por la calle, siento sobre mi cara una brisa fresca, entonces, pienso que son ellos y me siento aliviada.

(Vittorio, sentado junto a Elena, la toma de la mano, interviene).

—Hasta aquí las preguntas. Muchas gracias a todos

(Elena se levanta. Mira a los periodistas con sus ojos celestes llenos de reflejos vidriosos y en la boca una ancha sonrisa. Los periodistas la despiden con un aplauso).

Alejandro – 1972

1 – la separación

A los seis meses de casarse con Eva, nació su hija Leticia. Le tenía algo de cariño a la niña pero la presencia de Eva en la casa

le resultaba insoportable. La veía cocinar, cuidar de la bebé, acomodar las almohadas. El más insignificante de sus actos lo perturbaba. Como si hubiera algo que no le perdonara. ¿Ser una chica común, una maestra jardinera? ¿No tener ninguna otra ambición que formar una familia e ir al cine de vez en cuando?

Leticia tenía cuatro meses cuando se separó. Sintió alivio. Era como si se hubiera dado una ducha sacándose el barro adherido a su piel y la suciedad bajo las uñas.

Durante semanas, escuchó todo el tiempo los discos de Elena. La música le resultaba un viento fresco en un día caluroso. Decidió ahorrar dinero para viajar y volver a verla. La idea le dio bríos y empezó a sentirse mejor.

Elena – 1972

1 – chismes

—La crucé en la Rue Royale. Se puso un vestido de Dior con una cartera Chanel y zapatos Gucci, todo en negro. Bien *viuda* de Onassis —dijo Vittorio.

—No creo que vuelva a cantar —dijo Jean-Luc.

—Sería lo mejor. Hizo un papel lastimoso desde que se volvió loca por el griego.

—Acaba de entrar Ele. Ya empezó a saludar.

La habían estado esperando para cenar en Le Procope, en la Rue de l´Ancienne Comedie.

—Che, a ustedes nunca se los va a encontrar en Clichy o en Bobigny. ¿Tienen miedo que los marginados les contagien enfermedades venéreas? Retiro lo dicho. Tío Jean, me olvidé de Vigdis, ese marino islandés que te contagió el herpes.

—Nunca me hablaste de Vigdis.

—¡Ni sé quién es Vigdis! ¿No la conoces a Ele?

—Arreglen sus cosas cuando estén solos. Paul y Julie les mandan saludos. Tío, tenés que mandarles entradas para tu *Giselle*.

—Sí, quédate tranquila. ¿Están bien?

—Destruidos por el alcohol y las drogas. ¿Ustedes a quién le sacaban el cuero?

—A la Callas, que está completamente acabada —dijo Vittorio—. Acaba de mudarse a un departamento en la Avenida Georges Mandel, cerca del Arco de Triunfo. Ella siempre fue una yanqui presuntuosa. Hasta se atrevió a decir que compararla con *nuestra* Tebaldi era como comparar el champagne con la Coca-Cola. Claro, el champagne era ella. Una completa engreída. Así quedó. ¡Champagne! Ahora, no es ni un vermouth.

—Trigésima vez que cuenta lo del champagne y la Coca-Cola. La Callas tiene una gran capacidad dramática, un registro amplísimo y una voz bellísima. Es la más grande soprano del siglo. Usted la odia porque echó a la Tebaldi de La Scala, como si hubiera pateado a un perrito callejero.

—¡La Tebaldi se fue porque quiso! —exclamó Vittorio.

—La Divina conquisto La Scala como Julio César las Galias.

—¡Es una mujer insufrible!

—La Callas es hermosa, apasionada, y vivió un gran amor con Ari, ese griego precioso, con carita de niño mimoso.

Jean-Luc se puso a reír.

—Carita de niño mimoso. ¡Mi Dios! Onassis tiene una cara que parece una berenjena con ojos —dijo.

4 – bromas y seriedad

—La Divina es como una botella de Perriet-Jouët. No digo que la Tebaldi sea como una Coca-Cola. Es como una copita de jerez. ¿Acaso la Schwarzkopf no dijo que nadie en el mundo podía cantar *La Traviata* mejor que la Callas? —agregó Elena.

—¡La Tebaldi es única! ¡Una verdadera diosa! —dijo, casi gritando, Vittorio.

—Una diosa italiana como Rumina, la que protegía las tetas de las madres que daban leche. La Divina Callas es una diosa griega, una Afrodita, diosa del amor y la belleza —dijo Elena.

Jean-Luc no paraba de reírse.

—Vittorio, no puedes ser tan tonto. Cada vez que hablas de ellas, Ele te toma el pelo con *tu* Tebaldi y nunca dejas de desencajarte. La verdad, me tienes harto con esa mujer.

—Bien, tío. Era hora que alguien le pusiera los puntos sobre las emes. Mañana podemos ir a visitar a *nuestra* María.

—Encantado. La adoro —dijo Jean-Luc.

—Perfecto, mientras tú ves a la Callas, yo voy a invitar a Rudi a cenar aprovechando que está en París —dijo Vittorio.

Jean-Luc se esforzó por sonreír. Rudi era Rudi van Dantzig, al que odiaba.

—Como saben, no me interesan la Callas ni la Tebaldi. Prefiero a la yanqui Billy Holiday y la italiana Mina. Yendo a otra cosa. No voy a mencionar a Septiembre Negro y la masacre de Munich pero le pido, maestro, que arregle un concierto en Israel.

Vittorio se tranquilizó, se puso serio y dijo:

—Puede ser peligroso, Ele. Podemos esperar y presentarnos más adelante, cuando se haya apaciguado todo.

Elena lo miró fijo a los ojos.

Dos meses después, Elena tocó con la Orquesta Filarmónica de Israel en el Teatro Nacional Habima.

Dedicó el concierto a los once atletas asesinados por los terroristas palestinos en las Olimpiadas de Munich.

Tuvo un gran éxito, le arrojaron flores que cubrieron el escenario y, con sus declaraciones a la prensa, su simpatía, y sus ideas, se ganó definitivamente el afecto de los israelitas. La despidieron con una cena en su honor y la trataron como a una gran

luchadora contra el antisemitismo. Por supuesto, no dejaron de preguntarle si tenía algún antepasado judío. Al año siguiente, le otorgaron el premio Wolf en Artes.

5 – la casa

Cuando Elena decidió radicarse definitivamente en Italia, le pidió a Vittorio que le comprara una casa en Florencia.

Elena no poseía ninguna propiedad y siempre había considerado que sus dos residencias eran la casa de sus padres y villa Prosperi.

La única casa que había comprado era la que regaló a sus padres, que no quisieron mudarse de Flores y les consiguió una, más grande y con todas las comodidades a cuatro cuadras de la anterior.

Vittorio usó todos los argumentos posibles para convencerla de seguir viviendo en su villa pero ella se negó. Precisaba de un lugar propio, donde pudieran estar sus hermanos. Por lo menos, Mateo, que se había quedado con ella y la seguía a todos los conciertos.

Gastón permaneció en Argentina. Vivía en casa de los padres de su novia y comenzó a estudiar el profesorado de gimnasia.

La casa de Flores fue vendida y el dinero sirvió para que Gastón comprara un enorme departamento en Caballito y pudiera mudarse con Laura después que se casaran.

6 – cachet

A fines de ese año, Vittorio le anunció que había conseguido una casa a poca distancia del Arno.

Al llegar, Elena dijo:

—¿Qué es esto, maestro?

—Tu casa, bambina.

—¿Esta casa compró?

—Sí. ¿Te gusta?

—¿Se volvió loco? ¿Usó plata de su herencia?

—¡Pero no! La compré con tu dinero.

—¿Y de dónde saqué yo la plata para comprar esto?

—¡Ay, Ele! En estos años has ganado tanto dinero como para vivir diez vidas en la opulencia.

—¿Cuánto gano en un mes?

—Cobras por actuación y puedes pedir el dinero que quieras. Digamos, entre cincuenta y cien mil dólares o más, si se te ocurre. Por supuesto, además de pasajes, hoteles y diversos gastos. Debes agregar los derechos por ventas de discos. En un año, ganas muchísimo más de diez millones de dólares.

—¿Me está tomando el pelo, maestro?

—No es tanto como parece. Hay costos en los honorarios de tus contadores y abogados; los seguros, impuestos, y lo que cobro yo, el cinco por ciento, según mi decisión ya que la tuya era darme el cincuenta. Era hora que preguntaras por tu dinero.

—No puedo creer que me paguen tanto. Ganar ese dinero es una inmoralidad.

—Puedes quedarte tranquila. Los teatros en los que actúas al treinta por ciento del dinero que recaudan contigo lo reparten entre los pobres.

—¡Jajá! No se haga el gracioso.

7 – refinamiento

—Maestro, dígame ¿por qué no está todo este dinero en la fundación?

—Me pediste que ahorrara para tu familia. También, pensé en tu vejez y me imaginé a una anciana sabia, con una corte de dis-

cípulos que la adoran. Vi a la anciana sentada en un enorme y lujosísimo comedor, a la que una de sus mucamas, una mulata haitiana, le sirve escargots y, luego, coq au vin.

—¿Usted se cree que yo voy a comer caracoles? ¡Qué asco! ¡Y ese gallo de mierda que me hizo comer tío Jean en Paris!

—Para entonces, habrás refinado tu paladar. Y no es mi culpa que seas muy rica gracias a tu talento. Que yo sepa, no es un pecado ser rico. Eres una de las artistas más grandes de la historia de la música.

—Maestro, chúpeme un huevo. Le falla el bocho. ¡Mire lo que compró! ¿Usted sabe que hay gente que vive en casas de lata y pisos de tierra?

Acostumbrado a las arengas de Elena, Vittorio siguió hablando como si ella no hubiera dicho una palabra:

—Esta casa tiene la belleza y el señorío necesario para ser digna de ti. Eres la más grande del mundo y el sitio donde vivas tiene que ser merecedor de tu presencia. La princesas viven en palacios. La más grande diva del siglo, va a vivir aquí.

—¡Déjese de romper las pelotas con andar diciendo que soy una diva!

La villa estaba ubicada en la zona céntrica de Florencia y era protegida por un jardín de cuatro mil quinientos metros cuadrados. La edificación, de 1800, tenía tres plantas que cubrían mil seiscientos metros cuadrados de superficie edificada.

—¡Usted se agarró flor de pedo con Strega! ¿Cómo se le ocurrió comprar esta casa? Devuélvala o véndala.

—¡Nunca! ¡Esta es Villa Elena! En doscientos años la visitarán como lugar histórico.

—¿Y? Si ni usted ni yo nos vamos a enterar. Esto es una muestra vergonzosa de la mala aplicación del dinero.

—Gracias a tantas malas aplicaciones del dinero hay catedrales maravillosas o estatuas como el David, del que tienes una copia

en bronce a pocas cuadras de aquí, en el Piazzale Michelangelo. ¡Villa Elena será para siempre la casa de la Gran Elena Brozovsky! Miles de turistas la visitaran al año y verán tus retratos pintados al óleo, que ya encargaré, y réplicas de los violines y violas en los que tocaste. ¡Esta villa será un museo de música!

—Le pedí que me comprara una casa. ¡Una casa normal!

—Tú no eres normal y la casa tampoco.

Elena resopló por la nariz y dijo:

—Diga lo que diga, parece que no me conociera. Entremos a ver la mierda que compró. Pero sepa que nunca voy a vivir acá. ¡Jamás de los jamases!

9 – el souvenir

Sin decir una palabra, Elena recorrió la casa cuarto por cuarto. En cada una de las habitaciones había un ramo de flores que parecía puesto para darle la bienvenida.

Vittorio la seguía en completo silencio.

Elena dejó para el final del recorrido la sala de música.

Entró.

Era la única habitación completamente vacía.

El resto de la casa estaba amueblada con gran calidez, como si quien la decoró se hubiera tomado el trabajo de pensar cuidadosamente en los colores de los sillones, el tipo de adornos, los cuadros, las lámparas, las cortinas; en todo lo que a ella le gustaría tener en tal lugar y en tal otro.

La sala de música tenía las paredes pintadas de blanco. La luz que entraba por los enormes ventanales hacía más blanco el blanco y brillar las maderas enceradas del piso.

En cualquier parte de la sala en la que se estuviera, podía verse el jardín con margaritas, azucenas, azahares y claveles; castaños, almendros y encinas. Los árboles y las flores que a ella le

gustaban y que parecían haber sido ubicados para que combinaran con delicada belleza.

Elena caminó por el cuarto con las manos metidas en los bolsillos del saco que llevaba puesto.

Se detuvo unos segundos mirando hacia el jardín. Realmente, era una hermosa vista.

Masticaba un chicle. Acomodó el chicle en la punta de la lengua y empezó a hacer un globo que se fue agigantando a medida que salía de su boca.

De pronto, reparó en el único objeto que había en el cuarto. Dejó que el globo estallara, metió todo el chicle en la boca y lo pegó en una muela.

Alguien había martillado un clavo en el centro justo de la pared principal, intensamente iluminada por la luz natural que atravesaba los ventanales.

Del clavo colgaba un grueso hilo negro.

Se acercó. No era un hilo.

Eran dos cordones de seda negra, unidos por un nudo.

—¿Y esto? —preguntó.

A su espalda, Vittorio, que se había quedado parado apenas al cruzar la puerta, a casi veinte metros de ella, le dijo:

—Son los cordones con los que até el arco a tu mano, cuando me pediste que te enseñara.

Elena miró fijamente los cordones.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Ese tipo que tenía a sus espaldas había guardado durante catorce años un par de cordones como si fuese un tesoro.

Ese tipo buscó la que creyó era la mejor casa del mundo para que fuera de ella.

Eligió los muebles que ella hubiera elegido. Se preocupó por el color de las paredes, que esos colores y cada detalle de la decoración fueran, estrictamente, a su gusto.

Para que nada la molestara o le hiciera sentir la menor incomodidad. Para que tuviera un sitio donde se sintiera segura y tranquila. Un sitio donde la luz del sol y el aroma de las flores del jardín cruzaran las ventanas inundando los cuartos.

Para que la luz le diera alegría y el olor de las flores la perfumara. Una casa donde estuviera protegida del frío del invierno y del calor del verano.

Para que abriera la puerta y supiera que en el mundo entero no había mejor lugar para ella.

Sin apartar la mirada de los cordones colgados, haciendo un tremendo esfuerzo para que no se le cayeran las lágrimas, supo que ese tipo le había conseguido un hogar.

Elena – 1973

1 – jazz

Un mes después de mudarse a la villa, Mateo le dijo que se anotaría en el curso de escenografía de la Academia de Brera. Esto significaba que se mudaría a Milán.

A Elena no le parecía que Milán fuera un buen lugar para él. Durante el año anterior, hubo revueltas en las calles, las Brigadas Rojas atentaron contra el *Corriere della Sera*, produjeron incidentes y secuestros. Pero aceptó sin decir nada en contra. En definitiva, Mateo había empezado a estudiar para ingeniero porque era lo que Boleslaw quería. Ahora, estaba decidiendo por sí mismo. La muerte de su padre había cortado la cadena con la que estaba unido a él como un prisionero.

Mateo se había hecho muy amigo de Elio Canale, un poco menor a él. Elio vivía y estudiaba en Milán, aunque toda su familia era de Florencia y la visitaba en las vacaciones. Mateo compartiría el departamento del barrio Brera que Elio alquilaba. Como

Gastón, todos los meses recibía una mensualidad enviada por Elena, mejor dicho, que Vittorio se encargaba de girar porque ella nunca se ocupaba del dinero.

Ese año, Elena regresó a Estados Unidos y pasó mucho tiempo tocando jazz en el Village Vanguard, de New York, y en el Green Mill, de Chicago.

A pesar de la oposición de Vittorio, formó un cuarteto con Buddy Mallory, en batería; Horace Linton, en contrabajo; Barry Nolan, en piano, y ella en su guitarra Gibson.

Las sesiones fueron grabadas y formaron parte de un disco con temas como *Round Midnight*, *Blues in F*, *Four on Six* y *So What*. En algunas de las canciones, participaron tipos como Bud Freeman, Teddy Buckner y Benny Carter.

En pocos días, el disco se agotó.

Count Basie dijo: «Esta chica es el mismo demonio. Usa el pulgar como si lo moviera el espíritu de Wes Montgomery».

2 – fiestas

Elena habló mucho del golpe militar en Chile.

—Pinochet logró algo: que el presidente Allende pueda entrar en el libro Guinness como el único tipo de la historia que se suicidó de veinte balazos —dijo en un reportaje.

Cada vez que regresaba a Florencia, su casa se convertía en el centro de reunión de músicos del rock y el jazz. Amanecían tocando, y era habitual que muchos invitados dados vuelta se quedaran a dormir en alguno de los cuartos o encima de los sillones. La casa quedaba llena de botellas de alcohol y colillas de cigarrillos.

Elena podía soportar todo menos quedarse sin música. Se dormía escuchando música grabada en una cinta de seis horas de duración. Al terminar, en forma automática, se reiniciaba la cin-

ta. El aparato grabador era casi único en la época y costaba una fortuna. Pero necesitaba de la música aún estando dormida.

Tuvo un nuevo romance. Esta vez con Umberto Taglietti, el cineasta documentalista que ganó un premio en Montreal con *Por debajo del mundo*, una película sobre la ballena azul.

Taglietti se inyectó demasiada heroína y reventó. Poco antes, Elena se lo había sacado de encima por el asunto de las drogas.

En esos días, terminó con las reuniones en la villa. Estaba harta de soportar tipos comiéndose sus propios vómitos.

No dejó de tomar vodka ni fumar puros pero aumentó su desprecio por la marihuana y la cocaína después que su hermano Mateo fue internado por una sobredosis.

Al salir, Mateo pasó un tiempo en la villa y la acompañó en una gira. Se mantuvo limpio hasta regresar a Milán. No soportó que Elio lo dejara, se drogó con LSD y tuvo un intento de suicidio tomando barbitúricos. De nuevo, fue internado, esta vez, por un largo período.

Elena – 1974

1 – hermanos

Mientras Mateo estuvo internado, Elena recibió una carta de Gastón. Le confesaba haberse unido a Montoneros y no sabría de él y Laura por largo tiempo. Después de la muerte de Perón, la organización guerrillera había vuelto a la clandestinidad.

Elena dijo que era un pelotudo. La violencia le resultaba un producto de la barbarie y la estupidez. Entendía el idealismo de Gastón pero en nada compartía el método de llevarlo adelante. Pensaba que nada debe imponerse por la fuerza. Hacerlo era actuar como aquellos a los que se combatía. Además, la asustaba la idea de que pudiera pasarle algo grave a su hermano.

Estaba demasiado lastimada como para seguir atada al poste recibiendo latigazos.

Cuando Mateo salió de su segunda internación, lo llevó de viaje con ella.

En Bruselas, mientras Elena tocaba en el Palacio de Bellas Artes, Mateo fue a recorrer las calles y terminó tan dado vuelta que dos tipos lo arrastraron desde el baño del bar, donde quedó tirado en el piso echando baba por la boca, hasta un hotel de tercera clase. Lo dejaron en el cuarto de una puta.

Los tipos habían encontrado una tarjeta del Hotel Amigo y le pidieron a la puta que llamara a Elena. Querían sacarse el paquete de encima y evitar líos con la policía.

La puta dijo que Mateo se desmayó después de tener sexo y pidió el dinero de su trabajo. Vittorio le pagó de más. No le creyó una palabra pero quería evitar el escándalo y que Elena lo pasara peor.

Cuando Mateo mejoró un poco, le pidió que pensara en lo que estaba haciendo y cómo lastimaba a su hermana. Mateo le dijo que no se metiera en sus asuntos y lo trató de viejo de mierda.

Ese fue el fin de la relación entre ellos.

Vittorio se convenció que Mateo estaba por completo perdido y que a mayor distancia estuviera de Elena, mejor sería para ella. Es lo que hizo de ahí en adelante. Darle dinero suficiente como para vivir cómodo, pagar a sus chongos y comprar la merca. Pero lejos.

2 – la periodista

Salía a andar en bicicleta o a caminar hasta encontrar algún bar en el que se sentaba a tomar un capuchino. Los florentinos ya la conocían bien y la saludaban al verla pasar:

—¡Ciao, Elena!

—¡Ciao! —respondía levantando la mano.

Siempre había turistas que le pedían autógrafos y sacarse una foto con ella. Oriana Fallacci la encontró casualmente.

Oriana era florentina y, al ver la popularidad de Elena en la ciudad, le dijo que tendrían que declararla patrimonio cultural. Se hicieron bastante amigas y, más adelante, Oriana le hizo un reportaje que dio vueltas al mundo.

Eso fue cuando terminó de investigar el asesinato de Pier Paolo Pasolini, y afirmó todo lo contrario a la versión policial. Poco después, su pareja, el político y poeta Alexandros Panagulis murió en un accidente.

Oriana estaba segura que lo asesinaron.

Panagulis había estado preso en Grecia por haber intentado asesinar a Papadópoulos. Lo condenaron a muerte pero, ante la presión internacional, le conmutaron la pena, lo torturaron en la cárcel, fracasaron sus intentos de fuga, y terminó beneficiado por una amnistía. Su muerte ocurrió en Atenas, cuando iba a revelar archivos secretos de la dictadura.

La última pregunta que hizo Oriana en el reportaje fue:

—¿Cómo puedes tener tan buen humor después de todo?

Elena le contestó:

—Hace muchos años, di un concierto en la sala del Hötorget, en Suecia. Los zapatos eran nuevos y me quedaban muy apretados. Toqué con dolor de pies. Pero nadie en la sala se dio cuenta. ¿Te contesté la pregunta?

Alejandro – 1974

1 – el arribo

Llegó a Roma el día antes de la actuación de Elena en la Accademia Nazionale di Santa Cecilia.

En la Fontana di Trevi arrojó tres monedas por encima de su hombro y pidió el deseo. Se sintió un estúpido. Se consoló viendo a otros turistas, tan estúpidos como él, tirando monedas. Era inevitable pensar en Anita Ekberg. Una actriz pésima que quedó en la historia del cine por una sola escena adentro de una fuente, en *La dolce vita*.

Fue a conocer el Coliseo, la Basílica de San Pedro y la Galleria Borghese. Terminó cansado. Nada le interesó realmente. Estuvo ansioso todo el tiempo, esperando que llegara el otro día. Comió fideos en una trattoria de la via Napoli y fue temprano a su hotel.

Creyó que le costaría dormir. Le ocurrió todo lo contrario. En unos segundos, estuvo dormido. Se despertó cerca del mediodía, cuando le golpearon la puerta para hacer la limpieza del cuarto. Miró el reloj. Se sintió inquieto.

En unas horas, vería a Elena.

2 – la espera

Caminando como si estuviera en el living de su casa, haciendo su habitual saludo con la mano en alto, Elena entró al escenario en medio de los aplausos.

En el final, todos los espectadores no dudaron que habían sido testigos de una noche inolvidable. Elena interpretó los cinco conciertos para violín que compuso Mozart. Ni siquiera parecía agotada. Saludó al concertino y a los primeros violines, luego, al director.

Como siempre, fue al proscenio y dijo: «Gracias. Que tengan una buena vida. Y que lo que hagan les de felicidad».

Salió de escena en medio de un aplauso ensordecedor.

La esperó a la salida pero, como en París, Elena se fue sin que la vieran. Mientras caminaba hacia algún café en donde poder

ordenar los pensamientos (y los sentimientos) que, nuevamente, había agitado Elena con su música, decidió viajar a Florencia.

3 – la búsqueda

El viaje lo hizo en tren después de pasar tres días recorriendo Roma. Al llegar a la estación Santa María Novella, preguntó por algún hotel cercano y que fuera barato. Le indicaron uno en la calle Cavour.

Le dieron un cuarto en el tercer piso, sin ascensor. Las sábanas estaban limpias y había una ventana por la que entraba luz. Dejó el bolso; fue al baño, en el final del pasillo; se lavó la cara y bajó por las escaleras.

El recepcionista leía *Tuttosport*.

—Scuzi, non parlo molto bene el italiano. Busco una casa y no se cómo llegar. Una casa, ¿cómo se dice?

—Casa.

El recepcionista sonrió.

—¡Ah! Bueno, quiero encontrar la casa de una signorina que es violinista y que...

Acompañó lo que decía con el gesto de tocar un violín.

—¿Elena? —preguntó el recepcionista.

Él se sorprendió.

—Tu cerchi Villa Elena, ¿non é vero?

En una hoja en blanco, Luigi, el recepcionista, le hizo un detallado mapa del trayecto. Tenía que ir hasta el Ponte Alle Grazie, cruzar el Arno, tomar por el Lungarno Serristori hasta la Piazza Poggi. Ahí vería el Piazzale Michelangelo; en este punto, debía preguntarle a cualquier florentino que anduviera por la zona dónde quedaba Villa Elena.

Llegó a la Piazza Poggi. Subió la rampa que conduce a la cima de la colina del Piazzale Michelangelo y, al alcanzar el centro de

la terraza, pudo ver el Ponte Vecchio, el Duomo, Santa Croce, el Palazzo Vecchio, las colinas, la copa de los árboles y las casas de Florencia. Miró el David y las otras réplicas de estatuas de Miguel Ángel.

Le pareció que era suficiente. Ya había cumplido con la visita obligada de todo turista que llegara a la ciudad. Pero, lo único que quería era llegar a Villa Elena. Su ansiedad iba en aumento. Bajó las escalinatas con rapidez. Le preguntó a un tipo.

—¿Villa Elena? —le respondió y, con ademanes ampulosos, le indicó cómo llegar, estaba muy cerca.

Reconocería la casa por el jardín y los árboles al frente, vería muchas ventanas con los postigos pintados de verde. Mientras caminaba por Viale Michelangiolo, pasó algo que el resto de su vida tomaría como la escena de un sueño, surrealista o absurda, como ideada por Alfred Jarry. De manera imprevista, atrás de él un tipo gritó:

—¡Ciao, Elena!

Giró la cabeza al mismo tiempo que Elena, en bicicleta, respondía saludando con la mano:

—¡Ciao, Gianni!

Pasó a toda velocidad junto a él. Si hubiera estirado el brazo, la habría tocado.

4 – la oportunidad

Por unos segundos, le pareció que era el día siguiente de su encuentro con Elena en Saint Michel. Estaba igual, con jeans, zapatillas, gorra y, esta vez, tenía puesto un buzo amarillo. La vio torcer medio cuerpo sobre la bicicleta, saludar a otro tipo con la mano y cruzar una reja abierta pedaleando como si se estuviera entrenando para el Giro de Lombardía.

Se quedó petrificado. ¿Por qué no corrió atrás de ella?

Llegó hasta la casa. Observó cada detalle de la fachada y del jardín. Caminó yendo y viniendo frente la casa, sin atreverse a tocar el timbre. Se sentó en la vereda, apoyado contra el muro blanco con rejas negras. Entró un Mercedes gris. Alcanzó a ver a un hombre mayor en el asiento trasero.

Casi una hora después, el Mercedes salió. Se puso de pie con rapidez. Vio que, junto al hombre, iba Elena. El auto tomó rumbo al aeropuerto. Elena viajaba a Viena.

5 – el psicoanalisis

—La tenés a tiro, basta con decir «Che, piba» y frena la bicicleta. Vas de Roma a Florencia, pateás no sé cuántas cuadras para ir hasta la casa y no tocás el timbre. ¿Qué te pasó? —dijo Edwin.

—Andá a saber, pobre —dijo Marcela—. Los neuróticos quieren y no pueden.

—Como Marce es psicóloga, en vez de decirte «boludo», te dice «neurótico» —dijo Edwin.

—Y sí, estuve muy boludo.

—A lo mejor no querías acercarte a ella —dijo Marcela.

—Se va hasta Florencia y no quería estar con ella, ¿y para qué fue? —preguntó Edwin.

—Fue a Florencia por una Elena que no existe. Una que él inventó. Inconscientemente lo sabe. Cuando la tiene a pasos, sabotea el encuentro. Si la conociera mejor, ella podría ser nada más que una mina común que toca bien el violín. Una ninfómana o una alcohólica que se la pasa vomitando. Estar con ella sería un riesgo. La imagen idealizada podría destruirse. A Ícaro se le quemaron las alas por arrimarse demasiado al sol. Alejandro no quiere arrimarse demasiado a Elena para que no se derrita como cera.

—¡Mirá vos a la Marce! —dijo Edwin.

—Ves a un tipo de lejos, está bueno. Se acerca y huele a chivo. Puede que sea mejor no acercarse demasiado a nadie —agregó Marcela.

Ella sonrió. Él también.

Elena – 1974

Después que Nixon renunció por el caso Watergate, a Elena le otorgaron la Medalla Presidencial de la Libertad, la mayor condecoración civil de los Estados Unidos. Gerald Ford, el nuevo presidente, fue el encargado de colgarla de su cuello.

—Por favor, Ele, no digas nada más que las gracias. Se trata de una ceremonia sencilla. No se debe decir mucho. Es una condecoración muy importante, recuerda que la recibieron Walt Disney, Pau Casals, John Steinbeck, T.S. Elliot... —le dijo Vittorio.

Siguió nombrando a muchos de los condecorados. Elena hizo un solo comentario, fue cuando Vittorio mencionó a Duke Ellington, que había muerto un par de meses antes.

—¡Qué bien! No sabía de Duke. ¿Y cuándo se la dieron?

—Creo que en el 69.

—Pobre Duke, era un buen tipo.

—Sí, pero promete que no dirás nada que no sean palabras de agradecimiento. ¡Te lo pido por favor, Ele!

—Maestro, quédese tranquilo. Digo gracias, dos o tres palabras de relleno, y a otra cosa.

El día que recibió la medalla fue breve:

—Al ex presidente Nixon le tocó terminar la guerra de Vietnam. Después de la paliza que recibieron, espero que el señor presidente Ford y sus sucesores tengan el buen sentido de no volver a meter a los Estados Unidos en asuntos ajenos. Muchas gracias, es muy agradable tener la *libertad* en el pecho.

Elena – 1975

1 – el enamoramiento

Conoció a Léon en París.

Tenía una tienda de antigüedades en la Rue du Marché Pompicourt. La había puesto su padre y, al morir, Léon se hizo cargo. Tenía treinta y cinco años, usaba trajes hechos a medida y se había separado de su novia, con la que convivió cinco años.

Elena no compró nada pero salió con él.

Léon fue el primer hombre del que se enamoró perdidamente. Durante varios meses, pasó pocos días en Florencia y buscaba que los conciertos no la alejaran demasiado tiempo de París.

Léon le propuso que vivieran juntos en su departamento en Le Marais. Durante ese tiempo, Elena visitó a Mateo en Milán, estaba demacrado, consumía droga en exceso y había abandonado en forma definitiva los estudios.

De Gastón no tenía noticias. Como le dijo Jean-Luc, eso era bueno. Lo malo sería recibirlas.

Todo era mitigado por su amor a Léon. Estar con él, la hacía sentirse en un mundo distinto a lo que había conocido. Era un experto en artes plásticas y, como la mayoría de ellos, un tipo elitista que solo frecuentaba lugares en los que hubiera gente como él.

Cuando Elena hablaba de Camboya, la caída de Phnom Penh y la llegada al poder de Pol Pot con los Jemeres Rojos, Léon la escuchaba con el mismo interés con que ella podría escuchar la receta para preparar espuma de salmón.

Eran tan distintos como Robespierre y Luis XVI pero Elena no lo veía de ese modo. Cualquier cosa que Léon hiciera le parecía bien y estaba convencida que, con el tiempo, él dejaría de ser un tipo de ideas tan estrechas.

2 – la novedad

Después de siete meses de relación, Elena quedó embarazada. Ninguno de los dos lo había buscado. Pero a ella la hizo inmensamente feliz. No le pasó lo mismo a Léon.

Era la clase de tipos que no pueden estar solos y que nunca llegan a querer a alguien realmente. Elena le servía para tapar el vacío y podía lucirse mostrándola como si fuera un Rolls Royce Phantom IV.

La desgracia que, como un buitre, rondaba a Elena fue la buena suerte de Léon.

Al entrar en el quinto mes, Elena se despertó pasado el mediodía. Léon había ido a su trabajo. Estiró las piernas y sintió algo húmedo. Levantó las sábanas. Le salía sangre de la vagina. Gritó llamando a la señora Moreau, que se encargaba de la casa.

—Tranquila, hija —le dijo—. No te asustes. No es nada, una pérdida común.

La señora Moreau pidió urgente atención médica por teléfono. Había sido madre de cuatro hijos y conocía bien esa clase de pérdidas. Las tuvo en dos abortos espontáneos.

Elena fue internada. Perdió al hijo.

El primero en llegar fue Jean-Luc. Entró al cuarto de la clínica. Elena tenía la aguja del suero clavada en el brazo. Estaba anémica y había recibido una transfusión de sangre. Su cara se veía más pálida que nunca.

Jean-Luc la tomó de la mano. Ella le dijo:

—Tío Jean, ¿viste lo que me pasó? No voy a ser mamá.

3 – el juguete

Jean-Luc se esforzó por contenerse pero, viéndola tan frágil, tan indefensa, con los ojos infinitamente tristes, la recordó cuan-

cuando era una niña y, una tarde, en forma inesperada para él, le dijo:

—Tío Jean, ¿tomás conmigo chocolate con vainillas?

Era la primera vez que le decía «tío» y, a partir de entonces, Vittorio y ella fueron su familia.

Hizo un último esfuerzo pero ya no pudo con su angustia.

—No llores, tío Jean...

—Mon petit...

Seguía sosteniendo su mano pero era incapaz de darle consuelo. Él mismo estaba inconsolable.

Así los encontró Vittorio. Trató de decir algo pero no pudo. Todo lo que hizo fue llevarse las dos manos a la cara y llorar.

—Oigan, maricones, soy yo la que tengo que llorar. Se nota que son grandes divos y me roban la escena.

Los hizo reír de forma nerviosa y breve, como un leve acceso de tos.

Vittorio consiguió reponerse. Dijo:

—Bambina, todo esto es muy feo pero va a pasar. Ya verás que Dios te ayudará y, un poco más adelante, serás mamá.

Elena cerró la mano y la movió delante de su cara como si estuviera batiendo una coctelera.

—¿Saben? Justo ayer compré un sonajero. ¿Y qué hago ahora con el sonajero? ¿Me lo meto en el culo?

Intentó sonreír pero lanzó un quejido desesperado, como el de un animalito que acaba de recibir un golpe mortal; su cuerpo tembló de la cabeza a los pies. Apretó los dientes como si estuviera cortando una soga gruesa. Cerró los ojos, los abrió, soltó el aire con fuerza, la boca muy abierta.

Miró a Vittorio y a Jean-Luc. Otra vez sonrió. Esta vez, pudo mantener la sonrisa. Dijo:

—Tráiganme una radio. Quiero escuchar música.

4 – la valija

Una semana después de haber dejado el sanatorio, seguía en reposo en el departamento de Le Marais.

Era una noche de otoño muy fría. Llamó a la señora Moreau.

—Por favor, madame, ponga en una valija la ropa necesaria. Usted sabe lo que uso. No se olvide de todas mis gorras. Del resto de mis cosas disponga usted como le parezca.

La señora Moreau no dijo una palabra. Había visto el modo en que Léon salió del departamento. Desde que conoció a Elena sabía que este momento iba a llegar. Hubiera apostado que ocurriría mucho antes.

Hacía tiempo que trabajaba para Léon Blanche y cuando su hijo mayor le preguntó cómo era Elena, le contestó:

—Una hermosa mariposa que se quedó encerrada en una caja con una polilla.

La frase no era suya. La había leído en una novela de amor de las que escribía Elizabeth Girodet. Nunca se la olvidó. Era lo que sentía por sí misma y su marido. Al enviudar, no había sentido ningún dolor; por el contrario, sintió que, al fin, se encontraba libre. Esto le provocó alguna culpa pero, rápidamente, la superó al recordar cómo la había pateado en el piso estando embarazada de cuatro meses haciéndole perder al niño.

Elena discó un número en el teléfono.

—Tío Jean, vení a buscarme.

Media hora antes, Léon terminó de ajustarse el nudo de la corbata frente al espejo del dormitorio. Iba a una cena. Elena, desde la cama, había seguido todos sus movimientos. Léon le dio un beso en la frente. Le dijo:

—Quédate tranquila, querida. En pocos días, ni te acordarás de lo que pasó. Cuando estés calmada y lo pienses bien, te darás cuenta que esto fue lo mejor para nosotros.

Demoró unos segundos en reaccionar. Léon estaba a punto de salir del dormitorio.

—Un momento —le dijo Elena—. Mirame. Quiero decirte en la cara que sos un hijo de puta.

Elena – 1976

1 – proceso

En marzo, los militares derrocaron a Isabel Perón y tomaron el poder iniciando un proceso de torturas y asesinatos. Elena buscó por todos los medios tener alguna noticia de su hermano. Nadie sabía nada.

Un mediodía del mes de julio recibió un llamado de Oriana Fallaci desde Miami.

Un periodista del *Buenos Aires Herald*, único diario editado en inglés en Argentina, se había exiliado en México perseguido por la dictadura. A través de él, Oriana averiguó de Mateo, como se lo pidió Elena.

Sabía que ellas tenían dos cosas en común: pesaban cuarenta y ocho kilos, y eran mujeres duras. Las diferenciaba el humor: el suyo siempre era malo.

Fue directa al punto:

—Tu hermano está muerto. Lo mataron junto a otros dos, en un departamento de Villa Crespo. A la chica se la llevaron. Está desaparecida.

Elena dijo una sola palabra: «Gracias». Colgó y, con la mirada fija en la ventana desde la que podía ver el jardín florecido, hizo un llamado.

—Maestro, mataron a mi hermano. En este momento, viajo a Milán para que lo sepa Mati. ¿Me acompaña?

2 – el baño

Ese año recorrió las capitales europeas dando conciertos, en los que su arte alcanzó niveles insuperables. Era como si la adversidad no pudiera disminuirla en ninguna forma y la fortaleciera como artista. Compuso su primera sinfonía y una suite. Ambas fueron estrenadas al año siguiente por ella y la Orquesta Filarmónica de Viena, dirigida por Georg Solti. Fue un extraordinario suceso de público y crítica.

Después del estreno de *Sinfonía Nº 1 en si bemol mayor*, (nombrada *Sinfonía A*, primera inicial de Alida); y *Suite para violín y orquesta en la menor* (*Lamento por L,* primera inicial de Lupo), en la Sala Dorada del Musikverein, de Viena, Johann Mannheim, uno de los críticos más influyentes, escribió:

«Componer estas dos grandiosas joyas de la música, es todo lo que necesitaba Elena Brozovsky para ya no dejar ni la menor duda de que se trata de uno de los mayores genios de la historia del arte y que su nombre quedará inscripto entre los más grandes que hayan existido».

Se encontraba en el piso más alto de la gloria y, al mismo tiempo, todas las noches, llenaba la bañadera con agua tibia, se metía en el agua y permanecía quieta, acostada un largo rato. Cerraba los ojos. Imaginaba que era una niña y estaba en su casa de Argentina con Boleslaw y Alida, Gastón, Mateo y Lupo.

3 – ojos

Todo el año fue muy especial para Elena. Franco murió el año anterior y ella se presentó por primera vez en Madrid, en el Teatro Monumental, luego, en el Palau de la Música Catalana, en Barcelona. Fue recibida como la súper estrella que era y se fue de España después de obtener un éxito descomunal.

En París, se encontró con Rubinstein que, cinco meses antes, en mayo, había dado su último concierto en el Wigmore Hall, de Londres, y se retiró.

—Vos estás loco, Rubi. Apenas tenés 89.

—Casi no veo. Me quedé ciego. ¿Estás ahí o te fuiste?

—Boludo, me fui. Si Ray Charles viera se hubiera hecho beisbolista. ¿Para qué querés ver si las notas se escuchan? ¿Llevás ochenta y cinco años tocando y, todavía, no aprendiste una partitura de memoria?

—¿Qué dijiste? Me parece que, también, me quedé sordo.

—No te levantés del sillón. Te vas a dar cuenta que te quedaste paralítico.

Siempre que estaban solos hablaban en polaco. Ese día charlaron un largo rato sin parar de hacer chistes.

Al despedirse, él la tomó de la mano y le dijo:

—Eres una gran chica. Y no descubro nada diciéndote que eres la mejor violinista de todos los tiempos. Y la mejor violista. Pero, muertos Casals y, hace tan poco, el pobre Piatigorsky, estoy convencido que eres la mejor chelista del mundo.

—¡Eeeehhh! ¡Delirás, Rubi! —le respondió ella.

Cuando regresó a la casa de Jean-Luc, caminó por la sala de una punta a la otra, yendo y viniendo.

—¿Viste a Rubinstein? ¿Qué pasó? —le preguntó Jean-Luc.

—Nada, tío. Lo de siempre. ¿Por qué tienen que sufrir los que no se lo merecen?

Jean-Luc asintió con la cabeza. Pero no dijo una palabra.

4 – la atleta

En julio, terminó sus conciertos en Estados Unidos y viajó con Jean-Luc y Vittorio a Canadá para ver los Juegos Olímpicos. Nunca había visto atletismo que no fuera por televisión.

El 18 de julio, en el Forum de Montreal, sentada en medio de Jean-Luc y Vittorio, Elena vio a una chica rumana de catorce años, de un metro y medio de estatura, cuarenta quilos de peso, y un bello rostro.

La chica esperó que la anunciaran en la competencia de barras asimétricas. Dio unos pasos. Se detuvo. Frotó sus manos. Abrió ligeramente la boca y comenzó a correr. Picó sobre el trampolín, se tomó de las barras y, durante veinte segundos, realizó el acto más perfecto que jamás nadie había hecho ni nadie podría repetir en la historia de la gimnasia.

La chica se soltó de la barra y voló por el aire con el cuerpo ligeramente curvado y los brazos extendidos como alas de un pájaro. Cayó de pie, erguida, firme y perfecta.

El público había seguido sus movimientos con exclamaciones de admiración y la aplaudió a rabiar.

De inmediato, un momento confuso. La puntuación máxima en los juegos de gimnasia era 9.5. La pizarra mostraba un 1.00. Pero no era un 1.00. Las pizarras no estaban preparadas para mostrar más que tres dígitos. La puntuación era 10.00. El primer diez que un atleta conseguía en la historia de los juegos olímpicos. No existía esa puntuación y fue creada, exclusivamente, para la chica de catorce años.

Ese día, Nadia Comaneci se convirtió en la máxima leyenda del atletismo moderno.

Elena la aplaudió como nunca había aplaudido en su vida.. Después de meses, pareció contenta. Había visto algo único.

—¡Es maravillosa! —dijo mientras cenaban.

Jean-Luc bebió un poco de vino y dijo:

—Lo que sentiste al verla es lo que sentimos nosotros viéndote en un escenario.

Vittorio asintió con la cabeza.

Elena chasqueó la lengua.

—¡No van a comparar la boludez que hago con lo que hace Nadia! Hay millones de tipos que tocan un instrumento. ¿A cuántos conocen que hagan lo que hace Nadia?

Vittorio y Jean-Luc cruzaron una mirada y sonrieron. Elena hablaba muy en serio.

5 – elogios

Ese año compuso el *Concierto para violín y orquesta en re mayor*, y tres sonatas para violín y piano, conocidas como *Amanecer*; *Atardecer*, y *Noche*, dedicadas a Jean-Luc, Vittorio y Mateo. Todas las obras fueron estrenadas por la propia Elena deslumbrando por la belleza de los temas, el trato de las tonalidades, y la originalidad en el desarrollo introduciendo novedosos procedimientos compositivos.

Henry Pleaseants, en *Internacional Herald Tribune*, escribió:

«Elena Brozovsky desestabilizó las categorías estéticas y creó un extraordinario mundo emocional [...] Su enorme calidad compositiva permite considerarla, sin ninguna duda, como uno de los compositores más importantes del siglo y uno de los genios de la historia de la música»

En los siguientes tres años, compuso tres sinfonías para violín y orquesta; una para viola y orquesta (su composición más nostálgica, dedicada a Gastón); dos conciertos para viola sola; cuatro sonatas; un concierto para violín y piano; la música de dos ballet y una sonata para chelo. La cantidad de obras resultaba inusual para un período tan corto de tiempo.

En un reportaje, el periodista elogió la música que compuso. Elena contestó:

—Te aseguro que nadie la recordará en cien años. La gran música ya está escrita mucho antes que yo naciera.

6 – la tortilla

—Te juro que, desde que la conocí hasta el día de hoy, no puedo saber si Ele no tiene conciencia de quién es y de lo que significa para la música o si es la persona más humilde del mundo —dijo Jean-Luc.

—Acuérdate cuando tenía trece años y quería hacer tortillas. Se le rompían al darlas vueltas. Cuando lo consiguió, llevó la tortilla a la mesa, y nos dijo: «Hice lo más difícil del mundo: dar vuelta una tortilla sin que se rompa».

—Sonrió de oreja a oreja cuando le dijimos que estaba exquisita y *perfectamente redonda*.

—Para Ele, hacer tortillas era lo más difícil del mundo. La música le resulta tan natural como respirar. Nadie se ufana de estar respirando. Ele tampoco de ser un genio y de ser una de las más grandes de la historia de la música. Así que es un poco de las dos cosas: no tiene conciencia de su grandeza y, además, es la persona más humilde del mundo.

Vittorio se quedó en silencio unos segundos.

—Hace poco, pensé que nunca la he visto llorar —dijo.

—A veces, pasa demasiado tiempo en el baño. Creo que se encierra para que nadie la vea llorando.

—Creía eso. Pero no estoy seguro.

—Es una chica muy fuerte. Desde niña fue así.

—Es raro que una chica no llore. Ni siquiera cuando murieron sus padres ni su hermano.

—Sí, es raro —dijo Jean-Luc

7 – el ruso

Jean-Luc pareció cambiar de humor. Dijo:

—¡Es tan graciosa! ¡Tan llena de vida que contagia alegría!

—Y cuando hace declaraciones a la prensa... ¡Mi Dios! ¡Elena habla y a Mao le arde el culo! —dijo Vittorio.

—Siempre tendremos Londres —dijo Jean-Luc, recuperando por completo el ánimo.

—El ruso creyó que se lo decía en serio.

Soltaron una carcajada.

Hablaban de una de las anécdotas más famosas del mundo de la música.

Elena tenía quince años y, durante una fiesta en la embajada francesa de Londres, le presentaron a Rudolf Nureyev.

Treinta minutos después, la orquesta tocó un tango. Nuréyev, muy sonriente, la invitó bailar. En la mitad de *A Media Luz*, Elena interrumpió el baile y le gritó:

—¡Me pisaste dos veces, caballo! ¡Andá a bailar Las Sílfides!

Lo tomó de la mano y le dijo:

—Vamos a sentarnos antes que lastimes a alguien.

Siempre recordaban esa noche porque los dos lo odiaban.

A principios de los sesenta, Nuréyev desertó de la Unión Soviética. Pronto, inició una larga relación sentimental con el bailarín danés Erik Bruhn, diez años mayor, que lo ayudó, lo protegió y le perdonó las infidelidades y las actitudes despreciables.

Nuréyev se hizo muy amigo de Margot Fonteyn, primera bailarina del Royal Ballet de Inglaterra. Claro que era talentoso pero la influencia de la Fonteyn fue decisiva para que consiguiera el puesto de primer bailarín del Royal dejando afuera al otro candidato: Eric Bruhn, su amante. Jean-Luc era amigo de Eric y terminó por distanciarse. No entendía cómo podía estar con un tipo grosero, desleal, y con una promiscuidad que lo arrastraba a tener sexo en los baños públicos.

La broma de Elena había sido un caramelo que le dejó buen sabor por el resto de su vida.

Alejandro – 1976

1 – el matrimonio

Su madre volvió a casarse con un tipo que no le caía bien. Pero se había sacado una carga de encima. Era hijo único y su madre se encargaba de hacerlo sentir culpable. Al poco tiempo de enviudar, se puso de novio. Eso decía ella, en realidad, era la amante de un hombre casado. Después de varios años, él terminó por separarse y se casaron en Montevideo. Nunca supo bien de que trabajaba el tipo. Siempre creyó que era gerente en una empresa. En junio, se enteró a qué se dedicaba.

2 – el pasador

En la esquina de Córdoba y Callao, escuchó que lo llamaban. Dio vuelta la cabeza y lo vio acercarse sonriendo.

—Che, mirá qué bien que te vengo a encontrar —dijo Jorge.

Le dio la mano y unas palmadas en el hombro.

—Hay unos asuntos sobre los que quiero hablar con vos. ¿Tenés tiempo para un café? —agregó.

Siempre vestía de traje y usaba corbatas con pasadores dorados. Era alto y de espaldas anchas, con el pelo muy corto y un bigote grueso. En uno de los dedos llevaba un anillo de sello.

Se sentaron en el bar de la esquina, junto a una de los ventanales que daban a Córdoba.

—¡Qué quilombo el tránsito a esta hora! —dijo Jorge.

Había conocido en persona al Negro Galíndez y le preguntó si había visto el peleón que hizo con Richie Kates. Encendió un cigarrillo, tomó un trago de coñac, y, con una sonrisa, bajando la voz, le dijo:

—Abrite de Ledesma y de Bacigalupo.

Alejandro se sorprendió.

—Mirá, pibe, somos familia. La quiero en serio a tu vieja. Ledesma y Bacigalupo están metidos hasta las bolas.

—Explicame —dijo, bastante confundido.

—Te cuido, pibe. Quedate tranquilo, a vos no te va a pasar nada. Estás limpio.

—No sé de qué hablás.

—Yo sé lo que digo. Haceme caso. Vos andás en eso de los libros, las traducciones. Con vos, todo bien. Pero sacate de encima a esos dos giles y a otros que son medio amigos tuyos. Nadie de la facultad, pibe. Nadie. Si te digo *nadie* es *nadie*. ¿Entendiste?

—Bacigalupo y Ledesma son profesores. ¿Qué hicieron?

—Son Montos, pibe. Dale, eh. Abrite. ¿Entendiste, querido?

A la salida, Jorge le dio un abrazo y le palmeó la espalda.

—Venite una noche a comer. Tu vieja se va a poner contenta. ¡Ah, che, casi me olvido! Acá tenés esta tarjeta. No la pierdas, querido. Llamá cuando precises algo o si te para la cana. Preguntá por Romano.

—¿Y quién es Romano?

—Yo soy Romano.

—¿Tu apellido no es Drago?

—Vos preguntá por Romano.

Movió la cabeza y sonrió como si le estuviera diciendo: «¡Qué inocente sos, pendejo!».

Caminó por Callao, recién al llegar a Lavalle entendió que el marido de su mamá trabajaba para la SIDE.

3 – inercia

No hizo nada. Sabía que no hizo nada. No trató de advertirles. Quince días después que habló con Jorge en el bar, Bacigalupo y Ledesma fueron secuestrados.

También desapareció Celina Jáuregui, que había salido con él antes de su relación con Eva. Se enteró por Edwin.

Esa noche, acostado en la cama, pensó mucho en ella.

Trató de concentrarse en otra cosa leyendo *El héroe de las mujeres*, de Bioy Casares. Varias veces desvió la mirada. El libro no lo atrapaba.

Se levantó a juntar una pelusa del piso. Le molestaba ver pelusas tiradas. No era por una cuestión de limpieza. Muchas veces, escupía en el suelo o en las paredes y se quedaba mirando cómo la saliva chorreaba como la baba de un caracol.

Desistió de leer. Aunque intentó evitarlo, otra vez, pensó en Cecilia. No la había tenido en cuenta durante mucho tiempo y, ahora, no podía sacarla de su cabeza. Apagó la luz.

Volvió a encenderla. Recorrió el suelo con la mirada, asegurándose que no hubiera otras pelusas.

4 – cumpleaños

Al día siguiente, visitó a su madre. Era el cumpleaños. Le contó de lo que se había enterado.

—Claro que me acuerdo de Celina. Linda la mocosa. Pero si los padres no saben dónde está seguro que algo habrá hecho.

Comieron los tres, acompañados por Raúl y Marta, unos amigos de Jorge a los que él no conocía. Daban la impresión de ser unos típicos burgueses preocupados por comer bien y que nadie los molestara con cosas raras.

Cuando decidió irse, Jorge lo acompañó hasta el ascensor y vio que llevaba un libro y, en una bolsa de disquería, un long-play.

—¿Qué andás leyendo? —le preguntó.

—Una antología de cuentos norteamericanos.

—¿Y el disco? De tango, como para que me guste a mí, no creo que sea.

—Uno de Elena Brozovsky. La «Sinfonía en A.» y «Lamento por L.», que ella compuso. Ya lo tenía pero compré este que recién salió acá. Siempre tengo dos copias de los que graba. Los discos me los trae una azafata de Aerolíneas. Los consigue en Nueva York, donde aparecen antes que acá.

—Vos sos muy amante de la música clásica.

—Puede decirse que sí.

—A mí dame Troilo y Angelito Vargas.

—Son cosas distintas.

—A ver, che. ¿Me mostrás la portada?

Sacó el disco de la bolsa.

—¿Esta es? Linda minita. Zurda, pero no jode a nadie.

—No sé por qué lo decís.

—Porque es zurda. Una putita como todas estas. Una loquita de mierda que anda en lo de la música y habla al pedo, nada más. No como el hermano.

—¿Qué tiene que ver el hermano?

—Esto queda entre nosotros, eh. Somos familia, pibe, y sé que sos medio fana de esta turrita. El hermano era Monto. Tiene otro, que está allá, con ella. Es el puto al que se garchaba el putito de mierda ese que el viejo de esta conchudita lo hizo boleta. Y bien que hizo, ¿no te parece?

No dijo nada ni tampoco hizo nada. Aceptó darle la mano y que lo palmeara en el hombro diciéndole: «Cuidate, querido». Pero sintió una profunda aversión hacia Jorge por la forma en que habló de Elena.

Cuando estuvo en la calle, sacó el disco del estuche y tiró el estuche a la basura. Compraría otro disco. Uno con un estuche que no hubiera manoseado ese tipo.

Estaba tan obnubilado por la rabia que ni siquiera se le ocurrió pensar en lo que Jorge había dicho del hermano de Elena, el Montonero, del que habló en tiempo pasado.

Recién se dio cuenta al día siguiente.

—¡Hijo de puta! —dijo en voz alta, en medio de la calle.

Elena – 1977

1 – familiares

Regresó de Ancona. Su abuela había muerto a los ochenta y seis años. Estando con sus parientes, entendió que únicamente sentía como su única familia a Mateo, Vittorio y Jean-Luc.

Mateo era su hermano y Vittorio y Jean-Luc los que siempre estaban a su lado en los mejores y en los peores momentos. Cada vez que sufría un golpe, ellos la ponían en upa, como los papás a sus hijos. Realmente, quería a esos dos tipos.

Cuando se quedaba en Florencia, en las noches iba a los clubes de jazz y rock de la zona de los Ufizzi o de Santa Croce. Esos lugares se llenaban de gente esperándola. Ella solo quería escuchar música pero terminaba tocando con cualquiera que estuviera en el escenario.

Volvía a la villa al amanecer después de tragar una botella de vodka. Al despertarse, se encerraba en la sala de música y tocaba el violín, la viola o el chelo durante horas.

Mateo seguía en Milán. Vivía con Nicola, un chico de dieciocho años al que mantenía con la plata que le mandaba Elena. Consumía cuatro o cinco gramos de cocaína por día, marihuana, y alcohol. Pasaba el tiempo en bares con tipos que andaban como él. Se había zambullido en un chiquero y tragaba barro.

2 – la predilecta

Después de su concierto en el Severance Hall, de Ohio, con la Cleveland Orchestra, dirigida por Lorin Maazel, viajó a Edim-

burgo y, en el Usher Hall, tocó con viola obras de Hoffmeister, Stamitz, Hindemith y Vieuxtemps. Los críticos la cubrieron de alabanzas. El diario escocés *The Scotsman* dijo de ella:

«Nadie duda que Paganini y ella son los dos más grandes violinistas de la historia. Tampoco tenemos dudas que, a nuestro pesar, es la mejor violista de todos los tiempos, muy superior a nuestro compatriota William Primrose [...] Con la magia de sus dedos de seda, Elena Brozovsky es la predilecta de Euterpe».

En Edimburgo, Elena fue a un par de pubs, escuchó jazz, y pasó una noche con Tommy Dee Parker que, unos años más tarde, se dedicaría a componer música para el cine de Hollywood.

Su noche con Tommy fue muy particular. Resultó la primera vez que se acostaba con un tipo que eyaculaba en menos de diez segundos y que, de inmediato, perdía por completo la erección. No se hizo problema y le dijo a Tommy que estaba bien con darse unos besos y tocarse un poco. Pero, para él, era un drama.

Estaba a punto de quedarse dormida y vio a Tommy levantarse para buscar un poco de droga. Tiró un par de líneas.

—Ven, nena.

—Paso.

—Vamos. Es hora que empieces.

Elena saltó de la cama y comenzó a vestirse.

—¿Adónde vas?

—Donde no haya un sorete como vos. Hay que ser una basura para querer meter a alguien en la mierda en la que te revolcás.

—No quise decir eso. Creí que bromeabas —intentó justificarse Tommy.

Antes de cerrar la puerta del departamento atrás de ella y mandarse a mudar, Elena dijo:

—¡Oí, mierdita! ¿Por qué mejor no metés la verga en uno de los hoyos de tu nariz?

3 – la viajera

Tres días después de su cumpleaños, ensayaba en la sala de música de villa Elena. Por uno de los ventanales, vio a Vittorio en el jardín. No lo esperaba ese día pero no pensó en ninguna cosa. Hasta que lo vio quedarse parado junto a un almendro. Tenía las dos manos en el bolsillo y la mirada fija en el árbol.

—¿Qué pasa, maestro?

Salió al jardín con el violín en la mano.

Vittorio, sin darse vuelta, con la voz compungida, le dijo:

—Murió la Callas.

Para Elena fue como recibir una trompada.

—Dicen que se suicidó.

Elena no pudo decir una palabra.

Siempre dándole la espalda, Vittorio lloraba.

Murmuró:

—Pobrecita...

Esa noche, mientras cenaban, Elena le dijo:

—Maestro, usted es el hombre más bueno que conozco.

Alejandro – 1977

Demoró dos meses en planear los detalles. Consiguió un revólver 38 corto y seis balas.

Escuchaba los discos de Elena y su odio hacia Jorge crecía. Una a una las palabras que había dicho repicaban en su cabeza como si le estuvieran martillando clavos.

También odió a su madre. La odió con toda su alma. Ella era un cómplice. Una porquería de persona. Eso lo hizo sentirse bien. No tenía nada que ver con esa mujer que, alguna vez, había sido su madre. Esta era un pedazo de comida podrida tirada en un tacho de basura.

Con una peluca y un par de anteojos cambió su aspecto. Un año atrás se había afeitado la barba. Los militares la consideraban un signo de guevarismo.

Los sábados, Jorge y su madre salían a cenar. Acostumbraban comer en un restaurante de la calle Medrano. Los esperó yendo y viniendo por los alrededores.

Desde la esquina vio cómo Jorge maniobraba el auto para estacionar. No vaciló. Caminó con rapidez.

En el bolsillo de la campera llevaba el revólver. Su mano lo sujetaba, su dedo estaba en el gatillo.

Su mamá abría la puerta y estaba a punto de bajar.

Jorge sacó las llaves del encendido.

Alejandro le disparó tres tiros.

Estalló el vidrio de la puerta.

La cabeza de Jorge cayó ensangrentada sobre el volante.

Su mamá gritó.

Él comenzó a correr.

Elena – 1978

A fines de junio, el asesinato de Aldo Moro por las Brigadas Rojas, el mes anterior, pasó a segundo plano. Lo único que le importaba a los italianos era que la selección de fútbol había perdido con Brasil y quedado cuarta en el mundial que terminó ganando Argentina.

Elena se indignó al ver, en el día de la final contra Holanda, cómo todo el público aplaudió a la Junta militar en el estadio de River. ¿En qué pensaban esos idiotas? En el palco de honor, estaban Videla, Massera y Agosti, los tres asesinos, festejando haber ganado la copa.

—Argentinos de mierda. Lo único que les importa es tener lleno el tanque de nafta del auto —dijo.

—Calma, bambina. Aquí aplaudían a los gladiadores que se mataban entre ellos y eran felices viendo cómo los leones se comían a los cristianos —dijo Vittorio.

—Usted, maestro, se opuso a Mussolini y los camisas negras. La pasó mal pero hizo lo que le dictaba la conciencia. Esos tipos pasan la vida quejándose de todo y ahí los tiene, lamiendo las botas de los asesinos.

—Jean-Luc me lo quiso explicar pero no puedo entender qué es el offside —dijo Vittorio.

— No me tome por tarada queriendo cambiar de tema. Tío Jean lo único que sabe de fútbol es que unos tipos patean una pelota y todavía no entiende para qué la patean.

—Me interesa saber de ese deporte. Podrías enseñarme. ¿En qué puesto juega Fangio?

Elena lanzó una carcajada.

—Ya está —dijo—. Se salió con la suya.

Elena – 1978

1 – Kiki

En París, con música de Elena y coreografía de Jean-Luc, se estrenó el ballet *Kiki de Montparnasse*, basado en la vida de la modelo de artistas, cantante y actriz, Alice Prin.

La música que compuso Elena incorporaba elementos del jazz, de la música popular francesa de los primeros años del siglo y del tango. La puesta era en extremo audaz. El ballet desató una polémica pero resultó un éxito descomunal de público. La música sonaba diferente a lo conocido, rompía con los cánones de lo clásico y parecía estar avanzada cincuenta años a su tiempo.

Jean-Luc había creado una coreografía que, para muchos, fue escandalosa por el fuerte pero refinado erotismo. Nada mejor

que resultar escandaloso en París. Eso siempre aseguró fama en todas partes.

En la noche del debut, durante todo el tiempo que duró el ballet, Elena tuvo dolor de estómago. Nunca antes le había pasado. En las semanas anteriores, tuvo algunas molestias, pero esa noche el malestar era constante.

2 – síntomas

Terminó el concierto en la Ópera de Sidney sintiéndose mal. Tenía dolor en el estómago pero se negó a ser atendida por los médicos. Lo mismo se repitió varias veces durante las semanas siguientes. Al fin, Vittorio y Jean-Luc la obligaron a hacerse estudios en Londres, después de presentarse en el Royal Albert Hall.

Elena había adelgazado en exceso, pesaba cuarenta y dos quilos, no tenía hambre, estaba demasiado pálida, y, cada día, eran más intensos los calambres estomacales.

Ella nunca estaba enferma y evitaba todo contacto con los médicos. Su tía Fabrizia opinaba como ella. Decía que, para vivir muchos años, había que hacer dos cosas: comer uvas y nunca ir al médico.

Tenía cáncer de hígado. Estaba ramificado. Le quedaba menos de un año de vida.

3 – secretos

Se negó a suspender conciertos y a realizar cualquier clase de tratamiento.

Las continuas súplicas de Jean-Luc y Vittorio para que se tratara fueron inútiles. Acabaron por desistir, aceptando su decisión.

Hizo los arreglos para que su hermano recibiera una mensualidad de por vida. Puso Villa Elena a nombre de Vittorio, para que

decidiera qué hacer con ella, y le hizo jurar que subastaría el Stradivarius y el dinero se entregaría a la fundación Brozovsky, a la que ya había donado todas sus pertenencias.

Organizó un concierto en el Théâtre des Champs-Elysées con una orquesta integrada por alumnos del Conservatorio de Paris y que ella dirigió. Hizo lo mismo en el Alice Tully Hall, de New York, con alumnos de la Escuela Juilliard; y envió una enorme suma de dinero a Etiopía, que padecía una de las hambrunas más graves del siglo.

Mantuvo en secreto lo que le pasaba. Solamente Vittorio y Jean-Luc lo sabían y les exigió que no dijeran una palabra. Nunca hablaba de la enfermedad ni les permitía a sus *tíos* que lo hicieran. Cuando sentía dolores intensos, se inyectaba morfina.

Llegó a usarla varias veces al día.

Dijo que todo lo que deseaba era morir con dignidad.

Elena – 1979

1 – estilo

A comienzos de año, Elena casi no podía sostenerse en pie. Pesaba treinta y nueve kilos. Por primera vez en su vida, usó maquillaje para ocultar las ojeras y cubrir la extremada palidez de su rostro demacrado en el que sus ojos celestes parecían brillar con mayor intensidad.

—¿Sabes lo que hizo Elena? —dijo Jean-Luc.

Vittorio suspendió la lectura del diario.

—Dime.

—Hizo colocar un arnés en la pared del cuarto de música para estar sujeta y no inclinarse. Me dijo: «El maestro Vittorio me enseñó así. Todo el tiempo repetía que la posición correcta para tocar el violín es con la espalda recta, de pie o sentada».

Vittorio y Jean-Luc se quedaron mirándose a la cara.
Ninguno de los dos pudo decir una sola palabra.

2 – humor

Tocó en la Scala de Milan con la Filarmónica della Scala y regresó a Florencia. Vittorio y Jean-Luc hacía meses se habían mudado a Villa Elena para no dejarla sola en ningún momento. Ya no insistían en que hiciera el tratamiento y hacían un enorme esfuerzo para no mostrar la tristeza que los dominaba.

—Maestro, ¿puede conseguir un teatro acá, en Florencia? Usted y yo solos en escena. No se le ocurra organizarlo para el año que viene —le pidió Elena, que, en ningún momento, perdió su sentido del humor.

Vittorio no la hizo esperar.

—Tocamos en la Sala Grande del Teatro della Pergola, en diez días. ¿Te parece bien?

—¿Llegaré?

—Ele, claro que sí.

—Es un chiste, maestro. ¿Cómo lo voy a dejar ir solo?

Vittorio sonrió y le acarició el pelo.

—¿Quieres que empecemos los ensayos hoy mismo?

—¿No ve que ando con el violín en la mano?

—Por lo visto, no voy a poder leer el diario.

—Últimamente, anda hecho un vago. Se va a oxidar. Póngase aceite en los dedos y venga. ¡Ah! Cuando estemos en el escenario, no me salga con ese problema de próstata que tiene. Se mea encima pero no vaya a interrumpir para ir al baño.

Vittorio sonrió. Ella era fantástica. ¿Cómo hacía para mantener el buen humor con lo que le pasaba?

—Quédate tranquila. Voy a tomar las pastillas.

Se levantó y fue hacia la sala de música.

Cuando Elena se colocó al arnés para poder mantener erguida la espalda durante todo el tiempo del ensayo, sintió un nudo en la garganta. La adoraba. Y a nadie había admirado como a ella.

Esa muchacha tenía en sus venas la pasión incontenible por la música.

Elena, la pasión y la música eran la misma cosa.

3 – *eso*

Los mil quinientos asientos de la sala resultaron escasos ante la demanda de entradas.

Elena era el personaje público más querido de Florencia. Todos la habían visto paseando en su bicicleta o caminando con las manos en los bolsillos de su saco, siempre con jean, zapatillas y gorra. Pero nadie ignoraba que era un genio de la música y una celebridad mundial.

En el camarín, por primera vez en toda su carrera, Elena pidió quedarse a solas antes del concierto.

Dijo que necesitaba concentrarse.

Al quedarse sola, se dobló hacia adelante.

Se tomó del vientre con las dos manos.

Apretó los dientes hasta que rechinaron; su cara se desfiguró.

El dolor era intenso, más intenso que nunca, como si le revolvieran las tripas con un cuchillo.

Buscó la jeringa y se inyectó morfina.

Sin soltarse el vientre, susurrando, caantó:

—Volare... oh oh! Cantare...oh oh oh oh! Nel blue, dipinto di blue.

Cuando el dolor cedió, con un tremendo esfuerzo, se puso de pie. Sus piernas apenas la sostenían.

Tomó el violín.

Irguió la cabeza.

Se miró en el espejo.

—Estás hecha mierda, Elena. Vamos, pendeja, a dejarse de hinchar las pelotas. Hay que tocar... —dijo.

Fue hacia el escenario.

Alejandro – 2014

Miraba la fotografía gigante que ocupaba la mitad de una de las paredes: Elena, con el Colón a sus espaldas, tocaba el violín en la Plaza Lavalle.

Treinta y cinco años atrás, estuvo inconsolable durante semanas. Elena había muerto.

Supo, recién entonces, que padecía una enfermedad mortal. A pesar de eso, había tocado hasta ya no tener más que un resto insignificante de vida.

Una vez más pudo comprobar cómo sobrevivían los malvados y las buenas personas morían como si el demonio estuviera arrasando con toda la bondad existente sobre la faz de la Tierra.

Se sintió tan deprimido que comenzó a aislarse poco a poco. Trabajó lo indispensable para sostener los gastos básicos.

Todo era injusto. Había asesinado a un hombre y no recibió castigo alguno. La policía creyó que fue un crimen por venganza cometido por un subversivo. Su madre no lo reconoció cuando mató a Jorge. Meses después, dejó de verla para siempre. Esa mujer ya nada tenía que ver con él.

Se alejó por completo de Eva y su hija. Vivió en Montevideo veinte años y regresó al morir su madre. Heredó un departamento que vendió para comprar otro, al que se mudó.

Como el destino hace cosas extrañas, su vecina era profesora de piano. Daba clases a unos pocos alumnos y trabajaba en una escuela primaria. Apenas se saludaban al cruzarse en el palier. Cuando la escuchaba tocar el piano, subía el volumen de la música

en el aparato. Era una mediocre pianista, una vieja insulsa que vivía sola. Una más entre millones que ocupaban un sitio inmerecido en la vida. Esa vieja inútil estaba viva y Elena muerta. ¿Qué clase de justicia gobernaba la existencia?

Alejandro – 1982

Viajó a Italia después del fin de la guerra de Malvinas. El único motivo de su viaje era conocer por dentro Villa Elena. Vittorio Prosperi la había convertido en un museo de la música. Elena no llegó a ser declarada patrimonio cultural de Florencia, como había dicho Oriana Fallacci, pero sí su casa.

La recorrió cuarto por cuarto, muy lentamente, como si quisiera memorizar hasta el mínimo detalle y nunca más borrarlo de su mente. En cada lugar, la imaginaba haciendo alguna cosa. Se sentía profundamente emocionado y, varias veces, tuvo que controlarse para no llorar.

Al llegar a la sala de música, vio los cordones de zapatos colgados y no entendió qué significaban. Le preguntó al guía de un grupo que recorría la casa al mismo tiempo que él.

—Y esa partitura que usted ve en el atril, junto a los cordones, es el minueto de Bach que ella interpretó a la perfección sin haber tocado el violín nunca antes —dijo el guía.

—¿Le ató el arco a la mano?

—Hablamos de la Gran Elena Brozovsky, señor —dijo el guía y sonrió queriendo decirle lo que él entendió sin necesidad de palabras: «No era como nosotros».

Alejandro – 1994

Regresó a Florencia. Había leído hasta conocer de memoria cada palabra de *Mis días con Elena*, escrito por Vittorio Prosperi

un año antes de morir, a los setenta y nueve años, en 1989. Jean-Luc Béraud lo sobrevivió tres años y murió a los setenta y siete.

Mis días con Elena se convirtió en el libro de cabecera de Alejandro. Leyéndolo, se enteró del inmenso amor que ella había despertado en sus *tíos*. Se sintió feliz por eso. Ella no había estado sola nunca. A su lado siempre estuvieron ellos para cuidarla y protegerla en todo lo que pudieron.

Prosperi y Béraud vivieron hasta el final de sus vidas en Villa Prosperi. Algunas noches, comían en uno de los restaurantes cercanos al Ponte Vecchio, y pocas veces abandonaron Florencia, como si no quisieran dejar sola a Elena.

Ella estaba en el Cimiterio delle Porte Sante, sobre una de las colinas desde la que se veía la ciudad. Ahí, fue a visitarla nuevamente. Pero, esta vez, dejó un ramo de rosas blancas en el panteón de la familia Prosperi, donde estaban Vittorio y Jean-Luc. Frente a la puerta del panteón, sintió que allí dentro estaban dos viejos y queridos amigos suyos. Como si el amor que todos ellos sintieron por Elena los uniera.

Al acercarse al panteón de Elena, rodeado de flores frescas que los visitantes dejaban, comenzó a llorar.

Dejó el ramo de margaritas, las flores que ella prefería, y estuvo largo rato llorando.

Alguien lo tocó en el hombro y le preguntó:

—¿Sei il fratello di Elena?

Contuvo el llanto. Movió la cabeza negando.

Se fue. Quería estar solo. No soportaba a la gente.

Meses más tarde, supo de la muerte de Mateo Brozovsky. Se suicidó cortándose las venas.

¿Quién quedaba de todos los que realmente la amaron? Solo él, Alejandro. Un tipo que apenas pasó unos minutos con ella y que la amó para el resto de su vida.

Alejandro – 2014

1 – retratos

Desde su muerte, se publicaron decenas de libros, centenares de artículos y se filmaron documentales sobre Elena. Alejandro consiguió todo. Incluso copias de los documentales, videos y películas de sus conciertos y reportajes.

Había reunido más de ochocientos álbumes con fotos, entrevistas y notas. Mucho de ese material le había costado muy caro.

Los coleccionistas pagan grandes sumas por objetos que otros pagarían monedas. Con ellos tuvo que lidiar y perdió todos sus ahorros para no dejar de tener algo que tuviera que ver con ella.

Su vista estaba fija en la gigantografía.

En otras partes de la casa había más de treinta fotos de Elena además de tres cuadros al óleo, dos acuarelas y cinco dibujos que encargó. En su mesa de noche, tenía un portarretratos con la fotografía de Elena, a los veinte años, con su gorra y sonriendo despreocupada.

En el piso del departamento, había papeles, colillas de cigarrillos, corchos de botellas de vino, tapitas de cerveza, y suciedad. La cama nunca tenía sábanas y se cubría con un acolchado mugriento. Las paredes estaban descascaradas y con enormes manchas de humedad. Una lamparita sin pantalla colgaba del techo; en la cocina, un tubo fluorescente titilaba todo el tiempo.

2 – la inocencia

Esa noche, mientras escuchaba el *Concierto para piano y orquesta Nº 2*, interpretado por Elena, en el momento en que había girado la cabeza hacia el retrato *Camille en su vestido verde*, había hecho un descubrimiento.

Lo que había descubierto esa noche era que Monet pintó a la mujer que lo acompañó gran parte de su vida pero nunca la amó realmente. Al morir Camille, en el lecho de muerte, en vez de sufrir por ella, solamente pensó en pintarla. La pintó muerta. ¿En qué pensaba ese hombre? Años después, volvió a casarse con Alice Hoschedé, viuda de su mecenas Ernest. No soportó la soledad, no amó a Camille más allá de la muerte.

Chopin compuso un concierto para una chica de la que estuvo enamorado en su adolescencia pero por la que nunca sintió un auténtico amor. De haberlo sentido, no hubiera podido estar con otras mujeres y, mucho menos, se hubiera alejado de Konstancia, como lo hizo.

Él, en cambio, el más mediocre de los hombres, el que ni siquiera había sido capaz de escribir un buen poema para Elena, la había amado en vida y en muerte. La había amado con el amor más puro y sano. Sin el sexo que todo lo ensucia ni las bajas pasiones del egoísmo y los celos. Eso sentía.

No había escrito nada que le importara a alguien. No tenía fama ni dinero. Hacía años que permanecía días enteros sin salir de su departamento, viviendo de su jubilación. Carecía de amigos y nadie sentía amor por él. Pero era el único hombre sobre la tierra que había amado realmente a una mujer y que moriría amándola. Su amor por Elena era su obra maestra: el amor más sincero y puro que puede sentirse por otro ser.

3 – en mayo

Se sintió invadido por una súbita alegría. Comenzó a reír a carcajadas. Fue a la cocina y buscó una botella de vino. La descorchó y bebió del pico.

En años no había experimentado la sensación de estar cargado de energía y la necesidad de liberarla, como en sus años de

juventud, cuando escribir era su pasión. Una pasión que se diluyó con el correr del tiempo. En cambio, Elena era grandiosa por la pasión que sintió. Su vida, su música, la manera en que tocaba, eran la muestra de la pasión que experimentaba por todas las cosas de la existencia.

Elena había vivido apasionadamente, sin que ni en una sola hora la pasión la abandonara.

Esa pasión formidable la sostuvo en los momentos más terribles. La pasión la hacía distinta a todos. La pasión y la manera de sacarla de adentro de su ser para volcarla sobre los hombres y transformarlos, por unos minutos, en seres buenos, alejados de toda maldad. Esa maldad que retornaba a ellos al cesar la música.

5 – la vecina

De repente, necesitó contar lo que había vivido con ella.

Era una necesidad incontenible.

Alguien debía escucharlo.

Nunca le había contado a nadie, completamente, lo que sentía y lo que había hecho por ella.

Vestido con un piyama con mal olor y pantuflas, salió al palier. Tocó el timbre en la casa de la profesora de piano.

La mujer miró por la mirilla. Entreabrió la puerta, sin quitar la cadena de seguridad.

—¿Necesita algo? —le preguntó.

Alejandro sonrió. Sus dientes se veían amarillentos.

—¿Sabe que conocí a Elena Brozovsky? —dijo.

—¡Qué bien! Yo también la vi tocar. Perdone, es tarde.

—¡No, no! Yo estuve con ella en París y en las barricadas de Mayo.

—¿Qué barricadas?

—Las del Mayo Francés, en el 68. ¿No sabe lo que pasó?

—Sí, sí. ¿Qué necesita?
—Le quiero contar de Elena.
—En otro momento, ya estaba en la cama.
—No. Le quiero contar ahora.
—Perdone, señor. Me levanto muy temprano. Buenas noches.
—¡Oiga!
La profesora cerró la puerta.
—¡Vieja de mierda! —gritó—. ¡Vieja puta!
Volvió a su departamento. Cerró la puerta de un portazo.
—¡Vieja hija de puta! —gritó.
Golpeó la pared con el puño, como si martillara.
—¡Maté a un hombre por Elena! ¿Sabe eso, vieja de mierda? ¿Lo sabe?
Puso otro disco de Elena. Subió el volumen al máximo.
—¡Escuchen, escuchen! ¡Eso es pasión! ¡Escuchen, es la Gran Elena Brozovsky!
Tomó casi media botella de vino de un trago.
El disco terminó. Él soltó el llanto. Todos los días lloraba.
Caminó por el cuarto. Estuvo mucho tiempo yendo y viniendo. Hasta que pareció agotarse. Fue al dormitorio. Se acostó sin quitarse la ropa. Tomó el portarretratos con la foto de Elena y lo puso sobre su pecho.
—Quisiera tener un largo, largo, sueño en el que soñara con vos , Elena... Y nunca despertara.

Elena – 1979

1 – la máxima

La ejecución era magistral, perfecta.
Hubo un momento en el que Vittorio sintió que Elena era toda la música de todos los tiempos. Nunca la había escuchado tan

grandiosa, sublime, llegando más allá de los límites que un ejecutante que no fuera ella pudiera nunca alcanzar.

En *Carnaval de Venecia*, de Paganini, Elena pareció una poseída. Tocó con toda su pasión, como si la envolvieran las llamas que brotaban de su violín. Pero no nacían en su violín sino en ella. Nacían en su alma. Y la estaba entregando toda.

El aplauso estruendoso y los gritos ensordecedores vitoreándola fueron apoteóticos.

Elena sonrió. Sus piernas tenían un leve, casi imperceptible temblor. Dio unos pasos hasta quedar junto a Vittorio.

En un momento más, la magia de Elena haría posible lo imposible. Eso es lo que verían todos los que se encontraban en el Teatro de La Pergola en ese sábado de mayo y que no podrían olvidar en el resto de sus vidas.

2 – el recuerdo

En voz audible solo para él, Elena dijo:

—Maestro, ¿se acuerda cuando me dejó sola en el escenario de Orsanmichele?

—Por supuesto que me acuerdo, bambina.

Elena sonreía. Sus ojos estaban llenos de tristeza. Parecía increíblemente debilitada.

Viéndola, Vittorio recordó la sonrisa de Elena al girar el cuerpo después de atravesar el jardín hasta la verja de entrada para decirle: «¿Vio qué actriz que soy?».

Sintió una profunda angustia.

—¿Le molestaría dejarme sola otra vez?

Vittorio vaciló. De inmediato, dijo:

—El escenario es solo tuyo, Ele.

Se puso de pie apartándose del piano.

—Maestro, por favor, llévese el violín.

Vittorio quedó confundido. De pronto, entendió.
—Bambina... —murmuró; sus ojos se llenaron de lágrimas.
Se retiró de la escena cargando el violín y, entre bambalinas, vio cómo Elena se sentaba frente al piano.
Hubo un prolongado murmullo en toda la sala y exclamaciones de sorpresa. Luego, el completo silencio. Un silencio casi religioso. Dio la impresión que nadie respiraba.

3 – el reencuentro

Elena miró las teclas del piano, pasó sus manos sobre ellas, como haciendo una larga y delicada caricia a un viejo y querido amigo con el que se reencontraba.
Hacia veinte años que había tocado uno por última vez.
El piano, el instrumento que más había amado y del que se alejó cuando el destino, por primera vez, se ensañó con ella para llevarla a cumplir lo que tenía preparado para su vida.
Había compuesto música para todos los que amó. Excepto para su padre.
Elena eligió la polonesa *Heroica*, de Chopin.

4 – la pianista

Los espectadores se mantenían tan quietos que parecían maniquíes sentados en las butacas.
El silencio era total.
De pronto, la música estalló.
Las dos manos de Elena habían iniciado la imponente introducción. Sus dos manos recorrían el teclado llevando al extremo el tono heroico de la pieza. Pero era algo más lo que se escuchaba; algo personal, único y soberbio, puesto por ella, por su fantástico talento.

Las manos de Elena y las teclas habían celebrado un pacto antes que ella naciera y el pacto se estaba cumpliendo. Sus manos podían hacer lo que ella quisiera. Las teclas lo aceptarían. Sus manos tocaban los potentes acordes arpegiados o el extenso interludio de acordes y modulaciones en la seguidilla de corcheas y semicorcheas con el máximo virtuosismo y las teclas cedían ante ellas para que Elena lograra la ejecución imposible, la ejecución perfecta.

Al llegar al epílogo, echando el cuerpo hacia atrás, alzó un instante las manos, haciendo el silencio. Su cuerpo volvió rápidamente hacia adelante y sus dos manos cayeron con fiereza sobre el teclado. Hasta que su mano izquierda cayó una, dos veces, sobre las teclas y sus dos manos juntas golpearon las teclas en el furibundo final, para descargar toda la pasión, para dejar, desde el primer al último sonido, todo lo que en ella había existido de bueno y de malo; de ilusión y desencanto; de alegría y dolor.

Toda su alma había quedado en los seis minutos y cincuenta y ocho segundos en los que, de manera excepcional, perfecta y grandiosa, la Gran Elena Brozovsky tocó *La Heroica*.

5 – el volcán

Hubo un profundo silencio.

Luego, un estruendo. Como la explosión de un volcán.

Los espectadores saltaron de sus butacas poniéndose de pie para entregarle la más extraordinaria ovación. La aplaudían golpeando sus manos con tanta fuerza que podrían quebrarlas. La vivaban y gritaban su nombre hasta quedar afónicos.

Con sus aplausos, sus lágrimas y gritos expresaban las emociones contenidas mientras ella tocaba y que precisaban estallar. Una ovación en la que intentaban devolverle apenas un poco de todo lo que ella les había dado.

Ella no solo les había dado una ejecución magistral, perfecta. Les había dado todo lo que ella tenía. Se los había dado a través de la inconmensurable belleza de la música. Les había dado su genio, su grandeza, y algo imposible de definir, como si, otra vez, hubiera hecho un milagro, justamente ella, la atea.

6 – las lágrimas

Elena se quedó sentada, la cabeza gacha. Las manos quietas sobre el teclado, como si no quisiera apartarse de él.

Lloraba. Las lágrimas caían incontenibles por sus mejillas.

Vittorio llegó junto a ella. No podía hablar de la emoción ni contener sus propias lágrimas.

Ella, con la cara empapada por el llanto y la voz completamente debilitada, le dijo:

—Tío Vittorio... ayudame. No me puedo levantar.

Le pasó el brazo por la cintura. La sostuvo con firmeza. Sintió que tan débil y delicado estaba ese cuerpo que podría quebrarse con la misma facilidad que un fina copa de cristal.

Elena hizo un tremendo esfuerzo para ponerse de pie. El aplauso continuaba y crecía. Gritaban su nombre a voz en cuello.

Se detuvo frente al público. Miró hacia los asientos más económicos, sonrió con una tristeza infinita e inclinó ligeramente la cabeza. Vittorio volvió a tomarla por la cintura.

Salió del escenario caminando paso a paso, como si tuviera los pies atados uno con el otro. Su rostro estaba desfigurado por el cansancio, el dolor y el llanto.

Jean-Luc, a punto de caer en la desesperación, ayudó a Vittorio a sostenerla. Al dejarla en el camarín, completamente desencajado, corrió por el pasillo a buscar un teléfono.

Elena se quedó sentada en una silla. Miró a la chica del espejo. Le vio la cara mojada por las lágrimas. Sonrió levemente.

Vittorio la tomaba de la mano. Elena, con los ojos vidriosos y casi sin aliento, volteó la cabeza mirándolo.

Con un hilo de voz, le dijo:

—Tío, ¿viste que toqué el piano?

Después, se desmayó.

En la ambulancia, entró en coma.

7 – el mensaje

Había nacido un 13 de septiembre, el mismo día lunes y a la misma hora en que nació Clara Schumann.

Fue un mensaje que el destino envió para que supieran lo que había decidido para ella.

Luego, puso su rúbrica.

Un miércoles 20 de mayo, murió Clara Schumann.

Un miércoles 20 de mayo, en una soleada tarde de Florencia, cuatro días después de su último concierto, a los veintinueve años, murió la Gran Elena Brozovsky.